



*Merche Diolch*  
*Desayuno*  
*sin diamantes*



# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2019

© 2019 Merche Diolch

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para Gabriel y Juan  
Los diamantes de mi vida...

Tú te consideras un espíritu libre, un ser salvaje, y te asusta la idea de que alguien pueda meterte en una jaula. Bueno, nena, ya estás en una jaula, tú misma la has construido. Y en ella seguirás, vayas donde vayas, porque no importa dónde huyas; siempre acabarás tropezando contigo misma.

**Blake Edwards,**  
*Desayuno con diamantes.*

# Prólogo

La pareja se observó sin dar crédito a lo que acababan de compartir. Les faltaba el aire, la respiración la tenían acelerada y sus corazones latían desbocados.

El hombre se separó de ella, permitiendo que sus pies se posaran en el suelo con delicadeza, sin apartar la mirada de sus ojos verdes. Con las manos apoyadas en sus caderas, dejando que sus cuerpos mantuvieran el contacto aunque fuera brevemente. Se recolocó el pantalón y retrocedió un par de pasos, intentando ofrecer una imagen medianamente decente.

La mujer estiró el vestido, se pasó la mano por el cabello, buscando recuperar cierto orden, y tropezó con los dedos masculinos que trataban de recolocar uno de los rubios mechones.

El contacto los separó de golpe, como si acabaran de sufrir una descarga eléctrica.

Ella rehuyó su mirada.

Él tensó su mandíbula.

—Pepi, yo...

Esta lo miró, posó su mano en el estómago como si buscara retener los nervios que sentía, y se acercó hasta la puerta de la habitación.

—Esto no puede volver a suceder...

—Pepi... —Él avanzó un par de pasos, sin saber muy bien si quería retenerla o dejarla escapar.

—No. —Negó con la cabeza—. Si llega a oídos de Cristina... de tu hija... —titubeó—. Mi amiga... —Enfrentó sus miradas—. No puede enterarse —le rogó.

Este movió la cabeza de manera afirmativa.

—No te preocupes. No diré nada.

Pepi asintió, agarró el picaporte de la puerta y salió de la habitación sin mirar atrás.

El hombre observó el espacio que había ocupado hasta hacía apenas unos segundos la amiga de su hija y se dejó caer sobre una silla que había en la

habitación. Miró a su alrededor y fijó sus ojos en el mueble que había cerca de la lavadora donde había sentado a Pepi, donde la había hecho suya...

Soltó el aire que retenía y pasó los dedos por su cabello.

—¿Qué has hecho, Fernando? —se preguntó a sí mismo—. ¿Qué has hecho?

# Capítulo 1

## *Cuatro horas antes...*

La novia estaba radiante, con un vestido blanco de anchos tirantes donde destacaban las bordadas flores del tul que descendían hasta el final de la falda. El escote en pico llegaba hasta unos minúsculos botones que se acababan en la cintura donde una pequeña cinta, del mismo tono que el resto de la prenda, marcaba la cintura de la mujer, y, desde ahí, el tul bordado caía con libertad. El cabello castaño lo llevaba recogido en un moño bajo dejando visible la espalda, y una diadema de espigas plateadas era el único accesorio en su cabeza.

Los ojos de color miel brillaban de expectación a medida que avanzaba del brazo de su padre hacia su futuro marido, un novio nervioso, que iba vestido con un traje de chaqueta negro y camisa violeta, con la corbata de un morado más oscuro, y que mostraba una gran sonrisa en su rostro mientras la observaba.

Pepi apretó la mano de Feli, su amigo inseparable, quien había ido acompañado a la boda por su marido Jose, y le guiñó un ojo de complicidad a Daniela que tenía en brazos a su hija Nasya. Álvaro, su esposo, estaba al lado de Víctor cumpliendo con sus funciones de padrino.

Los tres amigos estaban tan ilusionados como los mismos novios.

Desde que la pareja les había anunciado la buena nueva, se habían volcado en esa ceremonia como si se tratara de la suya propia. Sabían lo que significaba para Cristina que no estuviera su madre en ese día, por lo que habían intentado que su ausencia se notara lo menos posible.

La habían acompañado para elegir el vestido, ese que llevaba en ese mismo momento y que tan bien le sentaba; habían preparado todos juntos los detalles que luego regalarían los novios a los asistentes y habían ayudado a disponer la colocación de los invitados en las mesas que esperaban en el jardín de la casa de Dani, donde se celebraría la cena.

A pesar de las primeras reticencias de Cristina porque se celebrara su boda en la casa de su amiga, al final la habían convencido. No eran muchos

los que estaban invitados a la celebración por lo que no tendrían problemas de espacio y así todos estarían más cómodos. Además, la cena la había preparado la empresa que regentaba la dueña de la casa, y su reciente socia, la misma novia, por lo que solo se encontrarían con facilidades si se realizaba la comida allí.

Cristina no pudo agarrarse a ninguna excusa.

Todo marchaba a la perfección.

El día se había levantado con un sol espectacular, la comida había llegado a tiempo para su preparación y la ceremonia se iba a celebrar con el retraso conveniente en estos actos. Parecía que nada podía salir mal y los felices novios disfrutarían de un día para el recuerdo en compañía de sus seres queridos.

«Todo va muy bien —pensó Pepi sin apartar los ojos de la pareja que caminaba hacia el altar, fijando su mirada en la ancha espalda del padre de Cristina—. Hasta la mala relación que los había distanciado parece ya un mal sueño. —Arrugó el ceño sin darse cuenta».

—Deja de darle vueltas —Feli le ordenó pasando los dedos por las arrugas de su cara—. Cristina ya ha hecho las paces con su padre...

Esta se cruzó de brazos sin apartar la mirada del hombre que entregaba a su hija.

—Lo sé, lo sé... —murmuró para que nadie la escuchara—. Pero todavía no entiendo cómo quiso casarse con esa víbora.

Feli la empujó y observó al padre de Cristina.

—Fernando tiene sus años pero no está mal.

Pepi sonrió.

—No digo lo contrario... —Se calló mientras admiraba el cuerpo del hombre que iba embutido en un traje gris. Algunas canas se repartían por su negro cabello pero lejos de afearlo, le imprimían carácter—. Sigue siendo muy atractivo pero... ¿Raquel?!

Jose les chistó tratando que se callaran.

Feli dio un beso a su marido y se acercó hasta el oído de Pepi para decirle confidencialmente:

—Esa duda solo puede resolvérnosla el propio Fernando.

Esta asintió y se quedó pensando mientras su amigo agarraba el brazo de

su marido para intentar que olvidara su enfado. Hacían una pareja peculiar. Jose vestido con un traje clásico oscuro, con corbata, y Feli embutido en un traje de tres piezas de un azul eléctrico, donde destacaba la pajarita amarilla.

—Puede que le pregunte...

Su amigo la miró entre divertido y escandalizado.

—¿No serás capaz?

Pepi levantó su niquelada ceja dorada.

—¿Qué te apuestas?

Este se rio, recibiendo una nueva reprimenda por parte de su marido.

—Eso no me lo pierdo.

La mujer observó a Fernando desde el lugar que ocupaba y pensó que tampoco perdía nada por preguntar.

El padre de Cristina se giró brevemente como si sintiera que alguien lo observaba, y centró sus ojos marrones en ella por unos segundos, el tiempo justo para que Pepi dudara si debía arriesgarse para saciar su curiosidad.

## Capítulo 2

—¿Qué haces aquí? —Daniela le preguntó cuando entró en la cocina.

La ceremonia había terminado hacía un par de horas y la fiesta se había trasladado a la casa de esta, donde la comida y la bebida competían con las conversaciones y risas de los asistentes.

Pepi miró a su amiga, que llevaba un vestido rojo que la quedaba como un guante, al mismo tiempo que sacaba del horno una bandeja con pequeños trozos de hojaldre.

—Ayudar...

La dueña de la vivienda se acercó hasta ella y le quitó la manga pastelera que iba a coger para rellenar los dulces.

—¿Por qué?

—Los chicos están muy atareados sirviendo, preparando la comida... Y me dijeron que si podía controlar el horno para que no se quemara. Es lo que tiene la confianza. —Señaló con la cabeza la bandeja.

Daniela se acercó hasta la encimera y apartó a su amiga sin muchos miramientos.

—Ya hablaré yo con mis empleados. Una cosa es que tengas amistad con algunos de ellos y otra que te pidan ayuda...

Pepi sonrió.

—Lo hago de mil amores.

Daniela, que ponía encima de los hojaldres la crema, gruñó al escucharla.

—En vez de sociabilizar, estás aquí. —La miró de arriba abajo para devolver la atención de inmediato a los dulces—. Anda, sal de la cocina que no vas vestida para estar entre fogones.

Pepi se carcajeó.

—¿Y tú sí?

La morena de pelo largo le guiñó un ojo.

—Pero yo soy la responsable de que todo esto salga bien. —Movié la manga pastelera señalando lo que les rodeaba, junto al trajín de camareros que entraban y salían de la estancia—. Además, con lo guapa que vas, podrías

aprovechar para encandilar a alguno de los chicos que han venido a la boda.

Pepi bufó y se sentó en uno de los altos taburetes que rodeaban la isleta central de la cocina.

—Ya... —Apoyó la cara entre sus manos y observó cómo trabajaba su amiga—. Todavía no sé cómo os hice caso a Feli y a ti.

Dani la miró de reojo.

—¿Por qué? ¿Por el vestido? —La rubia asintió—. Pero si te queda genial. Después de la novia, tú eres la que eclipsa al resto de mujeres que han acudido a la boda.

Pepi se levantó, se colocó el escote del vestido, un cuello barco que se sujetaba por debajo de los hombros, y se bajó la falda, que le quedaba por encima de las rodillas y que se le ajustaba al cuerpo, delineando sus curvas. No podía negar que fuera una prenda preciosa y que las negras flores que la decoraban, simulando antiguos encajes, se acoplaban a su cuerpo estilizándolo, pero la traía por la calle de la amargura que la tela se le ajustara tanto.

Bufó con fuerza y se sentó de nuevo.

—Llevo todo el día así —comentó—. Me muevo y se sube. Me siento y se sube... Si no ando con cuidado, cualquiera podrá descubrir de qué color es el tanga que llevo...

—¿Y de qué color es? —preguntó Feli adentrándose en la habitación.

Daniela se rio al escuchar a su amigo.

—No es de tu incumbencia —Pepi respondió entre dientes.

El joven que, para la boda de su amiga, se había teñido el cabello del mismo azul eléctrico que su traje, bebió de su copa y la dejó vacía en el fregadero.

—No seas *enfadica*... —Le pasó un brazo por los hombros desnudos y le dio un beso en la mejilla—. Estás preciosa y ahí —señaló hacia el jardín, donde se celebraba la boda de sus amigos—, más de uno se ha dado cuenta.

Pepi atrapó uno de los dulces de hojaldre y crema que acababa de terminar de decorar Daniela y dijo con la boca llena:

—Me da igual.

Feli le pasó una servilleta y también tomó uno de los bollitos.

—Pues el padrino no te ha quitado el ojo de encima en lo que llevamos

de cena.

La dueña de la casa se sentó enfrente de ellos y, para no quedarse atrás, también probó los hojaldres.

—¿Fernando? ¿El padre de Cristina?

Feli asintió sin perder de vista a la mujer rubia que estaba sentada cerca de él.

—Desde que se ha sentado al lado de su hija, lo he pillado más de una vez, mirándola. —Movi6 la cabeza hacia Pepi.

—Quizás es curiosidad... —indicó Dani—. Recuerda que Pepi y Cris son muy amigas, y puede que su padre quiera saber quién es.

—Tal vez... —Bebió de una copa de champán que tomó de una bandeja que portaba en ese momento uno de los camareros que salían de la habitación—. Pero si se trata de simple curiosidad, te puedo garantizar que más de una mirada podría provocar un incendio...

—Pues no me he dado cuenta —comentó Dani.

—Cuando acabes con todo esto —movió la mano señalando lo que había en la isleta—, vente conmigo...

—Agh... —Pepi gritó atrayendo las miradas de sus amigos—. Por favor, parad. No hagáis como si no estuviera presente.

Feli y Daniela compartieron sonrisas cómplices.

—Como no tienes interés en tu vida social...

—Vida íntima, Dani. Vida íntima —Feli corrigió a la morena.

La dueña de la casa asintió conforme con la apreciación.

—Es verdad. Me gusta más ese término.

Pepi se bajó del taburete y se cruzó de brazos.

—¿Estáis hablando en serio?

La pareja la miró y movieron la cabeza al mismo tiempo.

—Nos preocupamos por ti —señaló Dani.

—Estoy bien. No tenéis por qué preocuparos...

Feli se le acercó y le pasó un dedo por la mejilla con cariño.

—¿Desde cuándo no estás con un hombre, cariño? —Pepi le señaló con el dedo, arrancándole una carcajada. Atrapó uno de sus mofletes y tiró de él—. Ya sabes a qué me refiero.

Daniela se les acercó y le ofreció un hojaldre que ella no dudó en coger.

—Pepi, solo queremos que seas feliz...

—Y que le des una alegría al cuerpo —añadió Feli, haciéndolas reír.

La mujer rubia se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Se acercó a su amiga y la abrazó.

—Os garantizo que tengo todo lo que quiero —indicó a sus amigos regalándoles una sonrisa.

Dani le dio un beso, aceptando sus palabras y se acercó a su marido que acababa de aparecer con su hija.

Feli atrapó el brazo de Pepi y ambos observaron a la feliz familia.

—Puedes intentar engañarnos, pero tu corazón sabe lo que en realidad escondes —Feli le dijo y, tras darle un nuevo beso, se acercó a la pequeña—. A ver chicos, dejad que malcríe a mi sobrina postiza.

Pepi observó la estampa y no pudo evitar sentir que su alma pesaba con las verdades que tenía atrapadas en su jaula interior.

## Capítulo 3

La música sonaba por toda la casa. Se habían apartado las mesas del jardín para ampliar el espacio y así permitir que los novios pudieran realizar su baile nupcial.

Cadenetas de luces colgaban de las ramas de los árboles y unos pocos ramos de flores blancas, colocados en lugares estratégicos, eran la única decoración que adornaba el lugar, muy al gusto de los novios que en ese momento estaban en el centro de la improvisada pista de baile, mirándose con adoración.

Las notas de la canción elegida por los recién casados comenzaron a sonar desde la mini cadena del salón. Un tema que formaba parte de la banda sonora de un musical que se había llevado al cine y que había cosechado grandes éxitos. Según la pareja, les recordaba uno de los momentos que compartieron, cuando se estaban conociendo, y querían que formara parte importante de este día... de su día.

Víctor atrapó la cintura de su esposa y levantó la otra mano invitando a que esta la tomara. Los ojos de Cristina brillaron desde detrás de las gafas, le regaló una sonrisa e hizo lo que su marido le pedía.

Este le dio un beso en la cabeza y la joven vestida de blanco apoyó la mejilla en su pecho y, sin demorarlo mucho más, comenzaron a girar sobre sus pies al son de la canción.

—Están muy enamorados —comentó Feli que, al igual que ella, no había perdido de vista ninguno de los movimientos de los recién casados.

Pepi asintió y suspiró.

—Son la pareja perfecta.

Su amigo la empujó y le ofreció la mano.

—¿Quieres bailar?

Ella asintió y fue tras él hasta la mitad de la pista de baile.

No tardaron en seguirlos otras parejas.

—¿Y Jose? —se interesó la joven por el marido de su acompañante pasados unos minutos.

Feli miró en derredor, girando al mismo tiempo sin soltarla, hasta que encontró a su esposo.

—Allí, con el padre de Cris.

Esta observó a los dos hombres.

—¿De qué estarán hablando? —preguntó.

El hombre de pelo azul suspiró.

—De negocios —indicó con seguridad.

Arrugó el ceño.

—¿De negocios? —Este asintió—. ¿En mitad de la boda de su hija?

Feli sonrió con resignación y volvió a mover la cabeza de manera afirmativa.

—Según me ha dicho Jose... —Movié la cabeza hacia donde se encontraba su marido—... Desde que Cristina se ha reconciliado con Fernando, el bufete de los chicos lleva cada vez más negocios de este, de su empresa.

Pepi asintió sin apartar la mirada del padre de su amiga.

—Fue una buena idea que Álvaro, Víctor y Jose decidieran abrir su propio despacho de abogados.

Feli movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, pero no se lo digas a Jose.

Esta se apartó brevemente para mirar a su amigo a la cara mientras seguían bailando.

—¿Y eso?

El hombre se agachó un poco, tratando de buscar algo de intimidad, y le dijo:

—Acusarlo de que apenas nos vemos por su trabajo, consigue que me preste más atención.

—Serás malo... —Le golpeó en el hombro.

—Tienes que ver lo fiero que es en la cama gracias a esa mentirijilla. — Feli imitó el rugido de un león, provocando que esta se carcajeara atrayendo miradas.

Jose y Fernando observaron a los bailarines al escuchar la risa femenina. El primero pendiente de su marido; el segundo, aunque al principio observó con curiosidad al hombre de pelo azul, pasados unos segundos su atención

recayó sobre la mujer que bailaba entre sus brazos.

El abogado, que vestía de negro, lo miró divertido cuando descubrió que a quien miraba no era a su marido sino a la amiga de este y, por la tensión que circulaba por sus ojos marrones, podía suponer que se sentía bastante atraído por ella.

—Es Pepi. —Lo presentó desde la distancia, sorprendiéndolo.

Fernando asintió al escucharle sin darse cuenta. Ya sabía cómo se llamaba. Había logrado que su hija le explicara quién era desde que sus ojos se habían posado en su amiga, pero lo que no sabía es si estaba soltera o casada, si tenía novio o novia... Y, para su desconcierto, era algo que necesitaba averiguar.

—También es viuda —Jose le aclaró como si le leyera la mente.

El padre de Cristina apartó la vista de ella reticente, y observó a su amigo.

—¿Tan joven?

Asintió.

—Un accidente...

Fernando miró de nuevo a la mujer y, por primera vez, la observó con nuevos ojos. Ambos compartían algo en común, algo duro, difícil... Ambos habían encontrado el amor y lo habían perdido.

—¿Y él? —Tosió intentando alejar los sentimientos amargos que poblaban su corazón y movió la cabeza hacia la pareja—. ¿Ese es tu marido? —preguntó buscando cambiar de tema.

—Es Feli —confirmó con una sonrisa enamorada.

—Es... —Fernando dudó tratando de encontrar las palabras correctas para describirle.

Jose miró al hombre, divertido ante su apuro.

—Peculiar —terminó por él.

Este se pasó la mano por la nuca y asintió algo avergonzado.

—Sí, se podría decir así.

Le golpeó la espalda y se rio.

—No te preocupes, Fernando. Sé cómo es Feli, la imagen que proyecta y lo diferentes que parecemos. —Le guiñó un ojo cómplice—. Y sí, somos muy diferentes —insistió, recibiendo un gesto afirmativo por parte del padrino de

la novia— pero eso es lo que en realidad nos une.

—¿Las diferencias?

Este asintió.

—Si fuéramos más similares terminaríamos aburriéndonos el uno del otro, de la vida que llevamos o del tiempo que pasamos juntos. He llegado a la conclusión de que para disfrutar del tiempo que pasamos en este planeta, es mejor que le ofrezcamos a la vida pimienta.

—¿Y Feli es tu pimienta? —se interesó entre divertido y algo reflexivo por lo que le explicaba.

Observó a su marido con ferviente amor en los ojos.

—Es mi pimienta, la pizca de sal exacta que necesito para ser feliz... Mi compañero de vida.

—Te entiendo... —confirmó, recordando los sentimientos que tenía hacia su mujer ya desaparecida.

Jose lo miró, atraído por el tono de voz del hombre.

—El tiempo acaba curando las heridas —indicó—. Lo que sentimos por las personas que ya no están a nuestro lado no se olvida, se mitiga su fuerza pero no se olvida. Los recuerdos nos acompañarán y se enlazarán con los nuevos que llegarán.

Fernando suspiró.

—Te confieso que lo que tenía con mi mujer, no he vuelto a sentirlo por nadie más. Fue único.

—Único, sí, porque fue con ella. La amabas, la querías... Fue especial y encima te dio a Cristina. —Los dos hombres miraron a la novia—. Pero volverás a encontrar a esa persona que te complemente...

—No lo creo, amigo —lo interrumpió—. Lo intenté pero no pudo ser.

—Porque no era la correcta.

Fernando sonrió.

—Sí, lo sé y gracias a Cristina que me di cuenta. —Siempre estará agradecido a su hija, quien acabó abriéndole los ojos con respecto a Raquel. Si Cristina no hubiera roto su relación, la que mantenían como padre e hija, muy endeble pero que los unía desde el fallecimiento de su mujer, él no hubiera reaccionado...—. No sé lo que podría haber sucedido...

Jose asintió.

—No podemos pensar en el pasado, en los síes o en las posibilidades. Aquello, por suerte, terminó. —Le golpeó la espalda—. Y mejor porque vaya víbora con la que te querías casar.

Fernando se carcajeó al escucharlo. Al principio, le costó identificar a la dulce mujer con la que él se había prometido con la otra que Cristina y sus amigos le hablaban, y más cuando la llamaban «víbora», pero con el tiempo empezó a ver la otra cara de Raquel, y, aunque seguía apareciendo cada poco en su vida, eran ya contadas las ocasiones que eso sucedía.

—Sí, estaba ciego —concordó.

—Pero eso ya está solucionado —Jose le indicó—. Puedes...

—No, no quiero enamorarme —le cortó—. Estoy demasiado mayor para andar con juegos —comentó posando involuntariamente su vista en la pareja de baile de Feli.

Jose observó su mirada y sonrió.

—Entiendo que eso es lo que piensas ahora, pero tarde o temprano alguien volverá a conquistar ese corazón. —Señaló con el dedo el lado donde descansaba el órgano de su cliente y amigo—. No sentirás lo mismo que con la madre de Cristina, e incluso, puede que tardes en darte cuenta de que te has vuelto a enamorar... —Fernando bufó al escucharlo, y Jose le golpeó la espalda riéndose al mismo tiempo—. No lo descartes, amigo, porque puede que la próxima boda sea la tuya.

El padre de la novia tosió de manera exagerada.

—Espero que te equivoques.

Jose sonrió de forma prepotente como si ocultara un gran secreto.

—Ya me darás la razón. —Le guiñó un ojo—. Y ahora, si me disculpas, me voy a bailar con mi marido.

Fernando movió la mano como si le indicara la dirección correcta a la que debía dirigirse.

—Adelante...

—Por cierto, cuando baile con Feli, se quedará una atractiva mujer sola. Podrías...

El padre de Cristina se carcajeó por su sugerencia.

—Serás liante —lo acusó.

Jose también se rio y se alejó de su lado en pos de su objetivo.

## Capítulo 4

—¿Me permite este baile?

Pepi se giró al escuchar la voz del hombre que había conseguido, con una simple pregunta, que se le erizara la piel, y se encontró con el padre de Cristina.

Delante de ella, a unos pocos metros de distancia...

Sus ojos marrones la observaron con intensidad, provocando para su sorpresa que sus mejillas enrojecieran como si fuera una adolescente y no estuviera rozando los cuarenta. Agachó la mirada con una inusitada timidez y asintió levemente, sin poder articular palabra alguna.

Fernando atrapó su mano con rapidez, como si tuviera miedo de que cambiara de opinión en el último momento y acabara escapando de él, y posó la otra en su cadera, acercando sus cuerpos.

Pepi elevó su verde mirada y la fijó sobre la de él, retuvo la respiración por unos segundos, al sentir la fuerza de su cuerpo, e inconscientemente sus pies se movieron al ritmo de la música, al compás de su pareja...

Uno en brazos del otro.

Unidos por unos pocos minutos, el tiempo que duraba la canción, pero lo necesario para conocerse, para sentirse...

Los dedos de Fernando se afianzaron en la cadera femenina.

La mano de Pepi ascendió hasta posarse en su nuca.

La escasa distancia que los separaba se acortó, como si sus cuerpos se acoplaran, amoldándose a sus curvas.

Sus respiraciones se enredaron.

El latido de sus corazones se entrelazó, hasta terminar siendo uno solo...

Único.

Sus dueños se observaron, alejándose de la casa, de la ceremonia, del resto de invitados, de todo lo que los rodeaba...

Solo estaban ellos dos. En su propio mundo. Volando entre las estrellas, navegando por las constelaciones, ajenos a todo lo que los rodeaba.

Pepi abrió la boca con intención de hablar...

Fernando acercó su rostro para poder escucharla...

Pero los dos se engañaban...

Ni uno quería hablar ni el otro quería escuchar...

Sus labios eran los que mandaban, tirando de ellos, demandando un beso que, para su gusto, tardaba en llegar.

—Yo...

—Yo...

Ambos hablaron a la vez y ambos callaron al mismo tiempo, regalándose tímidas sonrisas.

Fernando le colocó un mechón detrás de la oreja.

Pepi movió la cara buscando ahondar en la caricia.

Sus miradas se volvieron a encontrar y justo cuando la distancia entre sus labios era escasa, el ritmo del latido de sus corazones cambió y una nueva canción comenzó, trayéndolos de regreso.

El ruido de las conversaciones interrumpió la intimidad compartida, y una bofetada de realidad apareció ante los ojos de la pareja.

Pepi se separó de golpe del hombre.

Este dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo, sin apartar la vista de ella, pero desconcertado ante lo que acababan de compartir.

—Pepi, yo... —Avanzó un par de pasos, intentando acortar la distancia que los separaba, buscando que entre los dos encontraran *esa* explicación que necesitaban, pero la mujer negó con la cabeza y se marchó sin mirar atrás.

Fernando, con los pies anclados a la hierba del jardín, observó la espalda femenina alejándose de su lado. Se pasó la mano por el negro cabello donde ya abundaban algunas canas, y soltó el aire que retenía sin saberlo.

—Papá, ¿estás bien? —le preguntó Cristina, devolviéndolo al presente.

Este miró a su hija, movió la cabeza de manera afirmativa y le acarició la cara.

—Estás preciosa, feliz...

La novia le dio un beso en la mejilla.

—Víctor me hace feliz.

Fernando miró al recién esposo de su hija y devolvió la atención sobre esta.

—Y si no fuera así, se las tendría que ver conmigo.

Cristina se rio.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cariño. —Ambos se abrazaron—. ¿Te apetece bailar con tu *viejo*?

La mujer vestida de blanco le golpeó en el hombro y se colgó de su cuello con una sonrisa.

—No eres viejo.

Este arqueó sus cejas y comenzó a moverse con su hija al son de la música.

—Tengo mis años...

—Experiencia —le rebatió.

Fernando se rio.

—Espero que eso sea bueno.

—Por supuesto. Los años han conseguido que seas un empresario de éxito, que te hagas a ti mismo, que tengas una hija estupenda... —enumeró sonriente.

—Que perdiera al amor de mi vida —añadió sin poder evitarlo.

Cristina apoyó la cabeza en su pecho.

—La echo de menos...

Este la acarició con ternura la espalda.

—Estaría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido... —dudó por un segundo si continuar hablando— y muy enfadada por cómo te traté.

La novia lo miró de golpe al escucharlo.

—Nada de eso, papá. Ya lo hemos hablado y... —de pronto sentía la garganta muy seca— que mamá nos dejara tan pronto, fue muy duro para los dos... para ti. No supimos lidiar muy bien con ello. —Posó las manos en la cara de su padre para obligarlo a mirarla—. Tu comportamiento, aunque fue difícil para mí, fue el mecanismo de defensa que tuvo tu corazón para protegerte...

—Pero debí estar más a tu lado —la corrigió.

Cristina lo besó de nuevo y lo abrazó.

—Ahora lo estás. Aquí, en este momento, a mi lado y eso es lo que importa. Tenemos un futuro por delante por construir.

Fernando miró a su hija con adoración.

—¿Cuándo te convertiste en una mujer tan sabia?

Se rio.

—Me parezco a mi padre...

Él se carcajeó al escucharla y le acarició el cabello.

—Gracias.

La novia negó con la cabeza.

—No, gracias a ti por darte cuenta de tus errores, esos que estás intentando solucionar, aunque no sea necesario. Me conformo con tenerte a mi lado.

Fernando asintió.

—Te quiero, hija.

—Y yo a ti, papá. —Buscó su mirada—. Pero te pido una única cosa...

El hombre sonrió.

—Lo que quieras.

—No vuelvas a caer en las redes de una mujer como Raquel. —Arrugó el ceño—. Solo de pensar que podría haber formado parte de nuestra familia... —Tembló al recordar como su padre estuvo a punto de casarse con su antigua socia.

Fernando se carcajeó y giró con fuerza sobre sus pies, llevándosela con él.

—No te preocupes que no volverá a ocurrir —confirmó—. Estaba muy engañado...

—Pero que muy engañado, papá —insistió.

Este pasó sus dedos por el frunce de sus cejas, intentando alejar su frustración.

—Ya te he dicho que estoy muy viejo...

En esta ocasión, Cristina le pellizcó el brazo arrancándole un gesto de dolor.

—¡No digas eso! —le exigió—. A cualquiera podría haberle sucedido.

El hombre elevó una de sus cejas oscuras.

—No sé...

—Mira a Álvaro. —Movió la cabeza hacia la pareja de amigos que tenían a una niña pequeña entre ellos—. Él también consideraba a Raquel una

amiga y por poco acaba con su matrimonio.

Fernando observó al abogado y a su mujer. Se los veía tan enamorados que le extrañaba lo que su hija le contaba.

—¿En serio?

Esta movió la cabeza de manera afirmativa.

—En serio. Raquel es una víbora que hay que mantener muy lejos... — Buscó su mirada—. Prométemelo —le ordenó de nuevo.

Su padre le dio un beso.

—Te lo prometo —cedió— y ahora, creo que tu marido viene hacia aquí para solicitar tu compañía.

La pareja detuvo su baile y observó a Víctor quien no apartaba la mirada de su mujer.

—Suegro... —le saludó nada más llegar a su lado.

—Yerno... —dijo este en el mismo tono.

Cristina se rio, dio un beso a su padre y atrapó el brazo de su esposo.

—Padre... —Miró al hombre con el que hasta hacía poco bailaba y pasó su vista sobre el recién llegado—. Esposo... Soy muy feliz por teneros a mi lado.

—Y nosotros —Fernando añadió, ofreciéndole la mano a Víctor que no dudó en tomar—. Cuídamela.

—Es ella la que cuida de mí —señaló, guiñándoles un ojo y los tres se rieron a la vez.

## Capítulo 5

Pepi fue al piso de arriba en cuanto salió del jardín y se refugió en el cuarto de la plancha, huyendo del padre de Cristina. Esa era la palabra clave: huir. Había huido como un cobarde al no comprender lo que había ocurrido cuando bailaban, cuando estaba entre sus brazos...

Apoyó las manos en la lavadora y dejó caer la cabeza hacia adelante mientras intentaba recuperar el aire que le faltaba.

—Tranquilízate —se dijo a sí misma—. Solo ha sido un baile...

Pero no había sido solo un baile. Se mentía...

Su corazón estaba desbocado, la piel se le había erizado cuando sus manos se tocaron; su boca, a escasos milímetros de la suya, había sido demasiado tentadora... demasiado...

Inspiró...

Espiró...

Inspiró...

Espiró...

Y, cuando sintió que el latido de su corazón retomaba su ritmo, se giró y se apoyó en la lavadora. Se pasó la mano por el cabello, despeinándose un poco por el camino, y observó las blancas paredes que albergaban una secadora, varios armarios de puertas claras donde seguro que se almacenaba la ropa, y el electrodoméstico donde descansaba.

—Por lo menos te garantizas que nadie entre en una habitación como esta en mitad de una boda —comentó en voz alta justo cuando escuchó como el picaporte de la puerta giraba y esta se abría.

El ruido del exterior rompió la calma que reinaba en el cuarto, junto al hombre que asomó por el espacio dejado para desaparecer a continuación, cerrando la puerta tras de sí, no sin antes pedirle disculpas sin apenas mirarla.

No la había reconocido y, por extraño que pareciera, en vez de tranquilizarla ese hecho, le había molestado.

Con rapidez, Pepi se llevó la mano hasta donde bombeaba su corazón, sin apartar la vista de la lisa superficie de madera, incapaz de creer lo que

acababa de ocurrir.

Soltó el aire que retenía sin saberlo y cerró los ojos. Buscó esa tranquilidad que había vuelto a perder pero no logró su objetivo; no habían pasado ni dos segundos cuando la puerta se abrió de nuevo.

La mirada marrón del hombre se encontró con la verde de ella.

Pepi se incorporó de golpe.

Fernando entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Los dos se observaron, en silencio, midiéndose...

Ella llevó su mano hasta el cuello...

Él siguió con atención sus movimientos.

Pepi posó sus ojos sobre el cuerpo de él.

Fernando se aflojó la corbata, facilitando el acceso del aire que le faltaba.

Ella dejó caer su mano, deslizándola por su cuerpo con demasiada lentitud.

Los ojos marrones siguieron con ardor sus movimientos.

La temperatura de la habitación aumentó, la tensión que irradiaban sus cuerpos era casi palpable y sus respiraciones aumentaban con cada nueva mirada que intercambiaban.

Fernando se le acercó, acortando las distancias.

Pepi avanzó como si un hilo transparente los uniera, hasta estar juntos, sin apenas separación entre ellos.

El hombre posó su mano en la mejilla femenina, y esta cerró los ojos ante el contacto. Observó su rostro, las doradas cejas, su pequeña nariz y esos labios tentadores, rojos como el pecado y que deseaba, desde lo más profundo de su ser, descubrir a qué sabían.

—Esto es un error... —indicó con voz grave.

Pepi abrió sus ojos, donde residía la misma pasión que había presente en los marrones de él, y giró la cara para besar la palma de la mano que la acariciaba.

—Un gran error... —coincidió.

Sus miradas se encontraron de nuevo y un rugido gutural se escuchó en la habitación.

Fernando atrapó su boca en un salvaje beso que no tardó en ser

correspondido. Posó sus manos en las caderas y la elevó por el aire hasta sentarla en uno de los armarios de la habitación, sin que sus bocas se separaran, dejando que sus dedos desaparecieran por debajo del vestido negro. Sin demasiados miramientos, le arrancó el tanga que llevaba, provocando que su dueña lo mirara sorprendida, pero lejos de quejarse, atrapó su nuca y lo besó con más ardor.

El hombre se deshizo del cinturón con movimientos torpes, desabotonó el pantalón y ayudó a su pene ya erecto a que se adentrara dentro de ella.

Pepi gritó en cuanto sintió la invasión, lo que provocó que sus miradas se encontraran, deteniendo sus movimientos... Reteniendo sus respiraciones, pero sin poder controlar sus corazones.

Los dedos de Fernando se posaron en los labios femeninos que involuntariamente se abrieron permitiéndole el paso, a la par que las piernas se enrollaban en torno a sus caderas alentándolo para que se acercara aún más a ella.

Sin nada que los separara.

Dos cuerpos unidos por la pasión que sentían sus dueños.

La lengua de la mujer acarició los dedos y los absorbió brevemente, saboreando su sabor salado sin apartar la mirada de la de él. La verde anclada en la marrón, en los sentimientos que los desbordaban y que los habían conducido hasta esa situación.

Fernando comenzó a moverse con lentitud, las caderas de ella le correspondieron sin dudarlos.

Sus cuerpos se acoplaban poco a poco... Su pene entraba y salía de su interior mientras las paredes vaginales le arropaban y el calor le cobijaba.

Ella se agarró a su camisa con una mano y la otra la apoyó en el mueble donde estaba sentada, encorvando su espalda, ante la atenta mirada de su amante. Estaba hipnotizado por sus movimientos, por lo que le transmitía, por lo que su cuerpo sentía...

Posó la boca sobre su garganta para dejar que sus dientes la marcaran con sutileza, arrancándole un nuevo gemido que fue música para sus oídos, robándole una sonrisa placentera.

Descendió poco a poco hasta los pechos que asomaban por la tela del vestido, dejando que su lengua acariciara la escasa piel que era visible, sin

parar de mover sus caderas, buscando que su pene entrara y saliera del interior de ella, buscando que alcanzara su placer, saboreando el suyo propio.

Las estocadas aumentaron y los envites se sucedieron, en una danza ancestral que los dos habían comenzado sin saberlo en la pista de baile y que ahora estaba llegando a su fin.

Las piernas de ella le abrazaron aún más fuerte, animándolo a que incrementara los movimientos y él no dudó en satisfacerla. Buscó su boca con fervor, y Pepi se agarró a su nuca para evitar que sus cuerpos se separaran.

Los gemidos crecieron.

Las respiraciones se aceleraron.

Fernando posó sus manos en el trasero de ella y la juntó aún más a él.

Pepi gritó y su boca se acomodó sobre sus labios intentando mitigar el sonido producido, permitiendo que sus gemidos se entrelazaran y sus miradas no se alejaran.

Ya quedaba poco. Ambos lo notaban pero, aunque era un final que sus cuerpos demandaban, parecía como si ninguno quisiera llegar hasta él.

Los movimientos pélvicos aumentaron.

Pepi encorvó su cuerpo.

Fernando posó sus manos de nuevo en las caderas femeninas y ahondó en el interior de ella. Sus movimientos se sucedieron y los gemidos de la pareja crecieron, hasta que una explosión los envolvió dejando sus cuerpos laxos.

El silencio apareció de nuevo en el cuarto de la plancha, solo roto por las respiraciones alteradas de la pareja que lo habitaba.

## Capítulo 6

La pareja se observó sin dar crédito a lo que acababan de compartir. Les faltaba el aire, la respiración la tenían acelerada y sus corazones latían desbocados.

El hombre se separó de ella, permitiendo que sus pies se posaran en el suelo con delicadeza, sin apartar la mirada de sus ojos verdes. Con las manos apoyadas en sus caderas, dejando que sus cuerpos mantuvieran el contacto aunque fuera brevemente. Se recolocó el pantalón y retrocedió un par de pasos, intentando ofrecer una imagen medianamente decente.

La mujer estiró el vestido, se pasó la mano por el cabello, buscando recuperar cierto orden, y tropezó con los dedos masculinos que trataban de recolocar uno de los rubios mechones.

El contacto los separó de golpe, como si acabaran de sufrir una descarga eléctrica.

Ella rehuyó su mirada.

Él tensó su mandíbula.

—Pepi, yo...

Esta lo miró, posó su mano en el estómago como si buscara retener los nervios que sentía, y se acercó hasta la puerta de la habitación.

—Esto no puede volver a suceder...

—Pepi... —Él avanzó un par de pasos sin saber muy bien si quería retenerla o dejarla escapar.

—No. —Negó con la cabeza—. Si llega a oídos de Cristina... de tu hija... —titubeó—. Mi amiga... —Enfrentó sus miradas—. No puede enterarse —le rogó.

Este movió la cabeza de manera afirmativa.

—No te preocupes. No diré nada.

Pepi asintió, agarró el picaporte de la puerta y salió de la habitación sin mirar atrás.

El hombre observó el espacio que había ocupado hasta hacía apenas unos segundos la amiga de su hija y se dejó caer sobre una silla que había en la

habitación. Miró a su alrededor y fijó sus ojos en el mueble que había cerca de la lavadora donde había sentado a Pepi, donde la había hecho suya...

Soltó el aire que retenía y pasó los dedos por su cabello.

—¿Qué has hecho, Fernando? —se preguntó a sí mismo—. ¿Qué has hecho?

# Capítulo 7

*Dos días después.*

—Rosa, ¿no quiere nada más? —le preguntó Pepi al mismo tiempo que la ayudaba a guardar en la bolsa lo comprado en su tienda.

La mujer mayor negó con la cabeza.

—Por hoy es suficiente. Mañana ya se verá. —Agarró las asas de la bolsa—. Gracias, cariño —le agradeció el gesto y marchó hacia las puertas de cristal con intención de salir de la tienda justo cuando las traspasaba un mensajero con un uniforme marrón.

—Buenos días. Busco a la señora Martínez —el joven indicó, sin apartar la mirada de la PDA donde debía llevar los datos de la persona a la que tenía que entregar el paquete.

—Es la dueña de *Suave Algodón*, jovencito.

El mensajero miró confuso a la mujer mayor.

—Disculpe...

Esta golpeó el suelo con el bastón de madera de haya y puño de concha que llevaba.

—La droguería. La tienda... —explicó, con poca paciencia.

El joven se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—Ajá... ¿Es usted la señora Martínez? —preguntó sin dar importancia a su explicación.

La mujer mayor dejó en el suelo la bolsa de la compra y elevó el dedo índice.

—Mira, jovencito...

—Soy yo la señora Martínez —intervino Pepi con rapidez, cortando a su cliente para evitar males mayores—. ¿En qué puedo ayudarte?

El mensajero se giró con demasiada velocidad, ignorando de forma muy grosera a Rosa, y le entregó a la dueña de la droguería un paquete rectangular.

—Necesito su firma —le requirió mostrándole el *pocket* sin ofrecerle ningún lápiz.

Esta alzó las cejas sorprendida por su actitud, esperando que le diera

algo para firmar.

—¿Cómo lo hago?

—Con el dedo —dijo de muy malos modos, como si fuera la cosa más evidente.

Ella bufó e hizo lo que le pedía.

No había terminado de firmar cuando el joven apartó la PDA con rapidez, se colocó la gorra y, sin despedirse, se marchó de la tienda.

Las dos mujeres lo observaron sin dar crédito a lo que veían.

—Esta juventud cada día me sorprende más —Rosa refunfuñó.

Pepi sonrió, agarró la bolsa de su clienta y le abrió la puerta.

—Venga que la acompaño...

—Pero hija, no hace falta. —Salió a la calle con paso torpe, algo inestable a pesar de la ayuda del bastón—. No puedes dejar la tienda sola.

Esta cerró la droguería, la agarró del brazo y la animó a caminar.

—Serán solo unos minutos... No creo que en ese tiempo me pierda la compra del siglo que pueda retirarme.

La risa cascada de la anciana le arrancó una sonrisa.

—En este barrio jamás. Esas cosas solo pasan en las películas o en los libros —coincidió—. El día que aparezca un Grey montado en su helicóptero me tiño el pelo de verde.

Pepi se carcajeó.

—Desconocía que supieras de la existencia del señor Grey.

La anciana la golpeó el brazo con cariño.

—Que sea vieja no significa que no esté al día de lo que hace ese hombre. —Le guiñó un ojo traviesa.

Se rio de nuevo.

—Un hombre de ficción...

Rosa chascó con la lengua.

—Esa es la única pega.

—Una gran pega —recalcó.

La anciana suspiró.

—Tal vez existan en la vida real.

—Y que tengan helicópteros para aterrizar en nuestro barrio —le siguió el juego.

La anciana detuvo su caminar y la miró.

—Recuerda. —Levantó su dedo índice—: si eso ocurre, me tiño el pelo de verde.

Pepi negó con la cabeza y tiró de ella para que reanudara el paso.

—El verde te quedaría fatal.

La anciana se atusó los rizos grises.

—Todo depende de la actitud. —Le guiñó un ojo—. Además, como no sucederá jamás de los jamases...

La dueña de la droguería tomó las llaves que le ofrecía y abrió la puerta de aluminio del portal del edificio donde vivía, que en verdad no estaba muy lejos de su tienda.

—Ojalá sucediera para poder verlo con mis propios ojos.

Rosa posó su arrugada mano sobre la tersa piel de su acompañante y le regaló una tierna sonrisa.

—Si ocurriese sería una gran noticia...

—¿Y eso? —se interesó sin apartar su mirada de la de ella.

—Porque vendría a buscar a alguien de los que vivimos aquí.

Pepi se rio al mismo tiempo que le abría la puerta de su casa de par en par para permitirle el paso.

—¿Alguna vez te han dicho que tienes demasiada imaginación?

Rosa dejó su bastón apoyado en la pared de la entradita y le quitó la bolsa que llevaba con su compra.

—Todo puede ocurrir en esta vida y con un par de gotitas de imaginación, quizás se haga realidad.

La rubia le dio un beso en la ajada mejilla.

—Quizás... —Se alejó de ella y abrió el portal—. Nos vemos mañana.

Esta movió la mano despidiéndose para desaparecer tras la puerta de su casa.

Pepi salió a la calle y, con las manos escondidas en los bolsillos del pantalón vaquero, desanduvo los pasos que la devolvían a su tienda.

Iba caminando con la cabeza agachada, pensando en la conversación que había mantenido con su clienta, donde, lejos de la fantasiosa imaginación, se percibía la esperanza, el deseo de que, a algunos de los que vivían en ese barrio de las afueras de Madrid, les fuera más que bien. Casi había comparado

la aparición de un Grey con que les tocara el Euromillón...

—Preferiría el Euromillón —se dijo para sí, al mismo tiempo que daba una patada a una pequeña piedra que chocó contra los cristales de su tienda. Levantó la mirada por si hubiera alguien esperando y sonrió con pesar al comprobar que la zona estaba tan desierta como cuando se había marchado.

Abrió la puerta y el silencio la recibió.

—Como la cosa siga así, habrá que cerrar —comentó en voz alta, dando forma a los pensamientos que la atormentaban desde hacía ya unos meses y que, debido a su implicación en la boda de su amiga, para ayudarla, había logrado distraerla de sus problemas económicos.

—Pero la boda terminó y toca volver a la realidad... —Recolocó los productos que se encontraba según se adentraba en la tienda hasta que de pronto una caja atrajo su atención.

—¡La caja! —Acababa de acordarse del episodio con el mensajero y como, tras ofrecerse a acompañar a Rosa, se había olvidado por completo de ella.

Se acercó y miró el remitente donde aparecía el nombre de una empresa que no le sonaba de nada.

—Entertainment Services... —Arrugó el ceño intentando recordar si había pedido algo a esa empresa mientras cogía el cúter que tenía al lado de la caja registradora y abría la cinta de embalar.

En cuanto abrió el paquete, un ramo de flores amarillas apareció ante ella dejándola sin palabras. Lo sacó de la caja de cartón y se lo acercó a la nariz para disfrutar de su aroma, movimiento que provocó que cayera una pequeña tarjeta al suelo.

Pepi se agachó para atrapar la nota con curiosidad, cuando la puerta de la tienda se abrió.

—Oulà... ¿y esas flores?

La dueña de la droguería miró de medio lado a Feli, vestido de manera poco llamativa para lo que era habitual en él. Llevaba un vaquero negro y una camisa amarillo limón, que no conjuntaba nada con sus gafas de pasta moradas y su cabello azul eléctrico.

—No sé. Las ha traído un mensajero e iba ahora a ver si pone algo en esto. —Mostró la tarjeta que tenía entre sus dedos.

El chico dio un par de saltitos para acercarse a ella, dando palmas al mismo tiempo, ilusionado por descubrir el misterio.

—¡Qué emocionante!

Pepi se rio.

—No seas exagerado... —Miró la tarjeta—. Seguro que es algún proveedor que quiere congraciarse... —Se calló de repente cuando identificó quién firmaba el regalo.

Feli leyó la tarjeta por encima de su hombro.

—No he podido olvidarte... Fernando —leyó en voz alta—. ¿Fernando? —preguntó extrañado, quitándole la pequeña cartulina de la mano para acercársela más a la cara como si necesitara cerciorarse de lo que sus ojos veían—. Pepi...

La mujer no esperó a ver qué le decía. Con rapidez se adentró por el interior de la tienda hasta su despacho sin soltar las flores.

—¡Pepi! —su amigo la llamó a gritos, siguiéndola—. ¿Quién es Fernando? Pepi...

—Nadie —contestó, entrando en la habitación que ella consideraba su refugio, y cerró la puerta tras ella sin esperar a que su amigo entrara.

No pasaron ni dos segundos cuando se volvió a abrir.

—¿No será el padre de Cristina?

La mujer tensó la espalda, deteniendo sus movimientos unos segundos para continuar de inmediato con lo que hacía. Buscaba algún jarrón u objeto que le sirviera para poner las flores, mientras intentaba ignorar al hombre.

Feli se apoyó en el marco de la puerta, se cruzó de brazos y esperó paciente a que su amiga lo mirara.

Pepi llenó de agua una jarra de cerámica, pintada con una espiral naranja que iba creciendo de dentro hacia afuera hasta abarcar toda la superficie, y colocó el ramo con delicadeza en su interior. Dejó el improvisado jarrón sobre la mesa, después de hacer un hueco entre todos los papeles que ocupaban su superficie, y se giró sobre sus pies hasta tener a su amigo cara a cara.

Sus miradas se encontraron.

Feli la observaba con una paciente sonrisa pero algo resabiada.

Pepi suspiró y se dejó caer rendida en el sillón marrón que había en la

habitación.

—Sí, es ese Fernando.

## Capítulo 8

—Ohh... ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó provocando que su amiga ocultara la cabeza entre sus manos—. ¿Qué ha pasado? ¿Hablasteis? ¿Dónde? ¿En la boda? Seguro que fue en la boda de Cris... —Pepi se encogía cada vez más sobre sí misma según se sucedían las preguntas—. ¿Qué pasó? Ohh... No me digas que tú y él... Ohhh... ¿Lo sabe Cris? No, seguro que no quisisteis decirle nada para que se centrara en su boda. —Comenzó a dar palmas a lo loco—. Ohhhh... Ya verás cuando se entere...

—¡No! —ella soltó en voz alta, silenciándolo. Miró a su amigo a los ojos y le rogó—: Cristina no puede saber nada. Está de viaje de novios, allá por el Caribe, y es mejor que no sepa nada. Por favor...

Feli la observó entre preocupado y confuso.

—Pero Cris tiene que saber que su padre y tú...

—¡No! —gritó de nuevo—. Por favor, Feli. —Bajó el tono, apoyó los pies en el sofá y abrazó las piernas, ocultando su cabeza entre ellas—. Cris no puede saber nada.

El hombre se sentó delante de ella y atrapó sus manos.

—Está bien. Tranquila. Cris no sabrá nada por mí, pero...

Pepi lo miró.

—¿Pero?

—Será mejor que se lo digáis uno de los dos. —Le acarició la cara—. Los secretos acaban en mentiras y las mentiras pueden contaminar una amistad.

—Pero en realidad no hay nada —rebatió.

Feli miró el ramo de flores amarillas y devolvió la atención a su amiga.

—Esas flores y la tarjeta dicen lo contrario.

Pepi expulsó el aire de su interior y se echó hacia atrás en el sofá.

—Fue un error —indicó.

El hombre apoyó sus manos en el suelo, intentando buscar una posición más cómoda, y sonrió.

—Explícame a qué llamas tú «error».

Pepi enredó su mano en el rubio cabello y observó el ramo de flores

mientras pensaba por dónde debía empezar a hablar.

—Nos acostamos —dijo de golpe.

—¿Qué?! —Feli ante el anuncio, echó su cuerpo hacia adelante y tiró de una de las piernas de ella, moviéndola.

Lo miró y se mordió el labio.

—No sé cómo sucedió... —Escondió la cara entre las manos—. Fue todo muy raro pero...

—¿Excitante? —preguntó pícaro.

Las mejillas de la mujer enrojecieron.

—No sé cómo explicarlo —dijo a media voz.

Feli tiró de la otra pierna de ella.

—Venga... Estamos los dos solos. —Le guiñó un ojo—. Confiesa.

Esta suspiró y asintió, provocando que su amigo gritara.

—Me da tanta vergüenza —admitió.

Feli paró su algarabía y se sentó al lado de ella con rapidez al escucharla. Estaban un poco apretados, pero le dio igual. Pasó un brazo por sus hombros y la acercó aún más a él.

—¿Por qué? ¿Por disfrutar? ¿Por dejarte llevar? ¿Por echar un buen polvo? Porque sería un buen polvo, ¿verdad? Ese hombre expulsa feromonas por sus cuatro costados.

Pepi rio y lo miró.

—Sí, fue un buen polvo —confesó y sintió como la rojez de sus mejillas aumentaba.

—¿Entonces? —Esta se encogió de hombros e intentó apartar la mirada, pero se lo impidió. La agarró de la barbilla y la obligó a mirarle—. Pepi, ¿qué ocurre?

Se volvió a encoger de hombros.

—Es el primer hombre con el que he estado desde Rafa...

—Ay, mi niña. —Le dio un beso y la abrazó—. Si es que debajo de esa concha de fiereza, escondes una damisela que necesita ser salvada.

Pepi se dejó mimar unos minutos hasta que sonó la campanilla de la puerta de la entrada.

—Tengo que ir a atender. —Se levantó, estiró la camisa rosa que llevaba y se recolocó el pelo un poco.

Feli asintió conforme y se acomodó en el sofá.

—Te espero aquí.

—Quizás tarde —avisó.

Este se rio.

—Siento decirte, cariño, que con los clientes que tienes como mucho puedes retrasarte unos diez minutos. —Miró su móvil y lo desbloqueó—. El tiempo suficiente para que eche una partida en el Candy Crush. —Guiñó un ojo—. No pienso moverme de aquí hasta que me des todos los detalles.

Pepi negó con la cabeza resignada y acudió a atender a quien hubiera entrado en la droguería.

Un nuevo mensajero, vestido en esta ocasión con una camiseta que llevaba el logo naranja con el nombre de la empresa en un lado, la esperaba.

—¿Señora Martínez? —Esta asintió en cuanto estuvo a su lado—. Le traigo esto... —Le mostró un pequeño paquete y se lo dio—. Necesito su firma. —Le tendió la PDA y, en esta ocasión, también un lápiz táctil.

Ella no dudó en hacer lo que le solicitaba y atrapó el paquete.

—Gracias.

—A usted —respondió—. Pase un buen día.

Pepi sonrió y pensó que si hubiera venido este mensajero cuando estaba Rosa, esta se habría ido más contenta.

Miró su reloj y comprobó que eran ya casi las dos de la tarde, por lo que decidió poner el cartel de cerrado en la puerta. Tal como había ido el día, si cerraba diez minutos antes de la hora, no iba a suceder nada.

—Pepi... Estoy esperando —Feli la llamó desde el despacho, por si se hubiera olvidado de él.

—Ya voy —le indicó sin poder evitar sonreír, al mismo tiempo que apagaba las luces del local—. Ya estoy aquí —le anunció en cuanto apareció ante él.

El hombre guardó el móvil y se restregó las manos entre sí como si estuviera maquinando algo.

—Y ahora...

Ella se sentó en la silla que había delante del ordenador y tiró el paquete que le había dado el mensajero sobre la mesa.

—¿Y ahora? —le preguntó casi con miedo. Conocía demasiado bien a

Feli y sabía que podía salir por su boca cualquier cosa.

Este subió una de sus piernas sobre el sofá y giró el cuerpo para verla de frente.

—¿Cómo fue? ¿Qué sucedió? No puedes dejarme con este reconcome por dentro...

Pepi se carcajeó.

—Pues me lo estoy pensando...

—¿El qué?

—Hacerte sufrir un poco. —Le sacó la lengua.

—Jopeta, no seas mala...

Esta se rio y él no tardó en acompañarla.

—Está bien —cedió en cuanto se callaron—. ¿Qué quieres saber? Pero, de una en una... —Levantó el dedo índice en cuanto vio que volvía a acelerarse.

Feli asintió, se pasó la mano por su azulado cabello y soltó el aire que retenía, intentando relajarse.

—¿Cuándo?

—En la boda de Cristina y Víctor —confirmó.

Él mostró una sonrisa prepotente.

—¿Qué pasó?

Pepi se pasó la mano por su corto cabello y suspiró.

—Nos acostamos...

—Pero, ¿cuándo? Os tuve... Te tuve —rectificó con rapidez— vigilada constantemente.

Esta le miró sorprendida.

—¿Nos vigilabas?

—Claro, chica. Saltaban chispas cada vez que os observabais o intercambiabais miradas. —Se lamió su dedo y se lo llevó hasta el trasero, para alejarlo con rapidez como si se hubiera quemado.

Pepi abrió la boca y la cerró varias veces.

—Eso no es verdad... —indicó de manera poco convincente.

Feli se arrodilló encima del sofá al escucharla.

—¿Y ese baile? ¡¿Qué me dices de ese baile?! —Movió la mano de arriba abajo.

Pepi se tapó los ojos con la mano.

—¿Nos viste?

—Para no veros, chica. Cualquiera que estuviera a vuestro lado, se habría asado de calor por la subida de temperaturas que provocaban vuestros cuerpos al estar tan juntitos.

La mujer gritó de frustración.

—No debí bailar con él.

—¡Venga ya! No me dirás que no lo disfrutaste, ¿no? —La observó fijamente y al ver que no le contestaba, insistió—. Pepi...

—Sí, lo disfruté. —Dejó caer la mano y enfrentó sus miradas—. Pero es el causante de lo que vino después...

Feli comenzó a dar palmas.

—¿El qué?

Ella lo miró alucinada.

—De verdad que estás disfrutando con todo esto, ¿no?

El hombre de pelo azul movió la cabeza de manera afirmativa con demasiada fuerza.

—No puedo negarlo...

Las carcajadas femeninas lo interrumpieron.

—Todavía no entiendo cómo somos amigos.

Feli sonrió y se sentó de nuevo con su trasero pegado al sofá.

—Porque me quieres mucho.

Ella bufó y apoyó su frente en la mano que tenía sobre la mesa.

—Ahora entiendo lo que sufrían Daniela y Cristina cuando nos metíamos en sus vidas...

—Ehh... —Levantó la mano acallándola—. Nosotros lo hacíamos por su bien.

—Y porque un buen cotilleo nos encanta —añadió, guiñándole un ojo.

—A los dos. —Señaló con la mano.

Pepi suspiró.

—Sí, pero cuando no se es centro de esos chismes...

Feli se rio.

—Anda, deja de quejarte y desembucha. ¿Qué pasó después del baile?

—Nos acostamos... Bueno, mejor dicho, tuvimos sexo —contestó sin

darle ya más vueltas al tema.

El hombre se quitó las gafas y las limpió con el extremo de la camisa que llevaba.

—¿Qué es eso de «tuvimos sexo»? —Se puso las gafas y la miró—. Chica, te explicas como un libro cerrado.

Pepi gruñó.

—Follamos como conejos en el cuarto de la plancha de la casa de Daniela —espetó de golpe.

Feli abrió los ojos todo lo que podía y se echó hacia atrás en el sofá como si las palabras de su amiga le hubieran dado una bofetada.

—Vale...

—¿Ya estás contento? —preguntó atrapando el paquete que había dejado sobre la mesa con anterioridad.

Este se pasó la mano por su cabello varias veces.

—La que tienes que estar contenta eres tú —respondió arrancándole una carcajada.

—No tienes remedio —dijo limpiándose una lágrima que se le había escapado de los ojos por la risa.

Feli se levantó y fue hacia ella, apoyando las manos sobre la mesa y acercando sus caras.

—¿Y qué tal?

—¿Qué tal de qué? —preguntó, a sabiendas de lo que su amigo quería saber.

El hombre de gafas le ofreció una sonrisa traviesa.

—¿Folla bien? —Movió la cabeza hacia el ramo de flores que el protagonista de la conversación le había mandado a Pepi.

Esta suspiró y admitió:

—Sí.

Feli se rio y dio una vuelta sobre sí mismo.

—Lo sabía, lo sabía... Ese hombre es un portento. Está cañón, es inteligente, porque a la legua se ve que no tiene una pizca de tonto, y encima sabe lo que hace en la cama... —De pronto detuvo su laudatoria y miró a su amiga que estaba callada mirando un libro que tenía entre las manos—. Pepi, ¿estás bien? —La mujer le enseñó lo que agarraba—. Orgullo y Prejuicio de

Jane Austen —leyó en voz alta—. ¿Ese no es tu libro favorito? —Esta asintió todavía muda—. ¿Y qué ocurre?

Pepi se levantó de su asiento, alejándose del libro que había aparecido tras el envoltorio que lo protegía.

—Es una edición muy antigua... —Se llevó las manos a la cabeza—. Muy rara...

Feli observaba a su amiga sin saber qué sucedía.

—¿Y? Pepi o te explicas mejor o no te sigo.

Esta se sentó sin fuerzas en el lugar que había ocupado su amigo antes.

—Que cuesta un dineral...

El hombre atrapó el objeto del que hablaban y abrió sus páginas algo confuso.

—¿Esto? —insistió sin apartar los ojos de lo que iba viendo.

—Eso...

Feli arrugó el ceño y la miró.

—¿Y por qué lo tienes tú?

Pepi señaló el libro.

—Hay una tarjetita dentro...

El hombre no tardó en encontrarla, percatándose que era muy similar a la que había acompañado a las flores, y leyó en voz alta:

—Me encantaría que cenaras conmigo... Fernando.

## Capítulo 9

Después de discutir mucho con Feli sobre si debía acudir o no a la cena con Fernando, había terminado por ceder ante los consejos de su amigo y había aceptado la invitación.

Pero bajo sus condiciones.

Marcó el número de teléfono que aparecía en la tarjeta, algo nerviosa por si era la voz del padre de Cristina la que le respondía, y sintió cierta desilusión cuando, en vez de escucharlo, fue una mujer la que atendió su llamada. Incluso se reprendió a sí misma por pensar que Fernando le daría su número personal...

—Tal vez ni haya sido él el que escribiera las tarjetas. Seguro que mandó a su secretaria que hiciera ese trabajo...

—¿Decía algo? —le preguntó el chófer del coche donde iba en ese momento.

—No, perdone. Hablaba sola.

El hombre que conducía asintió y fijó toda su atención en la carretera, al mismo tiempo que Pepi miraba por la ventilla de los asientos traseros.

Esa había sido una de sus condiciones.

Después de hablar con la mujer por teléfono, para confirmarle que aceptaba la invitación de su jefe, había tenido que lidiar con ella para que no le enviara un coche a recogerla.

—Ya iré yo sola —le aseguró.

La mujer del otro lado del teléfono suspiró e insistió:

—Señorita, si mi jefe se entera de que no acudirá en su coche...

Pepi puso los ojos en blanco.

—Dígale a su jefe que si quiere que vaya, seré yo la que utilice mi propio medio de transporte.

—De acuerdo, señorita —accedió reticente.

—Dígale que lo veré allí. —Con ese mensaje colgó el teléfono y miró a su amigo.

—¿Y se puede saber cómo irás? —le preguntó este con los brazos

cruzados—. Te recuerdo que tienes tu Ibiza en el taller...

Pepi suspiró y se dejó caer en la silla.

—Pues pediré un taxi o un Uber...

—Sí, porque en tren es una locura ir hasta allí —la cortó atrapando el papel donde había apuntado la dirección y silbó—. Esto dista mucho de la zona sur de Madrid.

Ella se llevó las manos a la cabeza y asintió.

—Es un error. —Atrapó el teléfono fijo—. Todavía estoy a tiempo de cancelarlo y...

—¡No! De eso nada, monina. —Feli se levantó del sofá y le quitó el auricular de las manos—. Vas a ir y a pasarlo bien. Ahora solo nos queda saber qué te vas a poner...

—Nada fuera de lo normal —lo interrumpió—. Es lunes por la noche y es una cena entre amigos...

Feli se carcajeó.

—Sí, entre amigos. Ya... —Puso los ojos en blanco—. Déjame por lo menos ayudarte a elegir... —le rogó.

La sonrisa de Pepi se reflejó en la ventanilla del automóvil cuando recordó ese momento.

Terminó permitiéndole que la acompañara a su apartamento, aprovechando que la tienda no debía abrirla hasta las cinco de la tarde, y los dos acabaron en su dormitorio. Abrieron su pequeño armario y sacaron las prendas que podrían irle mejor para esa noche, entre risas y chanzas en las que en más de una ocasión Feli acabó por sacarle los colores.

La mujer se llevó las manos a las mejillas y sintió como estas enrojecían una vez más. Parecía mentira que tuviera la edad que tenía ya que su comportamiento estaba siendo como el de una adolescente ante su primera cita.

Suspiró y, utilizando la ventanilla como espejo, se colocó un mechón rubio del cabello.

Al final, había optado por un pantalón palazzo negro y una blusa blanca de corte masculino. Los zapatos negros, de fino tacón, iban a juego con el bolso de mano que descansaba en ese momento encima de los asientos, y el flequillo de su peinado se lo había echado hacia un lado permitiendo que su

mirada cobrara importancia. Apenas se había maquillado, a pesar de las quejas de Feli, haciéndose solo la raya negra de los ojos, para resaltar el color verde de estos, y se pintó los labios con un carmín rojo.

Su amigo no quedó muy contento con su elección, ya que él habría elegido un vestido que podría usarse fácilmente en una boda, pero, cuando Pepi le recordó que o iba así o se quedaba en tierra, dejó de rechistar.

Su ropa... fue otra de sus condiciones.

La tarde en Suave Algodón se le pasó volando. No porque todos sus clientes decidieran que tenía que ir a comprar algún producto a la droguería, sino porque desde el taburete en el que estaba sentada, cerca de la caja registradora, leía con adoración el libro de *Orgullo y Prejuicio* que Fernando le había enviado.

Aunque ya se sabía la historia de memoria, ya que era una de sus favoritas, devoró con fascinación cada palabra, pasando con sumo cuidado las páginas del libro, sintiendo el tacto de estas con verdadera devoción.

Había decidido que lo devolvería y cuando Feli se quejó de ello, insistiendo en que era una mala idea, que Fernando se lo había regalado...

—¿Por qué?! —le gritó de forma brusca, acallándolo.

Ella, en el coche atrapó sus manos al recordar ese momento. Se había disculpado con rapidez con su amigo, y este la había perdonado sin dudarle, pero todavía se reprendía por haberse comportado así con él.

Feli la había abrazado con fuerza y le había dado un beso en la cabeza para marcharse a continuación, no sin antes comentarle:

—Es un regalo... Solo un regalo, Pepi. Pero si tú no te sientes a gusto... —Ella negó con la cabeza y él le dio un nuevo beso—. Devuélvelo.

Ella miró el libro que descansaba cerca de su bolso y pasó los dedos con reverencia por el relieve de las letras doradas del título.

Otra de sus condiciones...

—Estamos llegando —la avisó el chófer y ella asintió.

Las grandes puertas enrejadas se abrieron en cuanto el conductor de su coche pulsó el botón de un interfono que había en uno de los laterales de la entrada, y avanzó por un camino de arena hasta donde un mayordomo la esperaba.

# Capítulo 10

—Enseguida vendrá el señor —le indicó el mayordomo que la había acompañado hasta un pequeño saloncito, para marcharse a continuación.

Desde que había traspasado las puertas dobles de la casa, en su estómago se habían asentado unos nervios atroces y en su cabeza no paraba de martillar la misma idea: corre en dirección contraria.

El mayordomo, vestido con traje de chaqueta negra, la guio por el *hall*, desde donde salía una gran escalinata que llevaba hasta el primer piso.

Observó la lámpara de araña con miles de cristalitas que caía desde el centro del techo de la habitación, y, por encima de la puerta principal, destacaba el retrato de una mujer con un bebé entre sus brazos, que Pepi supuso que se trataba de Cristina con su madre.

El silencio de la casa la envolvió, solo roto por las pisadas de su guía y el fino retumbar de sus tacones según avanzaba por el pasillo hasta que llegaron a la salita donde se encontraba en ese momento.

La alfombra mitigó su pisar y el tenue colorido de los muebles que habitaban la estancia, lejos de la ostentación presente en la entrada de la vivienda, le transmitieron una sensación más relajante. Aunque en su estómago los nervios seguían bailando una conga, el ritmo había descendido y parecía que no iban a salir por su ombligo.

Se acercó a los grandes ventanales en cuanto se quedó sola y observó el jardín trasero donde una piscina ovalada ocupaba gran parte del espacio, y, gracias al vapor que ascendía hacia el cielo, pudo deducir que se trataba de una piscina climatizada.

—Por las noches es una delicia meterse entre sus aguas y observar las estrellas. —Pepi saltó al oír al dueño de la casa muy cerca de ella—. Perdona... —se excusó con rapidez—. No quería asustarte.

Esta negó con la cabeza, intentando quitarle hierro al asunto, pero alejándose de él mientras se llevaba una mano hasta su corazón.

—No pasa nada.

Fernando observó cómo tomaba distancia entre ellos.

—Gracias por aceptar mi invitación —le dijo pasados unos segundos en los que la observó con detenimiento, hasta que su invitada decidió sentarse en uno de los sillones.

Pepi lo miró para devolver toda su atención a continuación a la costura de la tela del asiento donde estaba, dejando que su uña la arañara.

—Gracias a ti por querer invitarme —indicó a media voz, sintiendo como la timidez se había apoderado de ella.

Este asintió sin apartar su mirada de ella, notando como el silencio volvía a envolverlos.

—¿Te gustaron las flores?

Ella lo miró y movió la cabeza de manera afirmativa.

—Sí. Son preciosas. Gracias...

—Son mimosas. La flor de la amistad —explicó sorprendiéndola.

—No sabía que... —dudó buscando qué decirle, reteniendo lo primero que pasó por su cabeza— supieras de flores —terminó por indicar, mordiéndose la lengua para evitar meterse en algún problema.

Fernando sonrió a sabiendas de que eso no era exactamente lo que le quería decir.

—Me gusta la jardinería —anunció.

Pepi elevó sus niqueladas cejas doradas.

—¿En serio?

Él se carcajeó.

—¿Es tan sorprendente?

—No, no... —contestó con rapidez—. Es solo que...

El dueño de la casa se le acercó con paso lento.

—Que no tengo la pinta idónea para mancharme las manos de tierra —terminó por ella, dejando caer sus brazos a lo largo de su cuerpo.

Pepi lo observó brevemente. Llevaba un pantalón gris de pinzas y una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos, con los dos primeros botones del cuello desabotonados. Seguía estando tan atractivo como el día de la boda de su hija y a ella le seguía cautivando.

Esta gruñó sutilmente, al cruzarse ese pensamiento por su mente, y agachó la cabeza avergonzada.

—No he dicho eso —musitó.

—No, pero tus ojos sí. —La agarró de la barbilla para enfrentar su mirada—. Eres muy expresiva.

Los dos se observaron y su respiración se detuvo por unos segundos, unos escasos segundos...

Se encontraban uno en los ojos del otro.

En los verdes... en los marrones...

Pepi abrió la boca y dejó que su lengua acariciara sus labios involuntariamente, un movimiento que atrajo la mirada de Fernando.

El aire de la habitación se cargó de electricidad...

La temperatura aumentó...

Los dos tenían la garganta seca y sentían que lo único que podría saciar esa sed, sería estar otra vez en los brazos del otro.

Un suave sonido se le escapó de entre los labios a ella... Un sutil gemido que llegó con nitidez hasta los oídos de Fernando, provocando que, de pronto, cuando menos lo esperaba Pepi, la liberara de su agarre.

Este retrocedió sobre sus pasos y le dio la espalda.

La mujer observó cómo se llevaba las manos hasta su cabello y expulsaba el aire que retenía, el mismo que soltaba su propio cuerpo.

«¿Dónde te estás metiendo, Pepi?», se preguntó mentalmente atrapando sus manos, como si pudiera retener el temblor que comenzaba a sentir.

—Y el libro... ¿Te gustó? —se interesó de repente, mirándola de nuevo. Era como si hubiera controlado todo lo que ambos habían sentido, y quisiera retomar la normalidad que habían compartido hasta entonces, si podía llamarse normalidad a lo que sucedía cuando ambos se miraban o tocaban.

Esta se levantó de su asiento y tomó el objeto que mencionaba, y que había dejado encima de la mesita que había delante de ella.

—Te lo quiero devolver —indicó acercándose a él.

Fernando arrugó el ceño y observó lo que le mostraba.

—¿Por qué? ¿No te ha gustado? —Lo cogió y lo miró con detenimiento—. Creo recordar que Cristina me dijo que era una de tus historias favoritas...

Ella ahogó un grito.

—¿Has hablado de mí con tu hija?

La miró y asintió.

—Eres su amiga y es normal que salga tu nombre en nuestras

conversaciones...

—¿Tanto para que sepas que me gusta Jane Austen? —Golpeó el libro con el dedo—. ¿Este libro?

Fernando sonrió como si ocultara algo.

—Bueno, puede que le preguntara algunas cosas sobre ti antes de que se marchara de viaje...

Pepi emitió un sonido poco femenino y elevó los brazos al cielo para dejarlos caer a continuación.

—Te dije que no quería que Cris lo supiera... —Miró a su alrededor sin saber muy bien qué buscaba y lo señaló con la mano—, que supiera lo nuestro...

Fernando atrapó su mano, tiró de ella y sus miradas se encontraron de nuevo.

—No sabe nada —la tranquilizó—, pero si lo supiera... —Posó los ojos café en su rostro, descendió por su pequeña nariz y los fijó brevemente en sus labios que volvieron a abrirse ante su escrutinio, en una muda invitación. Avanzó dos pasos, para acercar sus cuerpos aún más, y devolvió su mirada a los verdes ojos— ¿qué tendría que saber? —susurró.

Ella tragó con dificultad y tomó aire, oliendo su aroma. El olor a hogar inundó sus fosas nasales y un suave hormigueo que iba en aumento, invadió su estómago.

—Fernando, yo...

—Ni siquiera sabemos qué pasa entre nosotros. —Impidió que hablara. Pasó la mano que tenía libre por su mejilla y dejó que sus dedos sintieran su piel—. Somos dos adultos que navegamos sin rumbo, con experiencia, pero perdidos por este mar de confusión que provoca la atracción de nuestros cuerpos... porque no puedes negarme que tú también lo sientes...

Esta se mordió el labio e intentó alejarse de él, pero le fue imposible.

—Creo que debería irme...

Fernando acercó su cara al cuello desnudo de ella y la olió.

—Si quieres eres libre para irte. —Le soltó la mano—. Pero pensé que eras una mujer que no le tiene miedo a nada...

Pepi se apartó de él y agarró su bolso.

—No soy una cobarde —indicó, intentando insuflar valor a sus palabras.

Fernando sonrió y escondió sus manos en los bolsillos del pantalón por miedo a retenerla de nuevo.

—Demuéstramelo —la tentó.

—Señor... —el mayordomo apareció de pronto—, la cena está lista.

Este asintió conforme, dejó el libro de *Orgullo y Prejuicio* en la mesa y la miró.

—Es tuyo. —Golpeó la portada con el dedo—. Es solo un regalo que te hago... —Le dio la espalda y se acercó al pasillo que lo conduciría hasta donde esperaba la comida.

Pepi pasó su mirada del hombre al libro varias veces hasta que la dejó anclada en este último.

No sabía qué hacer.

—Si decides quedarte... —habló su anfitrión, atrayendo su atención de nuevo—, la cena está dispuesta en la cocina —le anunció y se marchó dejándola sola.

Ella miró el hueco que la presencia de Fernando había dejado y soltó el aire que retenía.

# Capítulo 11

—Solo cenar —dijo Pepi en cuanto apareció por la puerta de la cocina.

Fernando, que estaba detrás de la puerta del frigorífico, sonrió sin que ella lo viera, atrapando una botella de vino.

—¿Quieres? —le preguntó mostrándosela.

Ella asintió y se adentró en la habitación, dejando su bolso, junto al libro, encima de una gran isleta central.

El hombre sirvió el líquido transparente en sendas copas y le acercó una a ella, que no dudó en atrapar.

—No sé si preferirías tinto...

Pepi negó con la cabeza.

—No, está bien así.

Ella asintió y se alejó de ella, como si quisiera darle espacio.

—Hay ensalada de espinacas, manzana y bacón —explicó. Dejó la botella encima de la isleta y abrió la puerta del horno para comprobar que la comida que había en su interior, marchaba bien—, y lubina. Pero a esta le falta un poco para estar perfecta.

Pepi se sentó en una silla que había cerca de la ventana y que se encontraba próxima a un gran ventanal abierto que daba acceso al jardín.

—De acuerdo.

Su anfitrión llevó hasta la mesa el bol de madera que contenía la ensalada y apartó otra de las sillas, enfrente de ella, estirando sus piernas sin perder de vista a su invitada.

Así estuvieron varios minutos. En silencio. Cada uno sumido en sus propios pensamientos...

Pepi con la vista anclada en el jardín y Fernando con la vista sobre ella.

—¿Y?

Ella lo miró en cuanto habló.

—¿Y, qué?

Ella sonrió mostrando una dentadura tan perfecta y blanca que podía pertenecer a cualquier estrella de Hollywood. Una sonrisa lobuna que estaba

muy lejos de la de un corderito.

—¿Qué me cuentas?

Pepi se rio ante la pregunta.

—¿Estás hablando en serio?

Él se encogió de hombros y se incorporó en la silla, apoyando sus codos sobre las piernas.

—Ya que has accedido a quedarte... —Guiñó un ojo—. De algo tendremos que hablar, ¿no?

—¿Del tiempo? —comentó elevando su ceja en plan irónico.

Este la miró de arriba abajo, consciente de que lo estaba retando, y decidió recoger el guante.

—Si quieres hablar del tiempo, por mí está bien, aunque poco podremos charlar sobre él. —Elevó tres dedos de su mano derecha que fue bajando según enumeraba—: Hace calor, apenas corre el aire y con este bochorno puede que haya tormenta.

Pepi no pudo evitar reírse de nuevo.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar?

—De ti, de mí... —Los señaló y apoyó la espalda en el respaldo de la silla—. De tus aficiones, de lo que te gusta, de lo que te inquieta... —Se calló y la miró de arriba abajo adrede, muy consciente de que la ponía nerviosa su escrutinio—. Solo quiero ver si tenemos cosas en común.

—No creo —atajó con rapidez.

—¿El qué? —se interesó—. ¿Opinas que no tenemos nada en común?

Pepi miró la enorme cocina, una habitación en la que podría entrar con facilidad su apartamento, donde los electrodomésticos eran de última generación y los muebles escondían, seguro, muchos objetos que ni ella sabría para qué utilizar, y luego dejó caer sus ojos sobre él.

—A la vista está.

Fernando la observó entre molesto y divertido.

—Ya veo —dijo sin más y se levantó de la silla.

—¿El qué? —preguntó sin apartar los ojos de la espalda masculina.

—Nada —respondió de forma escueta y la ignoró, más pendiente de la lubina y de la preparación de la cena, que de ella.

Pepi observó todos sus movimientos, intentando adivinar a qué estaba

jugando hasta que la curiosidad pudo con ella.

—¿Qué crees saber?

Este se encogió de hombros.

—Que tengo delante a una mujer que se deja guiar por los prejuicios — soltó como si nada y posó la bandeja del pescado sobre el salvamanteles para empezar a servir.

Pepi arrugó el ceño, se pasó la mano por su corto cabello y acabó gruñendo de impotencia.

—Está bien. Tú ganas —anunció cuando su anfitrión le colocaba delante de ella un plato con una porción generosa de pescado.

En el rostro de Fernando apareció una sonrisa de suficiencia.

—No sabía que estábamos jugando...

Bufó ante su comentario.

—¿Estás disfrutando?

Este se sentó tras servirse y le guiñó un ojo.

—Un poco.

Pepi lo miró, calibrando a la persona que tenía delante, agarró la copa de vino blanco que estaba bien frío y le dijo:

—Veamos si tenemos algo en común.

Fernando volvió a sonreír y se llevó a la boca un poco de ensalada.

—Si consigo encontrar tres cosas... ¿Qué me das a cambio?

Ella se carcajeó.

—¿No decías que no era un juego?

Este encogió uno de sus hombros.

—Es para ponerlo más interesante.

La mujer observó sus ojos color café donde encontró un brillo retador que la atrajo como un imán.

—Lo que quieras...

Él elevó una de sus negras cejas sin creerse muy bien lo que acababa de escuchar.

—Perfecto. —Probó la lubina, dejando que sus papilas gustativas absorbieran su sabor, con la verde mirada fija en él, alargando adrede la incertidumbre de su invitada. Estaba disfrutando más de lo que debía con el intercambio dialéctico, pero sobre todo de la compañía.

Para Pepi, una vez había conseguido retener sus nervios cuando decidió quedarse a cenar y no salir huyendo, la escena entre los dos la había sorprendido. No podía engañarse a sí misma e ignorar que la tensión sexual seguía presente, en el aire, sobre sus cabezas, pero el intercambio de palabras entre su anfitrión y ella, a pesar de que este podría definirse muy bien como una conversación entre besugos, había terminado por captar toda su atención, y ese reto...

No sabía muy bien dónde terminaría lo que había propiciado pero estaba ansiosa por descubrirlo.

Pinchó con el tenedor de la ensalada para a continuación comer del pescado, sin apartar la mirada de Fernando. Estaba ansiosa por descubrir qué podían tener en común un empresario de éxito y una dependienta de una droguería de barrio humilde.

—Dime... —le exigió—. ¿O ahora no encuentras nada?

Fernando bebió de su copa y al verla vacía, se levantó para tomar la botella que había dejado en la isleta central de la cocina.

—Te gustan los clásicos...

Pepi sonrió.

—La evidencia está ahí, a tu lado. —Señaló el libro que había dejado nada más entrar en esa habitación—. Adoro sobre todo a Jane Austen.

—Lo sé...

Esta levantó sus cejas doradas.

—Todavía no me has explicado cómo lo descubriste.

Fernando se acercó a la mesa y le rellenó la copa para a continuación servirse él.

—En la prueba del menú de la boda de Cristina —Pepi movió la cabeza de manera afirmativa para que supiera que lo seguía en su explicación—, Feli y tú hablabais de libros.

—¿Nos escuchaste?

Este asintió.

—Éramos pocos y Feli hablaba muy alto —se excusó.

Pepi sonrió.

—Ese es mi amigo, don «me gusta llamar la atención». —Movié los dedos imitando unas comillas imaginarias.

Fernando se carcajeó.

—Ya lo creo...

Ella lo acompañó en las risas, contagiada por su diversión.

—¿Y te acordaste de que me gustaba? —Movi6 la cabeza hacia el lugar donde reposaba la novela.

Fernando asintió de nuevo.

—Tengo buena memoria cuando algo me interesa... —mencion6 mirándola con intensidad—. Luego solo tuve que confirmarlo con Cristina, para no meter la pata.

Esta sintió como sus mejillas enrojecían, momento en el que bebió de la copa de vino en un intento de que su anfitrión no notara su desazón.

—Pero todavía no entiendo qué relación hay con lo que me cuentas y lo que podemos tener en común. —Los señaló con los dedos.

—Como a ti, también me gustan los clásicos —anunci6 como si fuera la cosa más evidente.

Pepi abrió los ojos de par en par.

—No puedes hablar en serio.

Este guiñó un ojo.

—Luego si quieres te enseño mi biblioteca...

La mujer se rio interrumpiéndolo.

—Acabas de decir que como a mí me gusta Jane Austen y a ti los clásicos, ¿eso es una de las cosas que nos une?

Fernando se levantó de su silla y recogió los platos ya vacíos.

—Es un clásico, ¿no?

—Sí, pero eso no es lo que hemos acordado —objetó.

—Hemos apostado que encontraría tres cosas que podemos tener en común pero no he especificado que debían ser las mismas.

Pepi no pudo evitar sonreír al escucharlo. Acababa de ser muy consciente de que se había metido solita en la guarida del lobo, un atractivo lobo que tenía sus propias normas.

## Capítulo 12

—¿Te apetece postre? —Fernando le preguntó abriendo el frigorífico, tras recoger la mesa—. Creo que Nieves ha dejado algo de chocolate por aquí.

—¿Nieves?

—Mi cocinera... —dudó—. Bueno, más bien mi salvadora. Es quien gobierna esta gran casa, la que se preocupa de que coma y de que me cuide. —La miró—. Creo que si la dejara, sería capaz de meterme en la cama todas las noches, taparme hasta las orejas y darme un beso de buenas noches.

Pepi se rio.

—Te tiene aprecio.

Él se encogió de hombros y devolvió la atención al interior de la nevera.

—Lleva mucho tiempo a mi lado —explicó, como si eso fuera lo único que aclarara el aprecio de su ama de llaves. No era consciente de que la fidelidad que describía, se debía más al trato y cuidado de él hacia su empleada. Un aprecio correspondido—. Aquí está —indicó de pronto, portando entre sus manos una fuente de cristal.

La mujer no pudo evitar relamerse al ver la tarta de chocolate.

—Tiene una pinta estupenda.

—Bueno, seguro que no es igual a la que hace mi hija, pero Nieves tampoco se queda atrás con sus elaboraciones culinarias —señaló, dejando patente el orgullo que sentía hacia Cristina y sus creaciones de repostería.

Pepi atrapó una cucharilla y tomó un poco del bizcocho sin esperar a que le sirviera en el plato.

—Está delicioso —dijo cerrando los ojos, al mismo tiempo que un gemido escapaba de sus labios.

En un impulso, Fernando llevó uno de los dedos hasta la comisura de sus labios, provocando que esta abriera los ojos de golpe, reteniendo la respiración.

Sus miradas se encontraron por un corto espacio de tiempo y la tensión se cargó de electricidad de inmediato.

El dedo masculino solo estuvo en contacto con ella una milésima de

segundo, pero los dos sintieron como su sangre se alteraba, se reavivaba, y la temperatura aumentaba.

—Tenías chocolate —explicó con voz grave, mostrándole el dedo con el que la había limpiado para a continuación chuparlo sin que el contacto visual se rompiera.

Pepi atrapó una servilleta que tenía cerca e instintivamente se limpió la zona que le había tocado.

—Gracias —musitó.

El ruido de cubiertos y platos silenció la incomodidad de la pareja.

Fernando algo alterado, centró su atención en servir la tarta a su invitada.

Pepi se levantó de su silla y se acercó hasta donde se encontraba su bolso sin previo aviso, intentando crear distancia entre los dos. Buscó en su interior un espejito que siempre iba con ella y observó la zona que él había tocado. Se dijo mentalmente que era para revisar que el carmín de sus labios no se hubiera corrido, pero en el fondo, cuando se vio en la superficie lisa, sus dedos acariciaron una mota invisible, en el mismo sitio donde los dedos masculinos habían coincidido.

—¿Quieres más? —su anfitrión le preguntó devolviéndola al presente.

Esta se giró y negó con la cabeza al observar su plato.

—Me gusta mucho el chocolate, pero no puedo abusar. —Se palmeó el liso estómago y se acercó de nuevo a la mesa.

—Lo sé —dijo sorprendiéndola de nuevo.

—¿Sabes que me gusta el chocolate?

Fernando se sirvió una porción mayor del postre y asintió.

—Fue fácil descubrirlo.

—¿No me digas que me has puesto un detective privado para que me siga? —preguntó divertida según comía de la tarta—. No. Espera... —Levantó la cucharilla en el aire—. Eres un acosador tipo al de *You*...

—¿*You*? ¿Qué es eso?

—Sí, hombre, la serie de Netflix que trata de uno que acosa a la chica que le gusta y hace muchas locuras por lo que él entiende que es «amor». —Movié los dedos como si fueran unas comillas.

Fernando negó con la cabeza.

—No, ni idea de lo que me cuentas... —Se llevó a la boca el último

trozo de pastel de su plato—. Con el trabajo apenas tengo tiempo de ver la tele, excepto el telediario y por motivos laborales.

—Ves. —Lo señaló con la cucharilla—. Algo que no tenemos en común.

El hombre se carcajeó y le apartó un mechón rubio que le había caído sobre la frente, en un movimiento involuntario. Los dos se miraron cuando se rompió el contacto pero ninguno dijo nada.

—¿Quieres café? —preguntó el dueño de la casa, levantándose con rapidez, separándose de ella.

—Sí... —respondió, intentando recuperar su voz, esa que se le quedaba atascada en la garganta cada vez que se tocaban o cuando sus miradas se encontraban—. Con leche, por favor.

Fernando movió la cabeza de manera afirmativa.

—Por cierto...

—Umm... —contestó ella con la boca llena. Acababa de atrapar un nuevo trozo de pastel desde la fuente, porque su plato ya estaba vacío.

Este no pudo evitar reírse cuando la sorprendió infraganti.

—¿No decías que no querías más?

Pepi se encogió de hombros, le sacó la lengua como si fuera una niña traviesa y tomó una nueva cucharada de chocolate.

—Es mi perdición —señaló como simple excusa.

Fernando se rio de nuevo mientras le llevaba la taza con el café.

—Te pasó lo mismo cuando hubo que probar las tartas nupciales...

—Ahh... —Movié la cuchara de lado a lado hasta que se la metió en la boca—. Por eso sabes que me gusta el chocolate.

Este se encogió de hombros.

—Te he dicho que era fácil.

Pepi sonrió y puso los ojos en blanco.

—Y yo aquí comparándote con un acosador...

El hombre atrapó su mano, silenciándola, y buscó sus ojos verdes.

—Quizás lo sea... —dejó caer, mientras la acariciaba.

—Ya me habría avisado Cristina de ello —le respondió con picardía.

Pasó los dedos por el interior de su muñeca, logrando que miles de temblores recorrieran su cuerpo.

—Quizás la tengo engañada...

Pepi se pasó la lengua por sus labios, atrayendo la mirada de su anfitrión, y sonrió con suficiencia.

—Quizás sea yo la acosadora...

Fernando parpadeó al escucharla y correspondió a su sonrisa con otra. Cortó su contacto y le quitó la cucharilla para coger un poco de la tarta.

—Estaría bien descubrirlo. —Se llevó a la boca el dulce y guiñó un ojo.

Pepi se refugió en el café reteniendo su respuesta.

—¿Qué me ibas a decir? —se interesó, intentando continuar con la conversación.

El dueño de la casa asintió mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—Que el juego consistía en encontrar tres cosas que tengamos en común, no al revés.

Ella se carcajeó.

—¿Lo dices por lo de la serie? —Este movió la cabeza de manera afirmativa—. Eres tú el que adaptas el «juego» a tu gusto, por qué no hacerlo yo también.

Fernando sonrió.

—Porque sería otro juego con otras reglas y ya hemos comenzado uno.

Pepi lo observó con detenimiento.

—¿La próxima vez?

Este movió la cabeza conforme.

—La próxima vez.

Ella asintió y bebió del café.

—Pues adelante —lo animó—, solo me has dicho una cosa. —Elevó su dedo índice—. Estoy deseosa de saber en qué más coincidimos.

—A ver... Déjame que piense. —Se rascó la barbilla un rato hasta que de pronto chascó los dedos—. ¡Ya lo tengo!

Pepi se rio.

—Ilústrame...

Fernando apoyó los brazos en la mesa y la miró con intensidad.

—Los dos somos empresarios.

Ella estalló en una sonora carcajada.

—¿Te estás riendo de mí?

Negó con la cabeza.

—Para nada.

—Somos empresarios —repitió sin parar de reír, limpiándose las lágrimas que se le saltaban de los ojos por la diversión—. Los dos. —Los señaló.

Fernando asintió y la miró con gesto más serio, interrumpiendo su chanza.

—Tú has levantado una droguería de la que te haces cargo. Una pequeña tienda, sí, pero que es tuya. ¿No es así?

Ella asintió.

—Pero no puedes...

Este chistó acallándola.

—Y yo soy dueño de mi propia empresa, también.

Pepi se pasó la mano por su cabello y negó con la cabeza.

—No puedes compararlo.

Este se encogió de hombros y se dejó caer sobre la silla.

—Los dos somos empresarios. —Los señaló de nuevo con el dedo para a continuación mostrarle el dedo índice y el corazón—. Dos... Ya llevo dos cosas.

Pepi suspiró.

—Creo que este juego debería tener otras reglas.

Fernando se rio.

—¿Tienes miedo?

Ella se levantó de la silla, se acercó hasta el ventanal abierto y le miró.

—¿Por qué tendría que tenerlo? —le preguntó, adentrándose a continuación en el jardín.

Este amplió su sonrisa y la siguió.

## Capítulo 13

En el exterior hacía calor. El ambiente era asfixiante, cargado por la temperatura que habían tenido a lo largo de todo el día.

Pepi se acercó hasta el borde de la piscina que tenía el fondo iluminado y esperó a que su anfitrión se aproximara.

—Voy a tener que irme... —le dijo en cuanto lo sintió detrás de ella.

—Como quieras —indicó pasando por su lado, dejando que uno de sus dedos le acariciara la mano.

Ella retuvo su respiración por unos segundos ante el contacto. Lo miró de reojo, y observó cómo se agachaba para tocar el agua.

—Mañana tengo que abrir mi *empresa* —señaló con retintín.

Fernando sonrió.

—Yo también.

—Pero seguro que si tú no vas, alguien la abrirá por ti.

—Puede ser...

No pudo evitar reírse mientras se abrazaba a sí misma.

—¿Siempre ganas? —se interesó haciendo referencia de nuevo al juego que tenían entre manos.

Él se le acercó.

—Si no siempre, por lo menos lo intento —indicó sin apartar la mirada de su rostro.

—Quizás debiste avisarme para que no aceptara participar en este juego.

Las manos masculinas se posaron en sus brazos, subiendo y bajando por ellos en una suave cadencia.

—Creo que aunque lo hubiera hecho, habrías aceptado.

Pepi se apartó de él.

—¿Eso piensas? —Asintió—. Te tienes en muy alta estima, ¿no?

Fernando avanzó hacia ella, acortando la distancia que había creado entre los dos.

—Hay que saber conocer a tu enemigo...

La mujer arrugó el ceño y giró sobre sus pies antes de que pudiera

atraparla. Caminó por el bordillo de la piscina, siguiendo su forma ovalada, alejándose de su anfitrión.

—No sabía que era tu enemigo.

El hombre se pasó la mano por la nuca y agachó la mirada.

—No quise decir eso.

Se detuvo al otro lado de la piscina.

—Puedes explicarte...

Le mostró una sonrisa agradecida.

—Hay un libro, *El arte de la guerra*...

—Del general chino Sun Tzu —lo cortó.

La miró sorprendido y asintió.

—Donde se explica que para salir triunfador en mil batallas...

—Debes conocer a tu enemigo y conocerte a ti mismo —acabó por él.

—Exacto. ¿Lo conoces?

Pepi guiñó un ojo.

—Me gustan los clásicos, ¿recuerdas?

Él se rio.

—¡Cómo no olvidarlo! Es una afición que compartimos.

Pepi se agachó para tocar el agua de la piscina, dejando que sus dedos jugaran con el líquido templado prueba de que había acertado al suponer que era climatizada cuando la vio por primera vez.

—Pero... —Se calló, pensando bien qué decir—. Ni esto es una batalla ni yo soy tu enemiga.

Fernando se le acercó, le ofreció su mano para ayudarla a incorporarse y cuando lo hizo, no la soltó.

—Desde el momento que mis ojos se posaron en ti vivo sumido en una continua batalla interior y lo de la boda...

Pepi llevó los dedos hasta su boca, silenciándolo.

—Eso fue un error.

Él quitó sus dedos con suavidad y besó cada una de sus yemas, sin apartar la mirada de sus ojos verdes.

—Fue un error inolvidable...

Pepi ahogó un gemido, intentó alejarse de él pero se lo impidió.

Ambos se miraron, dejando que fueran sus iris los que hablaran. Un

cúmulo de sensaciones inundaba ese pequeño espacio, tan parejo al ritmo del latido de sus corazones.

—Todavía no me has hablado de esa tercera cosa que tenemos en común —señaló expectante.

Fernando avanzó un par de pasos hacia ella y la liberó de su agarre, seguro de que esta vez no saldría huyendo de su lado.

—¿De verdad que quieres saberlo?

—No me gusta que me dejen a medias... —indicó mordiéndose el labio, atrayendo la mirada de él.

Este sonrió.

—A mí también me gusta llegar hasta el final.

Las mejillas femeninas enrojecieron levemente ante la doble intención de sus palabras.

—Entonces...

Le apartó un mechón dorado, colocándoselo detrás de su oreja donde había un pequeño brillantito.

—La atracción que sentimos —explicó atrapando una de sus manos.

Pepi miró sus manos unidas y devolvió la atención a la mirada color café.

—No sé si eso puede valer...

Él le acarició la mejilla y descendió el dedo hasta la zona del labio que los dientes habían dañado. Delineó con lentitud su boca fijando sus ojos en los verdes.

—Mi juego mis reglas —comentó—. Tres cosas tenemos en común y ahora quiero mi premio.

—Debo marcharme —anunció con poca convicción al mismo tiempo que una gota de lluvia caía sobre su mejilla.

La pareja miró al cielo donde un relámpago iluminó la negrura del cielo y un trueno retumbó sobre sus oídos, dando paso al estallido de una tormenta de verano.

## Capítulo 14

—¿Y qué sucedió después? —Feli preguntó con ansiedad.

Pepi, que envolvía un perfume en papel de regalo para una clienta, abrió los ojos de par en par ante su insistencia, y más delante de Remedios que era la mayor cotilla del barrio.

Su amigo se había presentado a primera hora de la mañana en la tienda y no había parado de avasallarla con preguntas, queriendo saciar su curiosidad sobre lo que había ocurrido con Fernando la pasada noche.

Había terminado contándole algunas cosas, pero tuvo que interrumpir su conversación cuando entró una clienta en Suave Algodón.

Feli, lejos de quedarse en su despacho, fue tras ella hostigándola con miradas y gestos, implorándola para que continuara contándole más cosas. Sacándola de quicio con su pesadez pero otras arrancándole más de una carcajada.

Su clienta no perdía ripia de lo que sucedía, pendiente de los dos amigos por si podía sacar algo jugoso que pudiera contar luego en el club de costura donde se reunía con el resto de amigas.

—Feli, deja que atienda a Remedios... —le imploró y siguió pegándose con el celo y el papel de regalo.

—Por mí no te preocupes, querida —esta comentó—. Si necesitáis hablar, el perfume no es urgente.

—Tranquila, Remedios. Ya estoy acabando —señaló y miró a su amigo rogándole para que se callara.

El hombre se apoyó en el mostrador y miró a la anciana.

—Usted qué opina, Remedios...

La clienta sonrió encantada por poder saciar su curiosidad.

—¿De qué, hijo?

Pepi bufó.

—Feli, Remedios no tiene tiempo para tus tonterías...

—Del nuevo romance de nuestra Pepi —comentó ignorando las súplicas de su amiga.

La clienta miró a la dueña de la droguería y luego al joven de pelo azul.

—¿No me digas que tiene novio?

—Exactamente eso no es así... —Pepi respondió, pero sin que la pareja le hiciera caso.

—Algo así. —Feli movió la mano de lado a lado—. Podríamos decir que está disfrutando...

Remedios dio palmadas al aire y miró a la rubia.

—Hija, ¡qué feliz me haces! Las chicas del club no parábamos de comentar que necesitabas una buena sesión de sexo...

—¿Qué?! —Pepi preguntó subiendo el tono.

Feli se carcajeó y agarró del brazo a la mujer mayor para apartarla del mostrador, no fuera a ser que su amiga la atacara.

—Estábamos todas muy preocupadas por ella —la clienta explicó a Feli, excusándose porque hubieran hablado de la dueña de la droguería a sus espaldas.

El hombre de gafas palmeó la arrugada mano y asintió.

—Y yo, y yo... Pero ya está solucionado.

Remedios sonrió feliz.

—Y tanto —coincidió—. Ahora solo queda que del sexo se pase al amor.

Feli retuvo una nueva carcajada y miró de reojo a su amiga que pegaba el celo con demasiada fuerza sobre el papel.

—La tendré informada.

La mujer le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, cariño. Desde que falta Rafa, no ha vuelto a ser la misma...

—Feli movió la cabeza conforme—. Nosotras solo queremos que vuelva a ser feliz.

Pepi se acercó a la mujer y le dio un beso en la mejilla. Al escuchar la preocupación de la anciana, su enfado se había evaporado de un plumazo.

—Muchas gracias, Remedios. —Le dio su paquete—. No sé qué habría hecho sin vosotras...

La clienta le agarró su mano y la miró a los ojos.

—Ayudarte cuando más lo necesitabas, fue lo menos que pudo hacer la gente de este barrio. Seremos humildes pero cuando uno de nosotros lo pasa mal, allí estamos.

—Lo sé... —confirmó y le dio un nuevo beso. Pepi era muy consciente de que si no hubiera sido por esas mujeres valientes que le habían ayudado a levantar Suave Algodón, que iban todos los días que podían a comprar y que en muchas ocasiones adquirían productos sin tener ninguna necesidad, su vida habría sido muy diferente.

—Y ahora, dime qué te debo —Remedios le pidió, dejando el paquete sobre la cinta de la caja para buscar dinero en su monedero.

—Nada. Es un regalo.

La mujer la miró escandalizada y negó con efusividad con la cabeza.

—De eso nada, querida. Este perfume es un regalo para Rosa, por su cumpleaños, y yo debo pagártelo.

—Pero...

La anciana chistó, levantando su dedo índice al mismo tiempo, acallándola. Se notaba la experiencia que tenía de sus años de profesora a la hora de imponerse.

—No estás para derrochar. —Movi6 la mano señalando la tienda vacía—. Dime cuánto te debo.

Pepi se acercó a la caja registradora resignada.

—Cuarenta euros, Remedios.

La cliente hurgó en su monedero.

—¡Qué fastidio! —soltó mirándola—. Creí que había cogido el dinero pero se ha quedado sobre la mesa del salón...

—No se preocupe. —Agarró el paquete y se lo dio—. Lo apunto en su lista y cuando pueda me lo paga.

Esta suspiró como si acabaran de quitarle un gran peso de encima.

—Esta misma tarde me acerco...

La dueña de la droguería movió la cabeza de manera afirmativa y señaló la puerta abierta de la tienda donde esperaba Feli.

—Cuando pueda, Remedios. No hay prisas...

Esta asintió y salió a la calle, dejando a Pepi y a Feli solos.

El silencio se asentó sobre la tienda.

Feli reteniendo una sonrisa que sabía que podía complicar todo si asomaba por su rostro.

Pepi arrugando el ceño mientras intentaba controlar su carácter.

Los dos midiéndose las miradas.

—Pepi, yo...

Ella levantó la mano cortándolo.

—No sabes lo que has hecho —dijo, notando como cada vez temblaba más su amigo—, y encima te estás descojonando.

Este comenzó a reírse en cuanto acabó de hablar.

—No lo he hecho adrede.

Un sonido poco femenino se escuchó por la tienda.

—Voy a ser la comidilla del barrio —se quejó sin evitar sonreír, contagiándose de la diversión de su amigo.

Él dio pequeños saltitos, acercándose a la caja.

—Lo siento...

Pepi puso los ojos en blanco.

—No me lo creo. Ahora mismo estás disfrutando de lo lindo...

Este se rio de nuevo.

—Te lo mereces por dejarme a medias y encima en la mejor parte — anunció—. ¿Qué pasó cuando comenzó a llover?

La rubia sonrió de medio lado y se cruzó de brazos.

—Ahora no sé si contártelo...

Feli gruñó.

—¡Serás mala!

—¿Mala, yo? —Se rio—. Te lo mereces por lo de antes.

—Venga, no serás capaz de dejarme así... —Le guiñó un ojo cómplice.

Pepi se pasó la mano por el corto cabello y amplió su sonrisa.

—No sé de qué me estás hablando...

—¡Pepi! Sabes lo mal que llevo esto.

Ella se carcajeó y lo miró a los ojos.

—Nada. No pasó nada más.

Feli torció el morro.

—¿Nada? —Asintió—. No me lo creo. Me sigues castigando...

Ella negó con la cabeza.

—No, de verdad. Según comenzó a llover, nos metimos corriendo a la casa y le dije que debía irme. Fernando no insistió más, pero me obligó a que su chófer me trajera a casa en uno de sus coches.

Feli se quitó las gafas y limpió los cristales con el borde de la camisa.

—¿Y tú no te negaste? —Movió la cabeza de lado a lado—. Claro...

—¿Qué quieres decir con ese «claro»?

El hombre se puso las lentes de nuevo y la miró.

—Pues que preferiste que te llevaran a tener que quedarte más tiempo a solas con Fernando, en su casa, mientras esperabas un taxi.

—No sé por qué dices eso —comentó mientras colocaba algunos productos en las estanterías que no lo necesitaban.

—Porque si llegas a estar más tiempo al lado de ese hombretón, te hubieras acostado con él... —Calló de pronto, para dar más énfasis a la lo que iba a decir a continuación—. Otra vez.

Pepi detuvo sus movimientos con los ojos fijos en las botellas de color rosa que tenía delante.

Feli la observó divertido hasta que se dio cuenta de que su amiga no se movía. Se acercó a ella y apartó sus manos de las estanterías, obligándola a que lo mirara.

—¿Qué te pasa, cariño? —le preguntó apartando las lágrimas que caían por su rostro.

Esta se encogió de hombros.

—No lo sé...

Feli siseó intentando tranquilizarla y la atrajo en un abrazo hacia su cuerpo.

—Nadie dice que debas enamorarte...

Pepi se apartó brevemente y lo miró asustada.

—Y no quiero —lo cortó con rapidez.

Este sonrió.

—Solo deseamos que vuelvas a disfrutar de la vida, que seas feliz —explicó—. Rafa así lo querría...

La mujer sorbió por la nariz y le regaló una triste sonrisa.

—Ha pasado mucho tiempo, pero aún lo echo de menos...

Posó las manos en sus mejillas y buscó sus ojos verdes.

—Es normal, cariño. Rafa fue una parte importante de tu vida y siempre te acompañará en lo que queda de ella.

Ella asintió conforme.

—Creo que estoy un poco alterada...

Le dio en la punta de la nariz.

—¿Un poco solo?

—Vale, está bien. Un mucho... —dudó—. Pero todo esto es muy nuevo para mí.

—¿Quieres un consejo?

Ella se limpió las mejillas, intentando borrar el rastro del agua salada, y sonrió.

—Aunque no lo quiera me lo vas a dar.

Feli le sacó la lengua y se llevó las manos al corazón en un gesto muy dramático, arrancándole una carcajada.

—Así me gusta. —Le pasó la mano por el corto cabello y se lo revolvió—. Fuera lloros, bienvenida la risa.

—No seas tonto y dame ese consejo. Soy toda oídos.

Este se cruzó de brazos y se puso serio de repente.

—Disfruta del momento.

Pepi lo miró esperando que añadiera algo más pero no ocurrió.

—¿Ya está? ¿Eso es todo?

Él asintió.

—Sí, claro. ¿Qué esperabas? Ese es el secreto de la vida...

—¿Disfrutar del momento? —repitió incrédula.

Feli le revolvió el cabello de nuevo y le guiñó un ojo travieso.

—No le des más vueltas. Las cosas son más sencillas de lo que parecen a primera vista.

Pepi bufó y se volvió hacia la estantería para continuar con lo que estaba haciendo.

## Capítulo 15

—¿Y dices que esto me vendrá bien? —Pepi interrogó a Feli, levantando su copa para mirar a través del cristal las hojas de hierbabuena.

—Un mojito siempre sienta bien —Daniela respondió por su amigo.

El hombre de pelo azul le guiñó un ojo y alzó su bebida, brindando con ella.

—Disfruta y deja de pensar, cariño —indicó sonriente—. Hemos venido a olvidarnos de todo. ¿A que sí, Dani? —preguntó a su amiga, empujándola un poco para que dejara de mirar el móvil y le hiciera caso.

La mujer de larga melena morena asintió sin despegar sus ojos de la pantalla.

—Ya... A disfrutar... —repitió tras beber de su bebida—. Por eso Daniela no para de hablar con su marido y tú ya no sé la de veces que has mirado tu teléfono para ver si Jose te llama o no. —Se pasó las manos por el corto cabello y las dejó caer sin fuerza a continuación—. Chicos, creo que esto ha sido un error.

Daniela y Feli la miraron y negaron a la vez.

—No, no... Perdonadme —se disculpó la esposa de Álvaro—. Es que tengo a Nasya mala con algo de fiebre...

—¿Y por qué estás aquí? ¿Está bien la niña? Deberías estar con ella, con Álvaro —Pepi se interesó con rapidez.

—Sí, sí... Tranquila. Es un resfriado de verano —explicó.

Ella asintió no muy conforme.

—Pero no entiendo por qué has salido con nosotros. Sé que ahora mismo estás intranquila y que preferirías estar al lado de tu hija.

Daniela intercambió miradas cómplices con Feli, que no pasaron inadvertidas para la rubia.

—¿Qué sucede aquí? —les exigió, dejando de golpe su mojito sobre la mesa que tenían entre ellos.

La morena volvió a mirar a Feli para devolver la atención sobre su amiga.

—Nada importante. Solo me apetecía salir con mis dos mejores amigos...

—¡Ja! —esta gritó cortándola—. Tienes a la pequeña mala. —Señaló el móvil que volvía a lucir, prueba de que acababa de recibir un nuevo mensaje de Álvaro—. Creo que lo que menos te apetecía era eso: salir.

—Se ha puesto mala de pronto. Ya sabes cómo son los niños... —titubeó— y como ya habíamos quedado...

Pepi se cruzó de brazos y miró a sus dos amigos con gesto duro.

—¿Quién me va a contar la verdad?

Feli bebió de su vaso, ignorándola.

Dani fue a agarrar el móvil pero en el último momento, Pepi se lo arrebató.

—Está bien —cedió la morena viéndose atrapada—. Feli me llamó porque estaba preocupado y decidimos que te vendría bien airearte, salir un rato para divertirte y olvidarte de todo...

—Feli, ¿qué le has contado? —atacó a este, interrumpiendo la palabrería de su amiga que por las vueltas que daba sobre la misma idea, era síntoma claro de que no le estaba contando toda la verdad.

—Nada, nada... —Daniela respondió de inmediato, intentando quitar el foco de atención sobre Feli—. Solo que te vendría bien salir y despejarte...

—Que te has acostado con el padre de Cristina, que te sientes atraída por él y que tienes remordimientos por Rafa —soltó a bocajarro el hombre de pelo azul, interrumpiendo a su amiga.

Daniela suspiró al escucharlo, tomó su mojito y bebió intentando esconderse tras el vaso.

Pepi posó sus ojos detenidamente en la pareja, abriendo y cerrando la boca sin saber muy bien qué decir ante la confesión.

—Pepi, cariño... —Daniela atrapó su mano—. Nos preocupamos por ti...

—¿Cristina lo sabe? —interrogó nerviosa, mirando a su amigo.

Este no dudó en negar con la cabeza.

—Claro que no —indicó—. Está de viaje de novios y las comunicaciones están siendo pésimas...

Las carcajadas de Pepi se escucharon por encima de la música del local

donde se encontraban.

La pareja de amigos se sorprendieron ante su reacción.

—Las comunicaciones son pésimas —repitió sin dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Estás bien? —Daniela se interesó por ella.

Esta asintió, limpiándose una pequeña lágrima que se había escapado de sus ojos, y agarró su mojito para beberse todo el líquido de un trago.

—Pepi ten cuidado que te vas a emborrachar —Feli le aconsejó, interviniendo por primera vez desde su confesión.

Ella dejó el vaso vacío en la mesa de golpe y los miró.

—¿Queréis otra copa? —Los dos negaron a la vez—. Pues yo me voy a pedir otro mojito para celebrarlo. —Se levantó del taburete y se recolocó la minifalda negra que llevaba.

A pesar de no tener muchas ganas de salir un martes por la noche, cuando Daniela la llamó casi rogándole para que se apuntara a la quedada de «chicas», ya que desde la boda de Cristina no se veían, terminó accediendo. Al principio, le extrañó la invitación, ya que apenas habían pasado unos pocos días desde que habían estado juntos, pero, tras los acontecimientos que había vivido con Fernando, se reconoció a sí misma que necesitaba estar tranquila. Salir con sus amigos, esos con los que podía hablar de todo y de nada, mientras se olvidaba de lo que la agobiaba, se le planteaba como un gran plan. Además, así dejaría de pensar, darle vueltas a una idea que circulaba por su cabeza y que podría llevarla a cometer algo que con posterioridad se arrepentiría...

Llamar a Fernando...

En más de una ocasión, se vio con la tarjeta de la empresa del padre de Cristina en la mano, la misma que había acompañado el ramo de flores y que observaba cada poco desde el asiento de su despacho. Recitaba los números del teléfono mentalmente y podría jurar que incluso había terminado por aprendérselos, al mismo tiempo que la tentaba el escuchar otra vez su voz...

Su cuerpo recordaba su tacto, su mirada y su voz... Jamás pensó que una voz podría conseguir alterarla hasta cotas tan altas en las que su corazón latiera a gran velocidad y su cuerpo clamara porque su dueño la tocara.

Se pasó la mano por la cara y gritó de impotencia, asustando a sus amigos

que no habían apartado sus ojos de ella desde que se había incorporado del taburete.

—¿Estás bien? —Daniela le preguntó preocupada devolviéndola al presente.

Ella asintió.

—Voy a por una copa...

—¿Qué quieres decir con ese de «celebrar»? —Feli la interrogó.

Pepi lo miró entre divertida y enfadada, y recordó la conversación que habían mantenido segundos antes. Se pasó la mano por el cabello y la dejó caer a continuación a lo largo del cuerpo, apoyándola en la cadera donde un cinturón dorado en forma de cadeneta destacaba.

—Que mi vida sea de dominio público —respondió sorprendiéndolos. Les guiñó un ojo y se marchó a la barra del bar.

Daniela y Feli se miraron.

—Te dije que debíamos hablarlo con ella antes —le reprendió la morena.

—Hablar, ¿el qué?

—Que me habías puesto al día de todo...

Este se subió las gafas y miró a Pepi que hablaba con uno de los camareros en ese momento.

—No se ha enfadado. Ya sabe que te lo he contado porque la queremos...

Daniela asintió.

—Sí, en eso no tiene dudas pero...

—¿Pero?

—¿Cómo le vas a explicar eso otro? —le preguntó moviendo la cabeza hacia el lugar donde se encontraba su amiga.

En el rostro de Feli apareció una sonrisa maquiavélica.

—¿Nos vamos? Seguro que Jose nos está esperando en el coche...

—¿Así? ¿No nos despedimos de Pepi?

El hombre tomó su chaqueta y se levantó.

—Si quieres puedes despedirte tú...

Daniela miró por encima de su hombro y vio como se acercaba Fernando por la espalda de su amiga.

—Vale, vámonos —cedió. No le apetecía nada estar allí para cuando Pepi descubriera lo que habían planeado—. Pero no pienso cogerle el teléfono

hasta que hables tú con ella —le advirtió agarrando su bolso, dirigiéndose con velocidad hacia la puerta del local.

Feli se llevó la mano a la frente haciéndole un saludo militar y salió tras ella a la calle sin que su amiga los viera.

## Capítulo 16

—¿Me pones un *whisky*? —Fernando preguntó al camarero cuando este dejó delante de Pepi un nuevo mojito.

La espalda de la mujer se tensó en cuanto reconoció la voz del padre de Cristina y, aunque sabía que debía girarse para verle la cara, resistió por unos segundos el impulso. Tomó el vaso que le acababan de poner y jugó con la pajita, moviendo los cubitos de hielo, mientras buscaba el valor que necesitaba para enfrentarse a él.

El tiempo se detuvo e incluso la música que se escuchaba en el local también se paró. Coincidencia o no, la canción que sonaba terminó para comenzar una nueva en la que se hablaba de la atracción que sentían dos desconocidos o quizás no tan desconocidos. Pepi comenzó a sentirse algo incómoda, notando como la temperatura de su cuerpo aumentaba y el latido de su corazón aumentaba a mil revoluciones por minuto.

Sintió como el cuerpo del hombre se le acercaba, envolviéndola con su calor, y su aroma le llegó con nitidez; un olor que, sin saber muy bien, lo asociaba con la palabra hogar y que conseguía que miles de escalofríos la atravesaran de arriba abajo.

—Estás preciosa hoy —le susurró al oído, consiguiendo que el vello de la nuca se le erizara.

Pepi tomó aire con profundidad y se volvió hacia él.

—¿Qué haces aquí? —se interesó, dejando sus ojos caer sobre el cuerpo masculino, que iba vestido con un traje de chaqueta gris y una camisa azul con los dos primeros botones del cuello desabotonados.

El hombre se aproximó aún más a ella, cuando el camarero dejó en la barra su bebida, y sonrió.

—Tomar algo... —indicó agarrando el vaso de *whisky* del que bebió de inmediato.

Ella elevó una de sus cejas, incrédula ante su explicación, y se movió hacia un lado buscando a sus amigos, sospechando que el encuentro fortuito con Fernando era provocado. Pero no los encontró... El único testigo que

quedaba de su presencia, en la esquina que habían ocupado mientras charlaban y disfrutaban de la música, era la chaqueta que había decidido llevarse por si refrescaba por la noche.

El recién llegado siguió su mirada.

—¿Buscas a alguien?

—Sí, a dos cucarachas —espetó algo molesta y sin dar más detalles, se dirigió hacia donde, hasta hacía un rato, estaba acompañada de Feli y Daniela.

Fernando bebió de su copa sin dejar de seguir sus movimientos, y, cuando vio que agarraba la chaqueta para salir del local sin dirigirle más la palabra, tensó la mandíbula. Dejó su bebida, le pagó al camarero y fue tras ella.

—¡Pepi! —la llamó a gritos en cuanto la localizó, parada ante un semáforo, esperando a que se pusiera verde para avanzar.

Esta lo observó por encima de su hombro pero no hizo intención alguna por esperarlo. En cuanto la luz del semáforo cambió de color, cruzó con rapidez para alejarse lo más posible de él.

Avanzaba por la calle sin mirar atrás, con cuidado, porque los tacones finos de las botas de caña alta que se había puesto se enganchaban cada poco en las piedras de la calzada, pero sin perder el ritmo, y sin comprobar que Fernando la siguiera, mientras rumiaba todo lo que pensaba decirle a sus amigos cuando se los echara a la cara.

—¡Cómo se les ha ocurrido! Cuando los vea... —murmuraba cuando de pronto se tropezó y si no hubiera sido por Fernando, seguro que habría terminado en el suelo.

El hombre, lejos de desistir en su empeño, había ido tras ella. Necesitaba aclarar varias cosas pero lo más importante era que estaba cansado de que huyera de él cada vez que estaban juntos. No tenían edad para comportarse como un par de chiquillos y quería hacérselo ver. Ambos tenían que asumir y reconocer que sentían algo por el otro, y si era él el que debía dar el primer paso, lo haría.

Apenas le separaban unos metros de ella, cuando la agarró de la cintura para evitar que se cayera. La incorporó con cuidado, girándola entre sus brazos para ver sus ojos y le apartó uno de los mechones que había caído sobre su frente.

—¿Estás bien? —Pepi asintió, perdiéndose en la mirada color café—. Si

te suelto, ¿volverás a huir de mí?

La mujer agachó la cabeza, sintiendo como sus mejillas enrojecían ante su pregunta, y la realidad la golpeó, dándose cuenta de su comportamiento.

—Perdóname. No sé por qué lo he hecho... —se disculpó al mismo tiempo que él apartaba sus manos de ella.

—¿Me puedes explicar qué sucede? —preguntó con interés—. Estabas en el local, tomando algo y de pronto...

—Salgo corriendo —terminó por él, quien movió la cabeza de manera afirmativa al escucharla—. Es por culpa de Feli y Daniela...

Fernando escondió sus manos en los bolsillos del pantalón por temor a acariciarla. La necesidad que sentía de tocarla lo superaba.

—¿Del marido de Jose?

—Y la mujer de Álvaro —explicó.

Él arrugó el ceño y se pasó la mano por el cabello entrecano.

—¿Estaban allí contigo? —Señaló con el dedo el camino por el que habían venido y que conducía hasta el bar donde habían estado minutos antes.

Ella asintió.

—Hasta que tú llegaste...

—Ahora entiendo el comportamiento de Jose —dijo sin dar muchos detalles.

Pepi se puso la chaqueta que llevaba al sentir algo de frío, escondiendo sus brazos desnudos y ocultando la blusa roja sin mangas bajo la tela de algodón negra.

—¿Jose? ¿Qué pasa con el marido de Feli?

Fernando sonrió.

—Tenía una reunión con él, por temas legales —movió la mano en el aire, quitando importancia al asunto—, y cuando terminó, insistió mucho para que fuéramos a tomar algo.

Ella se cruzó de brazos y se rio.

—Feli y Daniela...

—Y Jose —especificó.

—Feli, Daniela y Jose —rectificó—, nos han hecho una emboscada...

—Para juntarnos. —Los señaló a ambos.

Pepi suspiró y comenzó a caminar a la par que él.

—¿Y has venido con Jose hasta el bar?

Fernando asintió.

—Sí, me dejó en la puerta mientras él aparcaba...

Ella se rio y atrapó su brazo instintivamente sin dejar de andar.

—Más bien mientras recogía a las dos cucarachas amigas mías —lo corrigió.

Este se rio también.

—¿Cómo nos hemos dejado engañar así? —preguntó al aire sin esperar respuesta.

Pepi se encogió de hombros y siguió andando al mismo paso que él en silencio.

El ruido de la noche de Madrid los envolvió, mientras caminaban sumidos cada uno en sus pensamientos. La ciudad era muy diferente a esas horas y, a pesar de ser tan tarde, no paraban de esquivar grupos de gente que entraban y salían de los locales abiertos o que paseaban como ellos.

Seguía haciendo calor, prueba de lo que les esperaba para este verano, y por eso había muchas más personas fuera de los establecimientos que dentro. La música se escuchaba con bastante claridad, variando cada pocos metros, según pasaban cerca de los bares.

No tardaron en llegar a Sol, donde la luz artificial los sorprendió. Una luz anaranjada que iluminaba toda la plaza casi como si se encontraran en pleno día. El emblemático reloj de Gobernación, ese que nos dictaba el cambio del año cada 31 de diciembre, observaba impertérrito el paso del tiempo desde su posición privilegiada. Pendiente del trasiego de la gente que pasaba bajo sus pies, unos hacia sus casas, otros para seguir la fiesta y, los más desafortunados, para comenzar la jornada laboral.

A Pepi siempre le había maravillado el amplio espacio de esa emblemática plaza, lugar de encuentro y de manifestaciones. Un espacio ocupado, desde hace tiempo, por el ocio y las reivindicaciones y que sigue inmóvil ante el devenir de las horas.

La pareja se detuvo al lado de la boca del metro, no muy lejos de la placa del Kilómetro Cero, una baldosa que marca el punto céntrico de la península, origen de las seis carreteras radiales nacionales que parten de Madrid, y sin soltarse se miraron muy conscientes de que se tenían que separar.

—Hagamos una locura —Fernando le propuso de repente, atrapando sus dos manos con fuerza.

Pepi se rio al verle la cara. Era como si hubiera rejuvenecido de pronto, mostrando en sus ojos un brillo travieso tentador.

—¿Qué clase de locura? —se animó a preguntar.

—Vayamos a París.

—¿París? —repitió extrañada—. Como si fuera tan fácil. —Se rio de nuevo pero la seriedad del rostro del hombre interrumpió su chanza—. ¿Estás hablando en serio?

Fernando movió la cabeza de manera afirmativa.

—Podemos caminar por sus calles, ver la Torre Eiffel, Notre Dame, pasear por el Sena...

Pepi se separó de él y se pasó la mano por el cabello, soltando el aire que retenía sin darse cuenta.

—¡Es una locura!

Él volvió a asentir y le atrapó las manos de nuevo.

—Sí, pero ¿desde cuándo no haces locuras? Ni yo me acuerdo ya cuando fue la última vez que hice algo inconscientemente... —Observó el cielo en el que, a pesar de la polución, se podían ver unas pocas estrellas y buscó sus verdes ojos seguidamente—. Así tendríamos tiempo para conocernos, para descubrir eso que nos une... Reconoce que tú también lo sientes...

La mujer, que no había apartado sus ojos ni un momento de él, asintió con la cabeza muy lentamente.

—Sí, pero... —cerró los ojos—. No puedo marcharme, dejarlo todo... —Lo miró—. La tienda...

—Feli... Habla con tu amigo. Seguro que puede echarte una mano en eso...

—¿Y cómo nos iríamos?

—En avión... —titubeó—. Mi avión.

—¿Tienes un avión? —preguntó algo escandalizada.

Este sonrió con timidez y asintió.

—Pepi, vámonos... Danos una oportunidad.

Suspiró.

—No sé...

Fernando posó con rapidez sus manos en la cara femenina y fijó sus ojos en los verdes de ella.

—Pepi, quiero ser tu amigo. Quiero conocerte, saber de tus aficiones, de tus gustos, lo que te desagrada... Deseo estar contigo... solos, sin ninguna distracción y si para ello tengo que poner París a tus pies, lo haré. No pienses, lánzate a esta locura para descubrir por qué sueñas conmigo, por qué me tienes en tu cabeza a todas horas o por qué mi aroma te persigue.

Ella lo miró asombrada de que supiera también lo que le atormentaba desde que lo había conocido.

—¿Cómo...?

El hombre le acarició la curva de su nariz y la sonrió.

—Porque es lo mismo que siento yo desde que te vi por primera vez...

Las mejillas de Pepi enrojecieron levemente ante la confesión.

—Ir a París... —susurró entre dientes.

Fernando apoyó su frente en la de ella.

—Volvámonos locos... pero juntos.

# Capítulo 17

Desde el mismo momento en el que aceptó su plan, Fernando se acercó al borde de la acera y paró un taxi para que los llevara al aeropuerto. Unidos por la mano, como si temieran escaparse el uno del otro, los dos hablaban por sus móviles para informar sobre sus intenciones.

Fernando contactó con su secretaria para que preparara el viaje, lo que hizo que Pepi se preguntara si la mujer tenía algún tipo de horario laboral determinado, si su sueldo debía ser bastante generoso que le impidiera quejarse por las horas intempestivas a las que la llamaba su jefe o, todo lo contrario, que su puesto la obligaba a estar disponible las veinticuatro horas del día.

Ella en cambio, al no tener a nadie a su cargo, llamó a Feli sin importarle mucho las horas que eran, si estaba ya descansando o si, con su llamada, interrumpía algo que su amigo no deseaba.

Este tardó en coger el teléfono y cuando lo hizo, fue con cierto temor por si le cantaba las cuarenta en lo referente a la encerrona que habían provocado, pero, en cuanto le informó de sus nuevos planes, de esa locura en la que se embarcaba convencida por su compañero de viaje, su amigo cambió el tono de voz e incluso la animó a que se lo pasara bien. De la tienda no debía preocuparse, ya que Daniela y él podrían hacerse cargo de ella. Se turnarían para abrir todos los días que Pepi faltara y atenderían a los pocos clientes que acudieran, y si surgía algún problema siempre podrían contactar con facilidad con ella.

La mujer sintió casi como si la empujaran a los brazos de Fernando, con el beneplácito de los que consideraba sus amigos más preciados, su familia.

Antes de colgar, Feli le deseó un fantástico viaje y le insistió mucho con que disfrutara de la vida, de su vida.

Pepi suspiró cuando dio a la tecla de fin de llamada atrayendo la atención de su acompañante.

—¿Te arrepientes? —preguntó malinterpretando su preocupación.

Ella lo miró y negó con la cabeza.

—No, cuando tomo una decisión no me desdigo aunque te haya dado esa impresión desde que nos conocemos. —Se mordió el labio y agachó la mirada.

Ambos eran muy conscientes del comportamiento «infantil» que había movido a Pepi a huir de Fernando, pero, en realidad, los dos sabían que estaba muy influenciado por el miedo a esas emociones que sentían y que no comprendían.

Fernando le agarró la barbilla y buscó sus ojos.

—Entonces, ¿qué sucede? ¿Feli no puede ayudarte con la tienda?

—Todo lo contrario —respondió—. Casi me empuja para que lleguemos antes a París. —La carcajada masculina resonó en el interior del taxi—. Es por el trabajo...

Este la miró preocupado.

—¿Qué sucede? Por lo que me explicó Cristina, pensé que te iban bien las cosas...

—Iban pero ya no —lo cortó—. No he querido contar mucho a mis amigos, para que no se preocuparan... Ya es suficiente lo que ven con sus propios ojos.

—¿Y es? —se interesó, inquieto de verdad por lo que pudiera afectarla.

—Cada vez son menos los clientes que acuden a la tienda y, aunque muchos son personas mayores, las misma que me ayudaron a levantarla de la nada cuando... —se calló de pronto al darse cuenta de lo que iba a decirle.

Fernando le apretó la mano con cariño, transmitiéndole un sentimiento de comprensión.

—Cuando tu marido falleció —acabó por ella, quien lo observó sorprendida—. Mi hija me lo contó —señaló aclarando sus dudas—. Me contó cómo tras la muerte de... ¿Rafa?

—Sí, mi marido se llamaba Rafa —confirmó.

Este le apartó un mechón dorado de la cara, acariciándole la mejilla por el camino.

—Cuando te quedaste sola —continuó con lo que le había explicado Cristina—, tu familia no quiso ayudarte y si no hubiera sido por tus vecinos, las personas que viven en el mismo barrio que tú, no podrías haber seguido hacia adelante.

Ella movió de nuevo la cabeza de manera afirmativa.

—Mi familia no quiso nunca a Rafa —especificó—. Sus padres llegaron a nuestro país de manera ilegal. Lucharon por darle un futuro a su hijo, quien nunca dudó en corresponder con su esfuerzo trabajando para que estuvieran orgullosos de él. El color de su piel y la condición de inmigrante ilegal de su familia, fueron siempre las pegas que pusieron mis padres cuando les anuncié que éramos novios... —Miró por la ventanilla del coche, viendo pasar las farolas como una senda artificial que vigilaba la ciudad—. Al principio, creyeron que sería un capricho por mi parte, la novedad... —Sonrió con tristeza—. Lo llamaban *mi juguetito negro*...

Fernando tensó la mandíbula ante el menosprecio de sus familiares.

—Pero, te casaste con él...

—Mi boda fue el momento más feliz y más triste de mi vida —confesó—. En el momento que les anuncié nuestros planes, me pusieron entre la espada y la pared.

El hombre arrugó el ceño y apretó aún más la mano de Pepi que todavía tenía agarrada.

—¿O Rafa o ellos? —aventuró.

Esta asintió.

—Nos casamos... —Se pasó una de sus manos por los ojos, alejando las lágrimas que buscaban salir de su prisión—. Fuimos muy felices y en ese tiempo, no eché en falta a nadie de mi familia hasta... —Se le quebró la voz.

Fernando siseó, acariciándole la mano, intentando tranquilizarla.

—¿Y entonces fueron tus vecinos los que te apoyaron? —la interrogó, desviando el tema del momento tan doloroso que había vivido Pepi.

Lo miró y sonrió, justo cuando una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

—Si no hubiera sido por Rosa, Remedios y las otras mujeres... —Recordó a las clientas que aún hoy en día seguían preocupándose por ella—. Gracias a sus ahorros, levanté Suave Algodón —le explicó ampliando su sonrisa.

—¿Te dejaron ellas el dinero?

Esta se limpió la cara y amplió su sonrisa.

—Al principio me negué, pero no sabes lo insistentes que pueden llegar a

ser. —Se rio brevemente al recordarlo—. Luego, con el tiempo, les fui devolviendo su «préstamo». —Fernando asintió, conforme con lo que escuchaba—. Era feliz con mi pequeña droguería. Iba pagando mis deudas, ingresaba un poco de dinero para mi cuenta particular... No necesitaba más.

—Me alegro —este señaló—. Pero entonces no entiendo la causa de tu actual preocupación.

Pepi suspiró.

—Con la llegada del comercio online...

—Las ventas han bajado —terminó por ella.

Ella asintió.

—Y, aunque, como te decía, mis clientas tienen ya una cierta edad y siguen viniendo a mi tienda a comprar lo que necesitan... Cada vez son menos las ventas que realizo...

—Si quieres, yo te puedo ayudar —la interrumpió.

Ella negó de inmediato.

—Yo sola me he metido en esto, y yo sola saldré de ello.

—Bueno, más que sola, lo hiciste con la ayuda de mucha gente que te aprecia —la corrigió.

Pepi no pudo evitar sonreír y le dio un beso en la mejilla ante su gesto, sorprendiéndolo.

—Gracias pero no.

—Señores, ya hemos llegado —les notificó el taxista, aparcando el coche en la zona habilitada para ello.

Fernando gruñó al verse interrumpido, pero no quiso añadir más a la conversación que mantenía con Pepi. No era el momento ni el lugar para insistir sobre el tema. Además, que hubiera confiado en él, para contarle algunas de las cosas que marcaron su vida y que la convirtieron en la persona que tenía delante, ya era más que suficiente... por ahora.

## Capítulo 18

—Es precioso —Pepi señaló mirando por la ventanilla del avión.

—¿El qué? —se interesó Fernando mientras bebía del café que la azafata le había servido.

—El amanecer...

El hombre observó lo que indicaba y no pudo más que estar de acuerdo con ella.

—¿Has estado alguna vez en París?

Ella negó.

—Jamás he salido de España, por no decir de Madrid.

—Pues espero que te guste. —Guiñó un ojo y devolvió su atención a los papeles que tenía delante de él, en una mesa, los mismos que iban guardados en un maletín que le había dado la azafata en el instante en el que subieron al avión.

Se acomodaron en sendos asientos, uno enfrente del otro, y, tras el despegue, Pepi sintió como sus párpados se cerraban hasta que acabó durmiéndose.

Apenas se enteró de nada del vuelo.

No fue hasta hacía unos minutos, cuando Fernando decidió despertarla, que había abierto los ojos para poder observar el amanecer sobre la ciudad del amor.

—Dijiste que nos olvidáramos de todo... —ella mencionó, recordando la conversación que habían mantenido y que les había llevado hasta allí.

Fernando la miró por encima de uno de los papeles que sostenía y sonrió.

—Tienes razón. —Guardó la documentación en el maletín—. ¿De qué quieres que hablemos?

Ella se encogió de hombros, algo cohibida porque no esperaba que le hiciera caso.

—No, perdona. No quería... —titubeó y tiró hacia arriba de la manta que le habían echado por encima mientras descansaba—. Si es importante, prosigue.

Negó con la cabeza.

—No, tienes razón. Yo he sido el liante de todo esto —miró a su alrededor—, que menos que siga mis propias normas.

—¿Y cuáles son esas? —preguntó siguiéndole el juego.

Fernando se estiró, tirando de la camisa que llevaba, provocando que se acoplara a la perfección a sus músculos. La chaqueta hacía rato que reposaba en uno de los asientos vacíos.

—A ver, déjame que piense...

Pepi se rio.

—¿No me digas que no tienes nada preparado?

Este guiñó uno de sus ojos.

—Ha sido algo precipitado...

—¡Y tan precipitado! —coincidió—. Ahora mismo estamos sobrevolando el cielo de... —LO miró para que le solucionara la duda de por dónde estaban.

Él sonrió.

—Francia —aclaró—. Queda poco para llegar a París.

Pepi movió la cabeza conforme.

—Estamos sobrevolando Francia —continuó—, sin ropa para cambiarnos, sin saber dónde nos vamos a hospedar, sin...

Este atrapó su mano y cortó su diatriba.

—¿No me digas que no es emocionante?

Se carcajeó.

—Muy emocionante —convino—, pero una tiene una edad para hacer este tipo de...

—Locuras —acabó por ella, sin dejar de acariciarle la mano—. Eso era lo que queríamos, ¿no?

Asintió levemente.

—Sí, pero tras tener tiempo para descansar. —Se apartó de su agarre y llevó su mano hasta los pies desnudos, que masajéo con lentitud—. Fer, solo de pensar que tenga que estar más de un día con esas botas —movió la cabeza hasta donde estaba su calzado, no muy lejos de la chaqueta de él—, me muero.

—Me gusta —indicó, apoyando de nuevo su espalda en el respaldo del asiento, descolocándola con su apreciación.

—¿Te gusta que me martiricen las botas?

Este se llevó su mano hasta el cabello y negó muy sonriente.

—Me gusta que me hayas llamado Fer —aclaró, provocando que las mejillas de Pepi se tizaran de rojo—. Y eso también —señaló su cara, consiguiendo que la rojez aumentara.

La mujer tiró aún más de la manta, hasta tapar el «cuerpo del delito» y bufó.

—Serás tonto...

Fernando se acercó a ella, se sentó en la mesa que había entre ellos y le apartó la manta para verla mejor.

—No te escondas, por favor —le rogó—. No de mí.

Los ojos verdes se centraron en los marrones.

—Es difícil —reconoció.

—¿Por qué?

—Porque consigues que reaccione como hacía años que no lo hacía. — Miró a su alrededor como si buscara algo que la ayudara a explicarse pero no lo encontró—. Porque esto que ha nacido entre nosotros —los señaló— no lo entiendo y nuestros cuerpos, lejos de ayudarnos, lo complican todavía más.

Fernando atrapó de nuevo su mano.

—Es como si nuestros cuerpos actuaran ya guiados bajo un plano que conocen y solo esperan que nuestras cabezas los alcancen.

La mujer asintió.

—Siento como si hubiera rejuvenecido veinte años, por como tengo las hormonas revolucionadas.

Él se rio.

—Si te sirve de consuelo, a mí me pasa lo mismo.

Pepi suspiró.

—Sí, aunque no te lo creas, sirve mucho.

Fernando se llevó la mano femenina hasta donde latía su corazón sin apartar su mirada de la de ella.

—Estamos juntos en esto. Solo debemos dejarnos llevar hasta donde ellos quieran guiarnos —indicó acercándose a la boca de Pepi, atrapando sus labios con delicadeza.

—Perdone, señor —la voz de la azafata los interrumpió.

Este se apartó de Pepi a regañadientes y observó a la mujer que acababa de llegar.

—¿Sí?

—Estamos a punto de aterrizar. Sería aconsejable que se abrocharan los cinturones.

Fernando movió la cabeza conforme y se dirigió a su asiento, no sin antes darle un beso rápido a Pepi.

—Buenos días, señor. Es un placer verlo por aquí de nuevo —saludó el recepcionista a Fernando en cuanto atravesaron la puerta del hotel Regina donde se alojarían en París.

Una vez que aterrizaron en el aeropuerto de la capital francesa, un coche con los cristales tintados los esperaba para recogerlos.

Fernando, nada más descender del avión, la condujo por los pasillos sin soltar su mano, para evitar perderla, esquivando a las personas que esperaban sus maletas.

En cuanto los dos se acomodaron en el interior del vehículo, el chófer tomó la carretera, y Pepi centró su atención en el exterior. El tráfico estaba imposible, casi como el de Madrid, lo que los obligaba a sortear con tiento los coches que se encontraban en su camino.

El día estaba nublado y, aunque se habría agradecido algo de la luz del sol, el color gris que se observaba en el ambiente, ayudaba a dar un toque especial a los edificios y monumentos que se encontraban a su paso.

Pepi no sabía a dónde se dirigían. No tenía ni idea de cuáles eran los planes de su acompañante. Le había preguntado en varias ocasiones por ellos, intentando averiguar lo que les esperaba cuando aterrizaran, pero cambiaba de tema de inmediato o, cuando comprobó que la incertidumbre no le agradaba, cedió pidiéndola que se dejara sorprender.

—Es solo una sorpresa —le dijo tomándola de la mano—. ¿Tan malo es que quiera sorprenderte?

Ella no dudó en negar con la cabeza y en corresponderle con una sonrisa.

—Está bien pero como no me guste, me cojo el primer vuelo que haya de regreso.

Este asintió conforme muy seguro de sí mismo. Un gesto que comenzaba a conocer Pepi muy bien, y que, aunque al principio le sacaba de sus casillas por creerlo un arrogante, con el paso del tiempo, tiempo que habían compartido, empezaba a comprender que estaba muy lejos de serlo. Fernando se había hecho a sí mismo, por lo que conocía muy bien el talento que poseía, lo que podía alcanzar o no, de una forma realista.

El coche se detuvo delante de un edificio de imponente envergadura, donde los arcos de los soportales destacaban junto a pequeñas macetas que había en los laterales de la puerta. En un cartel negro con letra dorada se podía leer el nombre del hotel y las puertas de madera, con una preciosa cristalera, animaban a entrar en su interior.

«Y tan seguro que podía estar», pensó Pepi en cuanto observó dónde la había llevado.

Fernando había reservado habitación en un hotel cinco estrellas, en pleno centro histórico de París, cerca de los principales lugares de interés turístico, entre el Museo del Louvre y el jardín de las Tullerías, y a escasos metros de la Torre Eiffel, el Grand Palais, el Trocadero, los Inválidos y el Museo de Orsay.

El recepcionista, el mismo que los había saludado nada más traspasar las puertas, le dio a Fernando las llaves de la *suite* donde se hospedarían al mismo tiempo que le mencionaba algo que le llamó la atención:

—Está todo lo que solicitó en la habitación...

Este se lo agradeció y se dirigió al ascensor, sin soltar a Pepi.

—¿Qué ha querido decir?

Él la miró de medio lado y le guiñó un ojo.

—Déjate sorprender —le repitió apretando su mano, justo cuando las puertas del elevador se abrían dándoles paso a un corredor donde la elegancia francesa y, al mismo tiempo, la comodidad contemporánea, estaba impresa.

Avanzaron por el corredor en silencio, tardando poco en llegar a la *suite* donde se alojarían esos días. Ambos compartieron miradas cómplices y un brillo travieso apareció en los marrones de él, como si supiera de antemano lo que iba a suceder.

Y así era.

En cuanto entraron en la habitación, Pepi se quedó sin palabras.

—Bienvenida a la Junior Suite Torre Eiffel —Fernando le anunció,

dejándola que se adentrara sola por la habitación, quedándose él unos pasos por detrás, para disfrutar de sus reacciones. El rostro de su invitada era tan expresivo que conseguía que saboreara cada una de las sensaciones que ella vivía sin darle nombre.

La mujer observó la *suite* maravillada. Los tonos blancos y ocres abundaban por la estancia, ofreciéndole una solemnidad muy acorde con el sitio donde se encontraban, pero también la comodidad que querían hacer patente a sus clientes, para que se sintieran como en sus casas.

La cama ocupaba una de las paredes principales de la estancia, y, desde ella, como pudo comprobar con posterioridad, se podía disfrutar de las mejores vistas de París. La Torre Eiffel se erigía bella desde uno de los ventanales, y, desde otro de ellos, la plaza de la Concordia se veía a lo lejos, antiguo lugar donde estaba ubicada la gran noria, y los jardines de las Tullerías, zona que enlazaba con los Campos Elíseos.

Pepi giró sobre sus pies, mirando todo lo que la rodeaba con una gran sonrisa y se detuvo en cuanto Fernando acabó en medio de su punto de visión.

—Esto es increíble —indicó casi sin palabras para describir lo que estaba experimentando.

Él sonrió feliz de verla tan radiante.

—Tú sí que eres increíble —comentó sin poder evitarlo.

Pepi lo miró con intensidad pero de pronto, una sombra cruzó por sus ojos.

—Pero no puedo... —La realidad la golpeó con fuerza—. No me puedo permitir hospedarme aquí. No puedo...

Fernando amplió la sonrisa y se acercó a ella, atrapando sus manos.

—Es un regalo.

—¿Por qué? —Elevó una de sus cejas confusa.

—Por esto, por estar conmigo aquí, por convencerme para hacer esta locura...

Pepi se rio.

—Si fuiste tú el que propuso este viaje.

Encogió sus hombros.

—Da igual quién diera el primer paso, lo importante es que estamos los dos aquí, disfrutando de las horas prestadas que nos hemos regalado. Un

regalo por nuestro tiempo en París.

Ella lo observó no muy convencida por sus palabras.

—No sé...

Fernando la acalló con un sutil beso que la descolocó.

—Además, todavía no has visto todo.

—¿Todo? ¿Hay algo más? —preguntó extrañada.

Él asintió y tiró de ella hacia la cama donde reposaban varias bolsas con el nombre de tiendas exclusivas.

—Como ninguno hemos traído la maleta y por tanto no podremos cambiarnos... —Sacó de una de las bolsas varios paquetes que iban envueltos en un papel muy delicado—. Teníamos dos opciones: o nos pasábamos en la habitación desnudos todo el día... Quiero dejar constancia que esta opción era mi favorita. —Pepi lo miró escondiendo una sonrisa—. O le decía a Consuelo que nos comprara algo —continuó con su explicación.

—¿Consuelo?

—Mi secretaria —le aclaró.

—Vas a tener que contarme qué tipo de contrato tienes con ella —comentó mientras abría los paquetes y pasaba las manos con reverencia por las prendas que iban apareciendo ante sus ojos—. Debes pagarla muy bien para llamarla en mitad de la noche y que no se queje o —dudó— la explotas...

—Puede que la explote —sugirió.

Pepi lo miró de muy malos modos.

—¿No estarás hablando en serio?

La carcajada masculina resonó en la habitación.

—Tendrías que haber visto la cara que me has puesto ahora mismo —le dijo sin parar de reír.

Ella atrapó una de las almohadas que había sobre la cama y lo golpeó.

—No te burles de mí.

Fernando atrapó el arma arrojadiza y la miró retándola.

—Ten cuidado...

Pepi atrapó otra de las almohadas y le sonrió.

—¿O qué?

Este se fue acercando a ella con lentitud.

—No respondo de mis actos.

Se rio y le tiró de nuevo la otra almohada.

Fernando gruñó y se abalanzó sobre ella, pero no pudo atraparla.

Pepi se subió a la cama, huyendo de él, pero fue una huida muy corta porque la mano masculina atrapó su tobillo y la tiró sobre el lecho sin dejar de reír.

El hombre la miró desde su posición.

—Te avisé... —indicó, mientras se desabrochaba los botones de la camisa con lentitud.

Pepi pasó su lengua por los labios, saboreando la anticipación de lo que estaba por llegar, y comenzó a subir su minifalda dejando cada vez más expuestas sus piernas.

Los ojos marrones ardieron ante lo que veían.

—Vas a conseguir matarme...

Pepi se rio, se llevó un dedo a la boca para colarlo a continuación por debajo de su tanga rojo.

—Recuerda que tienes una edad —gimió cerrando los ojos al notar su propio contacto.

El hombre retuvo su respiración ante sus movimientos y con rapidez se deshizo de la camisa, desabrochó el cinturón y se quitó el pantalón, seguido del bóxer que llevaba. Su pene apareció en todo su esplendor, motivado solo con los movimientos de ella.

—Pepi... —la llamó sin tocarla.

Ella abrió sus ojos verdes y al verlo desnudo, abrió aún más sus piernas, sin dejar de masturbarse.

—¿A qué esperas?

Fernando como única respuesta gruñó, le quitó el tanga, rompiéndolo ante el tirón, y se agachó de inmediato posando su boca sobre el tesoro máspreciado de ella.

La mano femenina se apartó en cuanto notó como la lengua comenzaba a acariciar sus pliegues húmedos arrancándola un gemido gutural. Sintió como Fernando sonreía al escucharla y como castigo, posó una de las manos sobre su cabeza, obligándole a incrementar sus movimientos.

Él no dudó en hacerlo.

Absorbió el inflado brote y descendió con la lengua por los labios

genitales, permitiendo que dos de sus dedos se adentraran por el interior de la vagina, para comenzar a salir y entrar con rapidez, consiguiendo que su dueña se arqueara ante el contacto.

—Fer... —le suplicó cuando sintió que su cuerpo reclamaba más. Lo quería dentro, le necesitaba dentro de ella.

Este besó la zona que torturaba con placer y se incorporó, apoyando sus brazos a cada lado de Pepi, para evitar aplastarla. Se puso a la altura de su cara y buscó esa verde mirada que lo volvía loco.

Ella atrapó su labio inferior con los dientes de forma traviesa y enrolló sus piernas en la cintura masculina. Elevó su cadera, atrayendo con su calor su miembro.

Fernando no pudo evitar reírse ante su urgencia.

Le acarició la cara con reverencia, apartando el cabello que se le había quedado pegado en la frente por el sudor, y dejó que sus dedos delinearan sus labios. La boca femenina se abrió con rapidez, absorbiendo el dedo con fruición, al mismo tiempo que sus caderas volvían a alentarlo.

No titubeó en aceptar esta nueva invitación.

Agarró su pene y lo condujo dentro de Pepi.

Ella gritó al sentirlo, encorvando todo su cuerpo, buscando que se adentrara aún más en su interior.

Fernando mordió su barbilla y descendió por su cuello, mientras su pene entraba y salía, arrancándoles gemidos guturales.

Estaba siendo una tortura deliciosa.

Las manos de Pepi descendieron por su espalda hasta posarse en su trasero, alentándolo a que incrementara el ritmo y él no dudó en hacerlo.

La respiración de la pareja era el único sonido que se escuchaba en la habitación, acompañado de los gemidos de ambos que iban creciendo.

—Fer... —lo llamó de nuevo cuando sintió que le quedaba poco para alcanzar la plenitud.

Este la miró, atrapó su boca con un beso voraz al mismo tiempo que la penetraba con mayor fuerza.

Un grito femenino se ahogó en su boca.

Una nueva acometida, acompañada de gemidos parejos se escucharon en la *suite* y una explosión de sensaciones inundaron a sus únicos ocupantes.

# Capítulo 19

—¿Crees que en algún momento conoceré París? —Pepi preguntó mientras acariciaba el pecho desnudo de su amante.

Fernando se rio y enredó sus manos.

Ambos estaban en la cama, desnudos. Habían pasado el día entre las sábanas, conociéndose íntimamente y no tan íntimamente. Habían hablado de todo, de sus gustos, de sus aficiones y de lo que habían vivido y sufrido.

Este le había contado lo mal que lo pasó cuando su mujer murió y como, lejos de comportarse como el generoso padre que se esperaba de él, había terminado encerrándose en sí mismo. Fueron unos años en los que no quiso que Cristina, su hija, formara parte de su vida. Viéndola más como un triste recuerdo de lo que perdió que como el posible futuro que podían construir juntos.

—Pero Cristina ya te ha perdonado... —Pepi comentó cuando vio como sus ojos se entristecían ante lo que le contaba.

Él suspiró, apoyó mejor su espalda en el cabecero de la cama y se la llevó con él, provocando que la sábana que los tapaba se deslizara hacia abajo, dejando visibles los senos de Pepi que atrajeron su atención.

—Tengo una hija que no me merezco —señaló, pasando sus dedos por el pezón sonrosado.

Un estremecimiento atravesó el cuerpo femenino ante el contacto.

—Cristina es un amor —coincidió—. Cuando Rafa murió, fue de las primeras personas que estuvieron a mi lado.

—Fueron compañeros de trabajo, ¿no?

Ella asintió, dejando que su mano se colara por debajo de la sabana en busca de su pene, animada por las caricias que estaba recibiendo en su pecho.

—Sí, trabajaban juntos. Luego tú le ayudaste a abrir su tienda de *catering* —señaló, acabando con un gemido.

Fernando sonrió al escucharla.

—Bueno, lo de Dulce y Salado no sé si llamarlo ayuda precisamente...

Ella lo miró y acercó su cuerpo aún más al de él, sin detener su mano que

ascendía y descendía por el ancho falo.

—Si no hubieran sido por tus reticencias y... —Gimió de nuevo, al sentir un pellizco en el enhiesto pezón—... Lo de Raquel... —Lo miró abriendo los ojos de par en par—. ¡A quién se le ocurre liarse con esa víbora!

Fernando gruñó, no tanto al escuchar la mención de la mujer con la que había estado prometido, sino más bien al notar como su pene aumentaba de tamaño ante las caricias. La tumbó sobre la cama y se puso encima de ella.

—Llámalo crisis de la mediana edad.

Pepi se carcajeó al escucharlo y pasó sus dedos por el cabello entrecano.

—¿Y lo nuestro? ¿También es debido a la crisis?

Él le regaló una sonrisa tentadora.

—Eso es lo que estamos descubriendo ahora... —Y la besó.

Así acabaron de nuevo haciendo el amor, y así es como la noche los sorprendió.

Solo habían salido de la cama para atender al servicio de habitaciones cuando sus cuerpos reclamaban algo más consistente que las caricias, y ahora, desde la cama de su *suite*, disfrutaban del precioso paisaje de las luces de la Torre Eiffel.

—Venga, vístete —le ordenó Fernando saliendo de la cama.

Pepi lo observó confusa.

—¿Dónde vas?

Él la miró con una sonrisa pícaro, poniéndose un calzoncillo que había encontrado dentro de las bolsas que habían terminado en el suelo por culpa de su pasión.

—Vamos. —Le guiñó un ojo—. Creo que con estas deportivas estarás más cómoda que con tus botas. —Le mostró una caja rectangular en la que había impresa la marca de los zapatos que escondían.

—Pero...

Este chistó acallándola y se subió a la cama a cuatro patas, para acercarse a ella.

—Nada de *peros*... Hemos venido a hacer locuras, ¿no? —Asintió sonriente—. Pues vamos a ello. —Le dio un beso con intención de separarse de ella con rapidez, pero las manos femeninas lo atraparon, impidiéndoselo.

Fernando la miró confuso.

Pepi lo observó mordiéndose el labio de forma pícaro, y dejó que sus dedos descendieran por el definido estómago hasta atrapar lo que buscaban.

—¿Tenemos tiempo? —preguntó sugerente.

Este gruñó y se apoderó de sus labios en un salvaje beso.

Eran casi las doce de la noche pero a la pareja que paseaba de la mano por enfrente del Louvre le daba igual.

La iluminación de los edificios que albergaban uno de los museos más importantes del mundo, dando un aura mágica al espacio, había conquistado desde el primer momento a Pepi. La pirámide, situada en el patio central del museo, por la que se accedía para visitar las colecciones artísticas que se escondían en su interior destacaba con nombre propio. Era obra del arquitecto Ieoh Ming Pei, quien decidió darle forma por medio de paneles de vidrio laminado transparente, y quien había diseñado otra pirámide a nivel subterráneo, invertida, que ayudaba, a día de hoy, a que los visitantes accedieran con mayor rapidez al museo.

—A pesar de la diferencia clara entre estilos, el vidrio y el clasicismo del resto de pabellones... —Pepi señaló los edificios que amparaban la entrada del museo—. Creo que fue un acierto.

Fernando le abrazó la cintura y apoyó la barbilla en su hombro.

—¿Y eso?

—Porque es algo único y precioso.

Él la giró para enfrentar sus miradas.

—Como tú...

La mujer se quedó sin aire al notar la intensidad de sus palabras. Posó una de las manos en su mejilla, donde comenzaba a notarse una incipiente barba, y sonrió con adoración.

—Gracias...

—¿Por qué? —Le dio un beso en la punta de la nariz.

—Por esta experiencia única.

Fernando sonrió y la tomó de la mano.

—Pues acabamos de empezar —anunció, y se pusieron en movimiento, dirigiéndose a la entrada del jardín de las Tullerías, encontrándose cerrado

—. ¡Qué fastidio! Quería que nos perdiéramos por sus calles, para hacer cosas malas. —Le guiñó un ojo, arrancándole una carcajada.

Esta le dio un beso en la mejilla.

—No pasa nada. Para eso tenemos el hotel. —Le sacó la lengua.

Fernando se carcajeó y tiró de ella hacia el río.

—Bueno, por lo menos podremos disfrutar del Sena nocturno.

Ella atrapó con más fuerza su brazo y acompasó su paso al de él, apoyando la cabeza en su hombro.

—Será una vista increíble.

Pasearon cogidos de la mano, mientras hablaban de todo un poco y se reían de alguna de las anécdotas que compartían, hasta llegar a la plaza de la Concordia donde un enorme obelisco ocupaba el centro de la misma. Un monumento proveniente de Luxor, amparado a cada lado por dos fuentes monumentales con esculturas de animales marinos y figuras humanas.

Pepi se acercó hasta una de ellas, seguida por Fernando, y tocó el agua que de ellas emanaba. Se mojó la nuca y suspiró de placer al refrescarse un poco del calor sofocante que hacía a pesar de las horas nocturnas.

—¿Mejor? —se interesó Fernando, metiendo también la mano en el agua.

Ella asintió, se apoyó en el pequeño murete que retenía el agua de la fuente y de improviso, le mojó.

—Ehh... —gritó este dando un salto hacia atrás.

La mujer se rio.

—Te he visto acalorado... —Le sacó la lengua y comenzó a alejarse de él marcha atrás.

—Y querías solucionarlo, ¿no?

Ella movió la cabeza de manera afirmativa, antes de salir corriendo alrededor de la plaza perseguido por Fernando, quien no tardó en atraparla. La agarró de la cintura y la estampó un beso en toda la boca que le robó el poco aliento que la quedaba tras la carrera.

—¿Está bien, señorita? —la interrogó en francés un policía que pasaba por su lado en ese momento, junto a otro compañero.

Fernando la soltó de golpe y miró algo avergonzado a los agentes de la ley, mientras los tres esperaban a que ella respondiera.

Al ver que Pepi tardaba en hacerlo, el padre de Cristina le tradujo la

pregunta, comprendiendo que no la había entendido.

—Pregunta si te encuentras bien.

Ella de inmediato asintió.

—Sí, sí... El calor... —mencionó moviendo la mano en el aire como si sirviera de excusa la temperatura del verano por su comportamiento.

Fernando la tradujo recibiendo un movimiento afirmativo por parte del policía que, junto a su compañero, el cual se había quedado al margen de la conversación, continuaron con su patrulla.

La pareja se miró en cuanto se quedaron solos, reteniendo sus risas ante lo que acababa de sucederles.

Pepi le golpeó el estómago y le sacó la lengua.

—Está visto que estamos llamando la atención con nuestro comportamiento.

Él tiró de su mano y la acercó a su cuerpo. Le levantó la barbilla y posó sus ojos sobre los de ella.

—¿Te arrepientes? —Negó—. Quizás sea mejor que bajemos un poco...

—¿Las revoluciones? —Fernando asintió. Pepi metió sus manos en los bolsillos traseros del vaquero que este llevaba y negó con la cabeza—. Quiero seguir haciendo locuras a tu lado...

La boca masculina se apretó sobre la de ella, atrapando su labio inferior para pasar enseguida al superior. Posó las manos en su trasero, acercándola aún más a él, haciéndola presente la necesidad que tenía de ella todavía.

Pepi se rio y se separó levemente.

—Al final nos detendrán por escándalo público.

Este también se carcajeó al escucharla, suspiró con fuerza y se pasó la mano por la cabeza, despeinándose en el camino. Dio dos pasos hacia atrás, dejando que el aire circulara con libertad entre ellos, y le ofreció su mano.

—¿Seguimos conociendo el París nocturno?

—Me encantaría —aceptó atrapando su mano.

Se encaminaron hacia la avenida de los Campos Elíseos, rodeada la zona por jardines y varios edificios públicos majestuosos como el Palacio del Descubrimiento, el Pequeño Palacio y el Gran Palacio, o como la Universidad París IV, que disfrutaron con tranquilidad, deteniéndose cada poco para apreciar los detalles.

El tráfico era mayor por allí, prueba de que se encontraban en la arteria principal de la ciudad, uniendo la plaza de la Concordia de donde salían, con el Arco del Triunfo, y el aumento de personas con las que se cruzaban crecía, logrando sorprender a Pepi por la cantidad de gente que había.

—¿La gente no duerme? —se interesó.

—Como ocurre en las grandes ciudades, se lleva otro ritmo. —Ella movió la cabeza conforme—. Además, estamos ahora mismo en una de las zonas que no pasan de moda de París, con tiendas y *boutiques* donde se puede comprar artículos exclusivos y, aunque algunas están cerradas, sigue siendo zona de obligado paseo.

Esta asintió según reparaba en los nombres de algunos de los establecimientos que iban dejando atrás, cuando de pronto bostezó atrayendo la atención de su compañero.

—¿Estás cansada?

Pepi le sonrió con pesar.

—Un poco... —dudó—, pero esto es tan precioso.

Fernando giró sobre sus pies, llevándosela consigo, encaminándose de nuevo hacia el hotel.

—Pero mañana podremos seguir con la visita.

—Lo sé, pero estaba tan a gusto.

Este notó cierto pesar en el tono de su voz. Detuvo sus pasos y la miró de frente.

—¿Qué ocurre?

Pepi suspiró.

—Tengo miedo de que todo esto sea un sueño y de que mañana nos golpee la realidad con fuerza.

Él le acarició la mejilla y la atrapó, obligándola a mirarlo a los ojos.

—Puede que suceda pero ahí estamos nosotros para devolverle el golpe.

Pepi sonrió.

—Pero bien fuerte...

Fernando se carcajeó, coló el brazo femenino por debajo de su brazo, y reanudó el camino.

—Te lo prometo.

## Capítulo 20

La luz del sol atravesó los ventanales de la *suite*, sorprendiendo a sus ocupantes en la cama.

Pepi se estiró todo lo larga que era, arrancándole una sonora carcajada a su amante.

—Pareces un gato.

Ella maulló imitando al animal, mientras se incorporaba levemente para ascender por el cuerpo masculino.

—Espero que cariñoso. —Le dio un beso que pensaba que fuera breve, porque tenía intención de ir al baño, cuando se encontró con la espalda apoyada sobre el colchón y a Fernando sobre ella.

—Me gustaría descubrirlo —le dijo, posando su boca en su cuello, descendiendo con gran lentitud.

Pepi se rio, atrayendo su mirada.

—No quiero interrumpir pero... —la lengua masculina torturó uno de sus pezones, provocando que su cuerpo se arqueara involuntariamente.

—¿Pero? —preguntó divertido.

Ella lo observó con una capa de pasión en el verde de sus ojos. No recordaba lo que le iba a decir, hasta que la necesidad la urgió.

—Necesito ir al servicio.

Él dejó caer sin fuerzas su cabeza entre los pechos y suspiró. Se apartó hacia un lado y la liberó de su peso.

Pepi no dudó en salir corriendo al cuarto de baño.

Tras cumplir con la urgencia, se miró en el espejo y comprobó que su cabello seguía su propio ritmo. Abrió el grifo del agua de la bañera y decidió que podría asearse, y así adecentaría su estado. Fernando ya la había visto recién levantada pero no podían comportarse como esas parejas que llevan mucho tiempo juntos y ya no miman los detalles.

Estaba debajo del chorro de la ducha pensando en todas esas cosas cuando la puerta del servicio se abrió, apareciendo tras ella Fernando desnudo.

—Estás tardando mucho...

Ella le sonrió con timidez.

—Necesitaba un baño.

Este se adentró en la bañera, obligándola a moverse un poco.

—La próxima vez avisa, que hay que ahorrar agua. —Le quitó la esponja con jabón que tenía entre las manos y comenzó a pasársela por su cuerpo con delicadeza mientras devoraba su boca.

El agua caía sobre sus cabezas, como si les bañara una cascada artificial, dejando que sus cuerpos fueran acariciados por mil lenguas mientras sus dueños buscaban la satisfacción del otro.

—Tengo que avisarte... —le susurró al oído cuando atrapó su lóbulo.

Ella solo gimió ante la caricia, dejando que sus manos se afianzaran sobre el pene endurecido, deseando sentirle en su interior.

—Pepi... —la llamó buscando que le prestara toda su atención.

Esta lo observó y le acarició los labios con su lengua.

—¿Sí? —preguntó traviesa.

—Si seguimos así, no llegaremos al desayuno —anunció, besándola en el lugar donde el cuello y el hombro se unían, al mismo tiempo que uno de sus dedos se adentraba por su vagina.

Pepi gimió al sentirlo. Apoyó la espalda en la fría pared, mientras enredaba sus manos por el húmedo cabello entrecano, animándolo a que siguiera succionándole uno de los pezones.

—Siempre —comenzó, teniendo que detenerse cuando los dientes la arañaron levemente, consiguiendo que miles de escalofríos la atravesaran—, podemos comer algo después.

—¿Estás segura?

Ella asintió muda, mordiéndose el labio, mientras retenía los gemidos que los dedos que entraban en su cuerpo le provocaban.

—Muy segura —confirmó.

Fernando asintió, se separó de ella ante su sorpresa, y cerró el grifo del agua.

—¿Qué...? —No pudo acabar lo que iba a decir.

Este salió de la bañera, la agarró de la cintura y la echó sobre su hombro, arrancándola un grito de asombro. Atravesó la puerta del cuarto de baño y la

tiró sobre la cama sin muchos miramientos.

Pepi lo miró perpleja.

—Esto ha sido muy troglodita —indicó entre risas.

Fernando gruñó.

—Y más que lo va a ser —la informó y se tumbó sobre ella.

Esta abrió sus piernas lo máximo que pudo, dándole una cordial bienvenida, y el pene la atravesó arrancándola un gutural gemido.

Las manos femeninas se deslizaron por su espalda haciendo dibujos inconexos, hasta que en una de las estocadas de su amante, se tuvo que agarrar a sus hombros. La fuerza la devoraba. El ansía se apoderaba de ella. La necesidad de sentirlo, de saciarse de él, era cada vez mayor y las sensaciones que se apoderaban de su cuerpo, la volvían loca.

Fernando entraba y salía de ella sin delicadeza, buscando colmar el deseo que sentía por ella y que no veía fin. Necesitaba sentirla, necesitaba saborearla, la necesitaba...

Sintió como los dientes de Pepi se le clavaban en el hombro ante una nueva estocada, y sin dudarlo se apoderó de uno de sus senos. Besó, lamió, succionó el pezón enhiesto, provocando que su dueña se arqueara, permitiéndole una mayor profundidad.

Los dos gimieron al unísono ante la embestida.

Sus miradas se encontraron y el ritmo descendió.

Pepi le apartó el cabello de la cara, y descendió los dedos por su rostro hasta sus labios. Los dibujó con reverencia, mientras sus manos temblaban ante la dulce invasión de la que era presa y, sin pensárselo mucho, atrapó su boca en un salvaje beso.

Fernando gimió ante el contacto, al mismo tiempo que arremetía con una nueva estocada que consiguió saciarlos a los dos por el momento.

La pareja suspiró.

Sus miradas se encontraron.

Él le acarició la mejilla y ella le sonrió.

—¿Crees que alguna vez...?

—¿Nos cansaremos? —Pepi movió la cabeza de manera afirmativa—. Puede ser...

—Puede ser... —repitió ella.

—Pero...

—¿Pero?

—Disfrutemos del momento —comentó guiñando un ojo, llevando una de sus manos a ese lugar donde sus cuerpos se unían, acariciándola hasta hacerla reaccionar de nuevo.

—Estás loco —lo acusó, sintiendo como comenzaba a reaccionar de nuevo ante su contacto.

—Loco por ti —señaló y la besó.

# Capítulo 21

Estaban delante de la fachada occidental de la Catedral de Notre Dame. Llevaban allí sentados, observándola, sin apenas hablar, por lo menos desde hacía quince minutos en los que Pepi le había rogado que la acompañara. Aunque la habían visitado por dentro, y había disfrutado mucho del interior, todavía le parecía increíble estar allí.

—¿Sabes la de historia que ha visto pasar ante ella? —le preguntó sin apartar la mirada de sus elementos arquitectónicos, los cuales constituían un patrón jerárquico y geométrico perfecto—. La Galería de las quimeras, el rosetón, la Galería de los reyes y sus puertas de acceso... —enumeró—. Una catedral de estilo gótico donde se coronó entre otros a Enrique VI o a Napoleón Bonaparte y a su mujer Josefina de Beauharnais; se beatificó a Juana de Arco... E incluso la podemos encontrar en numerosas películas y libros.

—*Los Miserables* y *El jorobado de Notre Dame* —indicó atrayendo su atención.

—Exacto —señaló apretando la mano que los unía.

—No sabía que te gustaba tanto...

Ella sonrió y se rascó un poco la cabeza.

—Me gusta aprender, investigar... y esta catedral siempre ha sido un enigma para mí.

Fernando le dio un beso en la mano.

—Me encanta descubrir cosas nuevas de ti.

Apoyó la cabeza en su hombro algo avergonzada por su sencilla confesión.

—No es nada. Una de muchas de las cosas que me apasionan...

—Como los clásicos —indicó él, interrumpiéndola.

Pepi lo miró divertida.

—¿Sabes que te salvaste de ese juego porque pusiste tus reglas? —le preguntó recordando la primera cena que compartieron en su casa.

Fernando acertó las distancias que lo separaban de su rostro y susurró:

—¿Y tú sabes que todavía no me he cobrado mi premio?

No pudo evitar reírse al escucharlo, atrayendo unas pocas miradas de los turistas que se encontraban también allí, disfrutando de la vista.

—¿Qué quieres?

Él se levantó, le ofreció su mano, que ella no dudó en atrapar, y la ayudó a levantarse.

—Todavía no lo tengo muy claro...

Pepi se rio de nuevo.

—¿Necesitas más tiempo para pensarlo?

Fernando le dio un beso y se puso en movimiento, animándola a que lo acompañara.

—Un poco más, si no le importa a la señora —dijo divertido.

Ella hizo como si lo pensara y asintió.

—Pero no mucho más que somos ya mayores...

El hombre se carcajeó.

—No te preocupes, que no tardaré. —Le palmeó la mano y levantó el otro brazo en cuanto se aproximaron a la calzada, deteniendo un taxi—. Y ahora a la Torre Eiffel.

A pesar del tráfico que había por las calles de París, no tardaron en llegar a su destino.

El taxista les dejó en uno de los extremos del Campo de Marte, un enorme jardín público donde miles de turistas y parisinos paseaban por sus caminos, y descendieron sin apartar la mirada de la torre de hierro.

—¡Es increíble! —Pepi indicó llevándose su mano a la frente para simular una visera y así ayudarse para ver bien el monumento que destacaba al otro lado del jardín.

Fernando se rio al escucharla.

—¿Sabes que has repetido esa palabra muchas veces desde que llegamos?

Ella lo miró y le sacó la lengua.

—Es mi nueva palabra favorita.

Se carcajeó y le dio un beso.

—Y la mía —confirmó, tirando de ella para dirigirse hacia el gran

monumento.

Tuvieron que esperar la cola para comprar las entradas y luego otra para subir en el ascensor, pero a ninguno le importó porque, en cuanto llegaron a su cima, descubrieron que la espera les había valido la pena.

—¿Sabes que quien la construyó también diseñó el armazón de la Estatua de la Libertad?

—¿La de Nueva York? —preguntó sin apartarse de las rejas que protegían a sus visitantes de sufrir un accidente.

Fernando la abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro.

—La misma —confirmó—. Gustave Eiffel era un tío muy listo. A pesar de las primeras reticencias de los parisinos, que no estaban muy entusiasmados con el monumento, con el tiempo se ha convertido en un símbolo para el país del que están orgullosos.

—Eso prueba que las primeras impresiones a veces no son las mejores pero luego pueden cambiar.

Él la giró sobre sus pies para mirarla de frente.

—¿Qué quieres decir con eso? —se interesó—. Que yo sepa nuestra primera impresión fue de lo más... —dudó buscando la palabra exacta para poder describirla— encantadora.

Pepi no pudo evitar reírse.

—Yo no habría usado exactamente ese calificativo...

Le dio un beso, con cuidado de no ahondar en la caricia ya que no se fiaba de que pudiera controlar sus instintos.

—¿Cuál utilizarías tú?

—Pasional, ardiente, peligrosa...

—¿Peligrosa? —interrogó curioso elevando una de sus negras cejas.

La mujer coló sus manos por los bolsillos traseros de su vaquero y sonrió.

—Mira hasta dónde me has traído. A París. —Levantó los brazos al aire para dejarlos caer a continuación—. Has conseguido que me olvide de mi vida por unos días, mostrándome todo lo que me estaba perdiendo...

Él le acarició la mejilla.

—¿Y eso es peligroso?

Los ojos verdes se centraron en los marrones.

—Sí, porque querré más y, tal como va mi vida, no puedo permitírmelo...  
Él arrugó el ceño.

—Muchas veces no hacen falta grandes cosas para disfrutar de la vida. En realidad, son las pequeñas cosas de esta la que nos llenan más...

Esta se carcajeó al escucharlo, y se separó de él para dirigirse al ascensor que en ese momento se estaba llenando de gente que quería bajar otra vez a la tierra.

—Y eso lo dices tú...

Fernando tiró de su mano, reteniéndola.

—¿Qué quieres decir con eso?

Pepi se le acercó y siseó:

—No tienes ningún problema económico. Tu empresa va bien, te genera beneficios, tales que puedes permitirte ir a París sin preocuparte de tus negocios. —Se soltó de su agarre y se escabulló dentro del ascensor justo cuando las puertas se cerraban, dejándolo solo en la cima de la Torre Eiffel.

Fernando observó las puertas del elevador cerrarse delante de él sin hacer ningún movimiento. Se llevó las manos hasta el cabello y cerró los ojos con fuerza, reteniendo el grito de impotencia que deseaba emitir y por estar en un sitio público, acalló.

## Capítulo 22

—Perdona... —se disculpó con él en cuanto apareció entre los turistas que salían del ascensor.

Fernando, que había tardado en bajar, intentando comprender lo que había sucedido entre los dos, sin encontrar nada que le pudiera ofrecer algo de luz sobre la razón del comportamiento de Pepi, observó su rostro arrepentido. En los verdes ojos se notaba el rastro de lágrimas derramadas y los dientes atrapaban su labio inferior en un tic nervioso.

Se acercó a ella y la recogió entre sus brazos, depositando un dulce beso en su cabeza.

—En el paraíso siempre hay una primera discusión...

Pepi se rio levemente, sorbiendo por la nariz.

—Siempre tiene que haber una primera vez en todo.

Él agarró su barbilla para mirarla con intensidad y la besó.

—Recuerda que todo tiene solución...

—Y siempre nos quedará hacer locuras como esta —atajó ella, arrancándole una carcajada.

Fernando la agarró de la mano y preguntó:

—¿Quieres que te lleve a mi lugar favorito?

—Por supuesto —indicó cambiando el tono de voz a uno más animado.

Él detuvo un nuevo taxi y le indicó la dirección donde quería que los llevara, pero le pidió que pasara cerca del Arco del Triunfo para que pudieran disfrutar de su monumentalidad, aunque fuera desde el coche.

Excepto por ese desvío, no tardaron en vislumbrar entre los edificios de la ciudad la Basílica del Sagrado Corazón. El flujo de gente aumentaba por las calles según se acercaban al barrio de Montmartre, impidiendo el movimiento del vehículo, por lo que, como les quedaba poco para llegar hasta ella, decidieron seguir el camino a pie.

—¿Qué prefieres? —le preguntó Fernando en cuanto se encontraron cara a cara con la escalinata que los llevaría hasta la cima donde se encontraba la basílica.

Pepi lo miró sin comprender.

—¿El qué?

Este sonrió y le señaló el funicular, que acababa de ponerse en movimiento, y las escaleras.

—Tú decides.

Ella sonrió y tiró de él en dirección a la escalinata.

—No nos vendrá mal el ejercicio.

Este suspiró resignado pero fue tras ella.

—Creo que estaría bien que supieras que son ciento noventa y siete escalones.

Pepi lo miró de medio lado y le guiñó un ojo.

—Vamos gallina.

Se carcajeó y acompasó el paso al de ella.

—Ya, gallina. Luego hablaremos si te falta el aire...

Pepi le dio un beso en la mejilla y salió corriendo escaleras arriba, dejándolo atrás.

Este observó su espalda entre divertido y asombrado.

En cuanto llegó a su destino, buscó a Pepi entre las personas que allí se congregaban hasta que la encontró sentada en uno de los jardines, con las manos apoyadas en la hierba, disfrutando del sol que le daba en la cara.

Se dejó caer a su lado, intentando camuflar lo que le había costado el esfuerzo físico, pero no la engañó.

—¿Agua? —le ofreció una botella que había comprado en cuanto llegó arriba.

Este la tomó sin dudarle y bebió de ella como si acabara de cruzar el desierto del Gobi.

—¿Qué has hecho mientras me esperabas? —le preguntó una vez que creyó recuperar las fuerzas.

—Disfrutar de esta maravilla. —Movió la cabeza hacia la basílica de piedra blanca, inspirada en la arquitectura romana y bizantina—. No me extraña que te guste este lugar —mencionó, recordando el motivo que les había llevado hasta allí.

—Tiene cierto aire espiritual...

Pepi lo miró sorprendida.

—No sabía que fueras creyente.

—Y no lo soy en lo que puedes entender exactamente a lo que esa palabra se refiere, pero siempre he pensado que hay algo ahí fuera. —Movi6 la mano hacia el cielo—. M1s sabio que nosotros.

Esta asintió conforme y a11adi6:

—Tampoco es tan diflcil que haya alguien m1s listo que los humanos.

Fernando se rio y se dej6 caer sobre la hierba. Estaba agotado.

—Tengo hambre —anunci6.

—He visto una especie de quiosco donde venden bocadillos, ¿te apetece?

Él gir6 la cara hacia ella con un ojo cerrado y otro abierto, ya que le molestaba el sol, y asintió.

—Estaría muy bien.

Pepi le dio un beso y se levant6 con rapidez.

—Espérame aquÍ que ahora vuelvo... —Fue a moverse pero una mano masculina le agarraba el tobillo.

—Dime una cosa...

Ella lo observ6 curiosa.

—¿El qu6?

—¿C6mo puedes tener tanta energÍa despu6s de la carrera que te has dado por las escaleras?

Pepi se agach6, haciéndole sombra, y le sonri6.

—Todo el ejercicio fÍsico de estos dÍas me ha ayudado a recuperar energÍas.

Fernando atrap6 su boca y le dio un beso.

—Pues a ver si me las devuelves porque a mÍ no me ha ayudado mucho.

Ella se rio y se acerc6 a su oÍdo para susurrarle:

—Tienes las energÍas necesarias para los momentos oportunos.

Este gru16, intent6 atraparla para robarle otro beso pero se alej6 de él de un salto, sin parar de reÍr. La observ6 en la distancia, dejando caer de nuevo su cuerpo sobre la hierba, y pens6 que ojal1 siempre estuvieran en ParÍs.

Despu6s de lo que habÍa sucedido en lo alto de la Torre Eiffel temÍa el momento del regreso a Madrid, la reacci6n de Pepi y lo que sucederÍa entre ellos dos. Se pas6 un brazo por encima de sus ojos e intent6 no pensar en ello, pero en su cabeza se sucedÍan multitud de situaciones que le desagradaban,

rompiendo el frágil equilibrio que estaban compartiendo.

—¿Te gusta la mostaza? —le preguntó Pepi en cuanto regresó, alejándolo de sus preocupaciones.

—¡Ven aquí! —la exigió, incorporándose levemente, sin responderle.

Esta lo miró confusa nada más sentarse a su lado.

—¿Pasa algo?

Negó y atrapó su nuca, acercándola a él. Posó la boca sobre la de ella y le dio un beso con el que intentaba borrar todos esos pensamientos que le habían atormentado por unos segundos.

—¿Estás bien? —se interesó en cuanto se separaron.

Este asintió y le dio un nuevo beso, pero en esta ocasión más suave.

—Muerto de hambre —respondió una vez terminó de deleitarse con su sabor.

Pepi lo miró confusa pero no quiso profundizar en el tema. Algo le decía que lo mejor era dejarlo estar.

—Te he cogido de rosbif y espinacas —le explicó dándole el bocadillo—. Lo único que tiene mostaza y no sé...

Él mordió del pan sin esperar a que terminara de hablar y la miró.

—Está bueno. ¿Y el tuyo?

—El mismo —respondió—. Había pocas opciones.

Fernando volvió a morder de su bocadillo y comentó:

—Te prometo que esta noche iremos a un sitio «increíble» —anunció, moviendo sus cejas arriba y abajo, dando énfasis en la última palabra. La misma que estaba presente en el vocabulario de Pepi desde que habían llegado.

Esta le golpeó en el hombro y se rio.

—No seas tonto.

Se llevó la mano al corazón.

—¿Yo? ¿Tonto?

—Sí y come —dijo acabando la conversación.

Fernando se llevó un nuevo bocado a la boca y soltó:

—A sus órdenes mi general.

Pepi negó con la cabeza y lo ignoró, pero pasados unos minutos comentó:

—No hace falta que me lleves a ningún sitio especial. Esto ya es

increíble por sí solo. —Miró la basílica y después a él—. No hace falta que te gastes dinero para hacerme feliz. Ahora mismo soy la persona más feliz de la faz de la Tierra tirada en la hierba y comiendo un simple bocadillo.

Fernando asintió contento al escucharle decir eso, pero insistió:

—Déjame sorprenderte —la tentó como llevaba haciéndolo desde que se habían embarcado en esa locura.

—Está bien —accedió, aunque no estaba muy convencida.

## Capítulo 23

Después de la comida decidieron regresar al hotel. Ambos estaban cansados y preferían dormir un poco, para que pudieran disfrutar de la cena. Fue una siesta corta ya que ninguno de los dos conseguía alejar esos demonios que habían aparecido de pronto en sus cabezas y que los atormentaban.

Hicieron el amor como si fuera su última vez, con caricias y besos que hablaban de distancia y miedo a perderse. Con miradas que decían más que las palabras y sentimientos que se quedaban prendidos en la superficie pero que no conseguían confesar.

El silencio...

En esa tarde en la que hablaron sus cuerpos, el silencio fue el tercero en esa relación.

Pepi, con la excusa de que debía arreglarse de cara a la cena, se escondió en el cuarto de baño más horas de las necesarias.

Fernando terminó saliendo de la *suite*, informándola de que debía concretar un tema de trabajo.

Mentiras...

La pareja sabía que se engañaban, a ellos mismos y al otro.

El miedo era el que hablaba y tenía más fuerza que lo que los dos callaban.

Como la reserva para cenar no era muy tarde, optaron por ir paseando hasta el restaurante exclusivo donde Fernando quería llevarla.

Ella se vistió con un fino vestido que la llegaba hasta los pies, de un azul oscuro donde miles de brillantitos repartidos por la tela, contrastaban con el color original de la tela que caía con libertad desde su pecho. Un corpiño se le ajustaba a esa zona, sujeto solamente con dos finos tirantes que por su delicadeza, casi temía que acabaran rompiéndose.

Él con traje de chaqueta de color beis y camisa blanca sin corbata, y con los dos primeros botones del cuello abiertos, la admiró con reverencia en cuanto la vio.

—Estás preciosa —le dijo y se acercó con lentitud como si temiera que

saliera huyendo. Le posó una mano en la mejilla, sintiendo su suave piel, y repitió mirando fijamente a los ojos—: Preciosa.

Pepi sonrió con timidez.

—Tú tampoco estás mal.

Este se carcajeó y la tomó del brazo, animándola a que lo agarrara.

—Con que no estoy mal, ¿no?

Ella se rio mientras salían de la habitación del hotel.

—De acuerdo —rectificó—. Estás muy bien.

La carcajada masculina los envolvió en el ascensor.

—Así me gusta más. —Se cerraron las puertas y la acorraló contra una de las paredes—. No sé si me matarás pero...

—¿Por? —Es lo único que llegó a decir. Fernando se abalanzó sobre su boca, atrapando su labio inferior para pasar al superior a continuación, encontrándose con su lengua.

Pepi gimió en cuanto se separó de ella y las puertas del elevador se abrieron en la primera planta.

—Ahora ya puedes matarme —Fernando señaló, guiñándola un ojo.

Pepi no pudo más que parpadear descolocada ante ese beso robado, se miró brevemente en el espejo del ascensor, comprobando que el carmín no se había corrido, prueba de que usaba uno de los que sí se podían llamar permanentes, y tomó la mano del hombre.

—Mejor esperar a que pase la noche, no vaya a ser que la fastidies más —comentó con ironía, recibiendo esa sonrisa de suficiencia que conocía tan bien.

Decidieron acercarse hasta el jardín de las Tullerías, aprovechando que todavía estaría abierto, y así podrían visitarlo, ya que se quedaron con ganas en su primer paseo turístico por la ciudad. Pasearon por su avenida central repleta de árboles y esculturas, observando no muy lejos los típicos y característicos tejados grises que recuerdan tanto a París.

Apenas hablaron, excepto cuando alguno llamaba la atención al otro para que viera algo que le había gustado, disfrutando de la naturaleza en mitad de una gran ciudad.

Llegaron a la plaza de la Concordia y se dirigieron al restaurante donde cenarían.

El sitio estaba hasta arriba, prueba de que era uno de los restaurantes parisinos de moda, pero en cuanto Fernando dio su nombre al *maitre*, los condujeron hasta la mesa que tenían reservada. Les dejó la carta y se marchó, dándoles tiempo para que decidieran lo que iban a pedir.

En cuanto Pepi la abrió, no le hizo falta saber francés para comprender que esas cifras que acompañaban a los platos eran exorbitadas.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó entre susurros, acercándose un poco a él por encima de la mesa.

Este la miró sin comprender.

—¿Qué sucede?

—Esto es carísimo. —Le mostró la carta, señalando con el dedo el precio que habían asignado a un plato que suponía que eran caracoles, por la de veces que había escuchado esa palabra en las películas—. ¿Esto por unos bichos?

Fernando no pudo evitar sonreír, le quitó la carta de la mano y le indicó:

—Te invito yo, pido yo... —Dejó de mirarla para centrarse en el menú que podían elegir.

Pepi fue a hablar pero una camarera apareció de pronto, interrumpiendo la conversación. Les dejó una botella de agua sobre la mesa y desapareció tan rápido como había aparecido, seguida por el jefe de sala interesado por si ya sabían qué iban a cenar.

Su acompañante asintió y le recitó en francés los diferentes platos que tomarían, señalando de vez en cuando a Pepi para devolver la atención al hombre que iba vestido con mucho estilo.

En cuanto este se marchó, Fernando la miró.

—Espero que te guste el sitio...

Ella asintió pero el mohín de su boca la contradecía.

—Mucho...

Atrapó su mano, buscando captar su atención.

—No te enfurruñes —le rogó—. Estamos aquí para pasarlo bien...

Pepi suspiró.

—Lo sé, lo sé... —Le acarició la mano—. Pero...

—¿Pero?

—La ropa de ese tío... —Movi6 la cabeza hacia el lugar donde estaba en

ese momento el *maître*—. Cuesta más que lo que puedo ganar en la droguería en un mes.

Fernando observó al hombre y devolvió la mirada a su compañera.

—No pienses en eso. Es un regalo...

—Un regalo muy caro que no sé si quiero —atajó a media voz.

Él le apretó la mano que tenía agarrada.

—¿Tienes hambre? —Asintió—. Pues solo piensa en eso...

—Pero bueno, ¿qué tenemos aquí? —La voz chillona de alguien que conocían los dos muy bien se coló en mitad de su conversación—. Fernando, no sabía que estabas en París.

El hombre se levantó de la silla y saludó a la recién llegada:

—Raquel, querida. Cuánto tiempo sin verte... —Le dio dos besos en ambas mejillas—. Fue una decisión de última hora —respondió a su pregunta—. ¿Y tú? ¿Cómo está tu padre?

Pepi tensó la mandíbula en cuanto reconoció a la rubia despampanante que hablaba con Fernando. Iba vestida con un vestido rojo ajustado, que la delineaba cada una de sus curvas, no dejando nada a la imaginación. La melena dorada le caía por la espalda y el carmín de sus labios, pedía a gritos ser besada.

—Bien, un viaje exprés para relajarme con unas amigas. —Saludó con la mano un grupo de tres chicas que había al fondo del local y que parecían un calco de ella misma—. Y papá bien... —Posó una mano sobre el pecho de él, dejando que sus dedos jugaran con los botones de la camisa—. Un poco triste porque no funcionara lo nuestro.

Fernando atrapó su mano y la palmeó.

—Cosas de la vida...

—Sí aunque siempre podríamos volver —sugirió de forma tentadora.

Pepi apretó la servilleta que tenía en la mano al escucharla. El comportamiento de esa mujer no tenía límites. Ni siquiera se había detenido a pensar que quizás el hombre con el que estaba ligando podía mantener una relación con su acompañante, es decir: con ella.

—Raquel, no sé si conoces a Pepi —Fernando comentó como si tal cosa, atrayendo la atención hacia ella, en un intento de que cambiara de tema.

La recién llegada se llevó la mano hacia el cabello, moviéndolo de lado,

y observó algo sorprendida a la mujer que acababa de mencionar.

—Pepi... No sé, no sé... —Se golpeó con el dedo índice el labio—. Es un nombre tan insulso...

La dueña de Suave Algodón gruñó y se levantó de la silla.

—Quizás me recuerdes por ser amiga de Daniela y Cristina —señaló mordaz y se cruzó de brazos.

Raquel chascó sus dedos y la miró con una sonrisa prepotente.

—Ya recuerdo. ¿Tú no eres la dueña de una droguería? —Arrugó la boca como si por decir esa última palabra, pudiera contaminarse de algo.

—Sí, bonita. Mi propia empresa que he levantado yo con mis propias manos, no como otras...

La insoportable mujer se carcajeó.

—Yo no necesito mancharme las manos...

—No, tú con joder a la gente que te rodea tienes suficiente.

Raquel emitió un grito de impotencia y miró a Fernando.

—¿Vas a permitir que me insulte?

El hombre, que había observado la escena expectante, sin saber muy bien a donde podía llevar todo eso, miró a la mujer que había llegado al restaurante con él.

—Pepi... —Solo dijo su nombre pero fue suficiente para que esta se enfadara aún más.

—¡Esto es el colmo! —Tiró la servilleta sobre la mesa—. Me voy al baño —les informó y se marchó dejándolos solos.

Entró en el servicio de señoras como si fuera un tornado. Incluso las mujeres que había allí, retocándose delante del espejo, la miraron entre asustadas y preocupadas, lo que provocó que se escondiera dentro de uno de los cubículos del servicio buscando mayor intimidad.

Bajó la tapa del inodoro y se sentó, ocultando la cara entre sus manos mientras sentía como los ojos se le anegaban de lágrimas y su cuerpo comenzaba a temblar.

«¿Qué te está pasando?», se preguntó a sí misma, sorprendida por su comportamiento. No tanto por las verdades que le había soltado a la víbora, sino por su llanto.

Buscó en el pequeño bolso por si llevaba algún clínex y, al comprobar

que no era así, terminó tirando del papel higiénico para limpiarse.

—Huele a rosas —señaló extrañada—. ¿A quién se le ocurre? Un papel para el culo con aroma a rosas —comentó cada vez en voz más alta, hasta que comenzó a reír incapaz de creer lo que la estaba sucediendo.

Unos golpes en la puerta la interrumpieron.

—¿Está bien? —se interesó una mujer al otro lado en perfecto castellano.

Esta se calló de pronto, al darse cuenta del espectáculo que estaba provocando. Se limpió con el papel de olor a flores la nariz y abrió el cerrojo, para salir seguidamente.

—Sí, gracias —confirmó a una ancianita muy dulce que la miraba preocupada.

La mujer, que llevaba el pelo blanco en un recogido perfecto y vestía una chaqueta de lentejuelas, por encima de un vestido negro clásico, asintió conforme.

—No hay nada que merezca nuestro sufrimiento, querida. —Se acercó hasta el lavabo y se miró en el espejo—. Todo en esta vida tiene solución...

Pepi asintió sin apartar la mirada de ella a través de la lisa superficie, recordando esas mismas palabras en boca del hombre que había ido con ella hasta esa ciudad.

—Pero a veces es muy difícil —comentó a media voz.

La anciana atrapó su mano y la miró cara a cara.

—Si la vida no fuera difícil, no valoraríamos lo alcanzado. —Le acarició la mejilla—. Ponte guapa y sal ahí fuera.

Ella asintió e hizo lo que le decía en cuanto se quedó sola.

Se observó en el espejo e intentó arreglar el estropicio que le había provocado el maquillaje con el llanto, pero, al no tener nada con lo que repararlo, decidió limpiarse la cara para mostrarse como era ella misma.

Tomó aire con profundidad y abrió la puerta que le separaba del rincón donde se había cobijado de la realidad. Avanzó por el salón donde la gente disfrutaba de la cena y, cuando estaba a punto de llegar a su mesa, lo que encontró la descolocó del todo.

Fernando estaba besando a Raquel.

Miró a su alrededor sin saber muy bien lo que buscaba hasta que tomó una decisión, y sin que se percataran de su presencia, huyó del restaurante.

## Capítulo 24

—Raquel, no —Fernando la apartó de él y la miró con cara de pocos amigos.

—Pero cariño... —maulló intentando acercársele.

Este negó con rotundidad de nuevo.

—Será mejor que te vayas con tus amigas —le sugirió.

—Pero...

—¡Ahora! —Elevó la voz atrayendo unas pocas miradas.

Raquel arrugó la boca, se cambió el cabello de lado y lo amenazó:

—Cuando te aburras de tu nuevo juguetito, vendrás y puede que no sea tan receptiva.

Fernando sonrió con suficiencia.

—Tú eras un juguetito, Pepi es la adecuada.

Raquel gruñó por sus palabras, y se marchó dejándolo solo.

El hombre se sentó agotado en la silla y se pasó la mano por el cabello en un tic nervioso. Solo esperaba que su invitada no tardara en aparecer porque necesitaba con urgencia verla, su compañía... Besarla...

—Señor... —le llamó un camarero, atrayendo su atención—. ¿Me permite?

Fernando lo miró algo confuso hasta que se percató de los platos que llevaba en ambas manos.

—Sí, perdón... —Se incorporó levemente, apoyando la espalda en el respaldo de la silla, y observó los *escargots* que había pedido para los dos, y que tanto le habían escandalizado por su precio a Pepi.

Estaba deseando verla para observar su cara. Seguro que no se lo iba a perdonar, que hubiera gastado tanto dinero en unos caracoles, pero cuando los probara y comprobara lo bien que sabían...

—Dios... Solo de ver su cara de placer, pienso en estar dentro de ella —susurró para sí mismo. Miró hacia el lugar por donde había desaparecido, alejándose de la bilis de Raquel, y comprobó la hora en su reloj de pulsera—. Qué raro...

Se levantó de la silla y fue en su búsqueda. Llamó a la puerta de los aseos de señoras en cuanto estuvo delante de ella, pero no obtuvo respuesta.

Estaba indeciso. No sabía si entrar o no, por si molestaba la intimidad de algunas de las clientas que pudieran estar en su interior.

Apoyó la mano en el picaporte con intención de entrar, justo cuando una chica joven aparecía por el pasillo y le miró confusa.

Fernando apartó la mano como si le acabara de dar un calambre y le solicitó ayuda:

—Perdone, ¿podría decirme si hay dentro una mujer rubia con el pelo corto? Es mi pareja y estoy preocupado —explicó—. Lleva mucho tiempo dentro...

La joven asintió con rapidez y tras entrar en los aseos, salió de inmediato informándole de que no había nadie.

—El servicio está vacío.

—¿Seguro?

—Seguro. Lo siento —insistió y volvió a desaparecer por el interior.

Fernando se llevó las manos a la cabeza, incapaz de entender lo que había sucedido. Las dejó caer con fuerza a lo largo de su cuerpo y se adentró en el salón para pagar la cuenta de la intacta comida, para así poder salir a la calle en busca de Pepi.

## Capítulo 25

—¿Vas a seguir así? —le preguntó Feli mientras montaba cajas en la droguería.

—No sé qué te refieres —dijo Pepi sin mirarlo.

Este gruñó y agarró un par de botellas de lejía para meterlas en una de las cajas que esperaban ser llenadas.

—Tú misma, pero que sepas que no puedes comportarte como si no hubiera sucedido nada.

La mujer se sentó en el suelo y lo miró.

—Es que no sucedió nada...

—¡Ja! —la interrumpió—. Me estás diciendo que te fuiste a París con...

Ella levantó la mano para acallarlo.

—Prefiero que no digas su nombre.

Este bufó.

—Te fuiste a París con el «innombrable». —Agrandó los ojos esperando su beneplácito a llamarlo así, recibiendo de inmediato un movimiento de su mano para que continuara—. Volviste sin previo aviso y, después de casi un mes, todavía no me has contado nada... A mí, a tu mejor amigo... —Hizo como si se limpiara una lágrima imaginaria.

Pepi negó con la cabeza.

—Deberías haber sido actor...

Feli se encogió de hombros.

—No creas que no lo intenté, pero no supieron apreciar mi talento.

Se carcajeó.

—Ya lo veo...

El hombre de cabello azul se tiró al suelo junto a ella, y atrapó sus manos.

—¿Sabes que es la primera vez que te escucho reír desde que regresaste?

Esta arrugó el ceño.

—No, seguro que te equivocas.

Pasó una de sus manos por el cabello dorado, que llevaba un poco más

largo de lo habitual en ella.

—Es cierto —la contradijo—. Estás distinta, alicaída, más pensativa...  
¿A que hace mucho que no vas a la peluquería?

Lo miró confusa.

—¿Qué tiene que ver que no haya ido a la pelu en todo esto?

Feli se encogió de hombros y le guiñó un ojo.

—Llevaba mucho sin verte con el pelo así. —Tiró de uno de sus mechones—. Creo que desde que Rafa nos dejó...

Los ojos verdes se llenaron de lágrimas de repente y el hombre, asustado, no pudo más que abrazarla mientras intentaba tranquilizarla.

—Cariño, no sé lo que ha sucedido pero estamos aquí para lo que necesites —comentó, metiendo en el grupo tanto a Daniela, Cristina como a él. Los tres querían mucho a Pepi y no la iban a dejar sola pasara lo que pasase.

—Lo sé —señaló entre lloros.

Este atrapó su barbilla, buscando su mirada.

—Dime qué sucede...

Pepi observó a su amigo dudando si decirle o no lo que la preocupaba.

—No, de verdad que...

Chascó con su lengua el paladar acallándola.

—No me mientas.

Cerró los ojos, respiró profundamente y soltó de golpe:

—Estoy embarazada.

El silencio se asentó en la tienda como si fuera una losa de hormigón fría y muy pesada.

Feli se quitó las gafas y se pasó la mano por los ojos, mientras intentaba asimilar lo que le acababa de confesar.

Ella lo observaba, callada, limpiándose la cara del agua derramada y que parecía que, tras su anuncio, su llanto se había cortado de repente.

Pasados unos minutos, que se le hicieron eternos, su amigo se colocó las gafas y la miró.

—¿Es de? —Era innecesario mencionar el nombre para saber de quién se trataba.

La mujer asintió de inmediato.

Feli le acarició la mejilla y la sonrió con cariño.

—¿Lo sabe?

Negó con rapidez.

—Y no quiero que lo sepa...

Este arrugó el ceño.

—Pero tiene que saberlo... —dudó por unos segundos—. Pepi, debe saberlo. Está en su derecho.

Suspiró y se levantó del suelo.

—Lo sé pero primero debía saber... —Se alejó de él, obligándole a moverse para seguir todos sus movimientos.

—¿Saber qué? —interrogó expectante.

Pepi hizo un mohín con la boca.

—¿Qué iba a hacer yo con esto? —Se señaló la barriga y le dio la espalda, dando una patada a una de las cajas que había repartidas por toda la tienda.

Feli se levantó con rapidez y fue tras ella.

—Vale. Lo entiendo. —Atrapó sus manos, obligándola a que lo mirara—. Esto es un *shock*... —Calló un momento buscando las palabras exactas—. Necesitas tiempo para asimilar todos los cambios. —Posó sus manos en la barriga de su amiga—. Para ver si te ves capacitada para ello...

Pepi puso sus manos encima de las de él y sonrió con tristeza.

—Mírame, ¿cómo puedo traer alguien al mundo si ni siquiera sé cuidar de mí misma?

Este se incorporó con velocidad y enfrentó sus miradas.

—No, eso no te lo permito —espetó—. Que haya salido mal la tienda —observó las estanterías casi vacías—, que tengas que cerrarla para que no te hundas bajo las deudas, no quiere decir que no puedas ocuparte de ti o... —Posó de nuevo una de sus manos en el estómago femenino—... De otra personita.

Pepi sintió como una solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla.

—¿Y qué puedo hacer ahora? Mis planes se han desbaratado, todo se ha complicado.

Feli pasó uno de los brazos por sus hombros y observó el local que la dueña de Suave Algodón debía abandonar en apenas un par de días.

—Lo mismo —señaló.

Ella lo miró asombrada.

—¿Lo mismo? —Asintió—. ¿Con un bebé?

Este se separó de Pepi y reanudó el trabajo.

—De momento, guardar todo esto. —La miró de medio lado—. ¿No me has traído para eso?

La mujer asintió suspirando, apartándose el cabello que le caía sobre los ojos.

—Te he traído para que me hicieras compañía...

—Y ya de paso para explotarme —la cortó guiñándole un ojo.

Pepi negó con la cabeza, reteniendo una carcajada, y volvió a tirarse al suelo para guardar en cajas algo del material que no había podido devolver ni vender.

—¿Y luego qué? —preguntó a media voz—. ¿Qué voy a hacer, Feli?

Este se agachó a su lado y atrapó su barbilla para mirar esos ojos verdes tan tristes.

—Hasta que nazca esta pequeñina...

—¿Todavía no sé cuál es el sexo? —lo reprendió divertida porque diera por sentado que fuera a ser niña.

El hombre puso los ojos en blanco detrás de las gafas y le regaló una gran sonrisa.

—Tú deja que el tito Feli sabe mucho de esto...

Esta vez sí se rio a mandíbula abierta.

—¿Tito Feli?

Este le dio un beso en la mejilla y asintió.

—Pues claro, ¿tú crees que te iba a dejar sola en esto? Además, a Jose le encantan los niños y también será un tío estupendo.

Ella le devolvió el beso junto a un abrazo.

—Gracias, gracias...

Feli siseó y atrapó su cara para mirarla fijamente.

—Es lo menos que te mereces por estar siempre ahí, ofreciéndonos tu amistad desinteresadamente, por preocuparte por nosotros, por querernos...

Esta se encogió de hombros.

—Lo hago porque sois mi familia —indicó.

—Y por eso, porque somos tu familia, estaremos siempre a tu lado —

coincidió—. La familia no necesita ser de sangre para que los unan unos lazos bien fuertes —detalló—. Ya verás cuando lo sepan Cristina y Daniela, se van a volver locas; por no hablar de Nasya que va a tener una nueva amiguita para jugar.

Pepi negó con la cabeza.

—Espero que no hagan muchas preguntas...

Él arqueó una de sus cejas.

—¿Y por qué no pueden hacer preguntas?

Los ojos verdes se abrieron de par en par como si fuera algo de lo más evidente.

—Feli, estoy embarazada de Fernando, el padre de Cristina.

—Ahh... Eso —señaló, como si no fuera importante y se levantó del suelo para volver con lo que estaba.

Pepi arrugó el ceño y observó su espalda algo confusa.

—¿Eso? ¡Eso! —gritó y se incorporó yendo tras él—. Te acuerdas de que Cristina no podía saber lo mío con su padre, ¿verdad?

Feli asintió pero sin mirarla.

La mujer atrapó su brazo impidiéndole continuar con lo que hacía y le preguntó a bocajarro:

—¿Qué has hecho, Feli?

Sonrió como si no hubiera roto ningún plato.

—Nada importante, una tontería...

—Feli...

Se pasó la mano por el cabello y suspiró.

—Cristina y Daniela estaban muy preocupadas por ti —explicó—. Cuando regresaste de París, las rehuías... ¡A mí me rehuías! —recalcó.

Pepi agachó la mirada avergonzada por su comportamiento.

—Lo siento... No quise...

Siseó acallándola y le acarició la mejilla con ternura.

—No pasa nada. Necesitabas tu tiempo y lo comprendía —indicó—. Daniela sabía un poco, por lo que le contamos...

Ella le apuntó con el dedo.

—Lo que tú le contaste —corrigió.

Feli se rascó la nuca y asintió conforme.

—Pero Cristina... —continuó—. Volvió de su viaje de novios y ni siquiera quisiste verla.

Pepi se mordió el labio inferior.

—No tenía fuerzas...

—Lo sé y lo entiendo, pero comprenderás que tuve que decirle algo...

Las rubias cejas se arquearon al escuchar a su amigo.

—¿Qué le contaste?

Feli volvió a sonreír como si fuera un angelito, cuando en realidad era un demonio disfrazado.

—Que habías conocido a alguien...

Ella gritó.

—¡Feli!

Este levantó su mano pidiéndola tiempo para explicarse.

—No le di ningún nombre, ni le conté con exactitud dónde os conocisteis... —Guiñó un ojo—. Solo, que os volvisteis locos y acabasteis en París, pero la cosa no funcionó.

Pepi expulsó el aire que retenía en su interior.

—Gracias...

—Pero...

Esta lo miró con temor por escuchar lo que iba detrás de ese *pero*.

—Cuéntamelo. Ya cualquier cosa me puedo esperar de ti.

Este se rio como si fuera un cumplido lo que acababa de decirle.

—Te espera esta noche en casa de Daniela para celebrar su vuelta.

—¿¿Qué?!

Feli se encogió de hombros.

—Le dije que venía a ayudarte y entendió que ya estabas mejor por lo que ha organizado una cena de bienvenida —explicó.

—Pero no puedo ir. No me veo capaz de acudir y representar un papel como si todo marchara bien... Esa no es la verdad.

Feli posó las manos en sus hombros obligándola a que lo mirara, deteniendo su perorata.

—Desea que vayamos su familia, la gente que la queremos y tú debes estar también allí. Si no vas, algo sospechará y puede ser peor.

Pepi suspiró rendida y asintió.

—Está bien. Iré.

## Capítulo 26

Se había puesto un vaquero azul y una blusa blanca sin mangas, y, como no tenía ganas de estar sufriendo con los tacones toda la noche, había optado por las deportivas. El cabello lo llevaba recogido con un par de horquillas, liberando su rostro de cualquier mechón dorado, y apenas se había maquillado.

Feli y Jose habían quedado en recogerla con su coche para llevarla a la casa de Daniela, ya que su Seat seguía en el taller... Y lo que le quedaba tras la última noticia de su mecánico donde le informaba de que el arreglo ascendía mucho más que el presupuesto que tenía.

Llamaron los tres a la puerta de la casa de su amiga, y ella se escondió inconscientemente detrás de la pareja.

No sabía en realidad a quién se encontraría en esa cena, porque tampoco había querido preguntarle a Feli, pero sus temores a toparse con Fernando estaban apoderándose de su estómago, hasta conseguir hacerla temblar.

Daniela abrió con una enorme sonrisa la entrada.

—Hola... Sois los último en llegar —les anunció.

—Díselo a Feli... —Jose comentó pasando por su lado al mismo tiempo que le daba un beso en la mejilla.

—¿A mí? —preguntó indignado el mencionado—. Hemos tenido que ir a por Pepi... Es lo que nos ha retrasado —se excusó y besó a la dueña de la casa.

Daniela extendió sus brazos mientras se reía, y animó a su amiga a que la abrazara.

—Bienvenida, cariño. Hemos estado muy preocupados...

Pepi se quedó en ese lugar más tiempo del conveniente, sintiendo el amor que emanaba de Daniela.

—Lo sé, pero ya estoy bien —mintió.

Daniela se apartó de ella y la observó con los ojos entornados.

—¿Seguro? —Ella asintió y la sonrió, pero su sonrisa no llegó hasta su verde mirada.

La joven morena atrapó su brazo y la invitó a entrar en la casa.

—No me lo creo —le susurró al oído—, pero ya tendremos un momento para que me cuentes lo que escondes.

Pepi la miró de medio lado pero ni asintió ni negó con la cabeza. Había sido una incrédula al creer que podría engañar a su amiga, a su familia...

—Dani, yo...

—¡Pepi! —Cristina fue corriendo hacia ella desde el salón en cuanto la vio. La atrapó con los brazos y le dio varios besos en la cara—. ¿Cómo estás? Feli nos contó que no te encontrabas muy bien... —Se apartó brevemente de ella y la miró de arriba abajo, arrugando el ceño cuando volvió a tener sus ojos frente a frente—. ¿Qué te pasa? —la interrogó, alejando de pronto la alegría que había sentido al verla.

—Nada. Estoy bien —indicó con rapidez.

Daniela y Cristina intercambiaron miradas para devolver su atención de inmediato a su amiga.

—¿Por qué nos mientes? —le preguntó esta última de golpe.

La rubia no pudo más que negar con la cabeza pero sin demasiada convicción.

—Chicas, de verdad, estoy bien...

Daniela gruñó y la otra arrugó aún más el ceño.

—Vale... —Dani comentó provocando que Pepi comenzara a respirar con normalidad—. Si no quieres hablar, por ahora, está bien...

—Pero ya sabes que nos preocupamos por ti —Cristina añadió—, por lo que estamos aquí para cuando quieras hacerlo.

Pepi no pudo más que regalarles una sonrisa de agradecimiento y las abrazó a las dos a la vez.

—Os quiero, chicas.

Se rieron.

—Y nosotras a ti.

—Ahora vete para el jardín que enseguida sacamos la comida —Daniela indicó, mientras se iba hacia la cocina.

Cristina, antes de seguir a la dueña de la casa, le dio un nuevo beso en la mejilla y añadió:

—Siempre estaré aquí.

Pepi asintió y se dirigió hacia la zona donde habían dispuesto las mesas, antes de que su amiga viera como sus ojos se habían inundado de nuevo de lágrimas.

En cuanto descendió los dos pequeños escalones que la llevaban hasta el salón, habitación por la que había que pasar para dirigirse al jardín, una niña pequeña la abrazó por las piernas.

—¡Tita!

Ella se rio mientras la tomaba entre sus brazos y le hacía carantoñas.

—¿Cómo está la niña más guapa de la Tierra?

La pequeña sonrió ante la pregunta, dándole un beso enorme en la cara, dejando bastante rastro de saliva en ella.

Feli se carcajeó al mismo tiempo que le pasaba una servilleta.

—¿Sabes que te sienta bien?

No pudo evitar gruñir ante la pregunta.

—Ten cuidado... —lo amenazó.

Su amigo arqueó las dos cejas y amplió su sonrisa.

—¿Sabes que das miedo cuando te pones en plan Kill Bill?

Ella lo ignoró, centrándose en la pequeña que tenía entre sus brazos.

—¿A que el tío Feli es tonto?

La niña miró al hombre y se rio.

—Oye, no le digas esas cosas a Nasya —se quejó, acercándose a la pequeña para hacerle mimos.

Pepi miró a su amigo.

—Pues no me provoques —dijo sacándole la lengua.

—Anda, dejad de malcriar a mi hija —Álvaro comentó quitándole a la niña de los brazos—. Habla poco todavía, pero se nota cuando está con sus tíos...

La mujer y Feli miraron confusos al padre de Nasya.

—¿Por qué dices eso? —Pepi se interesó.

El marido de Daniela besó a su hija y observó a los dos amigos.

—Porque luego repite algunas de las palabras que os ha oído como un papagayo —explicó.

—¿Como cuál? —Feli preguntó.

Álvaro puso los ojos en blanco, fue a hablar pero su hija se le adelantó:

—Tonto...

Los tres adultos observaron perplejos a la niña.

Su padre miró a los otros dos y tensó la mandíbula.

—¿Ahora quién se lo explica a Daniela?

—Yo creo que me está buscando Jose —Feli anunció escabulléndose.

Pepi sonrió y señaló por donde se había marchado su amigo.

—Creo que también me busca a mí...

Álvaro negó con la cabeza y se dirigió a la cocina.

Pepi y Feli se miraron nada más distanciarse del dueño de la casa, y se carcajearon de lo lindo en cuanto comprobaron que este se había ido.

—Es por tu culpa —la acusó el hombre de gafas.

Ella intentó retener su risa.

—No sé a qué te refieres...

Feli le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso.

—¿Sabes que en cuanto se entere Daniela, vendrá a por nosotros?

—Quizás Álvaro no le diga que es por nosotros...

El marido de Jose puso los ojos en blanco y sonrió.

—Eso no te lo crees ni tú.

Pepi se rio de su propio comentario.

—A veces los milagros suceden.

Feli asintió mientras la llevaba hacia el jardín.

—A veces aunque tú pienses que son pesadillas...

La mujer miró confusa a su amigo, sin saber muy bien a qué venía ese comentario, cuando vio al hombre que estaba enfrente de ella, en mitad del jardín, hablando con Jose y Víctor en ese momento.

## Capítulo 27

Estaban todos sentados alrededor de la gran mesa.

Pepi presidiendo uno de los lados, las parejas juntas en los laterales, salvo Feli y Jose que estaban uno frente al otro, a ambos lados de Fernando que estaba situado en la otra cabecera. La hija de sus anfitriones dormía plácidamente en el piso superior, mientras sus padres estaban muy atentos del intercomunicador que tenían cerca, encima de la mesa.

Pepi y Fernando apenas habían cruzado palabra alguna.

Un simple e incómodo saludo cuando Víctor la vio al lado de Feli, y la obligó a acercarse a ellos haciéndoles partícipes de todo lo que habían hecho y visto en su viaje de novios.

Sus miradas se encontraron por unos segundos y la intensidad de la de color café obligó a Pepi a agachar la cabeza en más de una ocasión. Si no hubiera sido por la cháchara incesante del marido de Cristina, seguro que los presentes se habrían dado cuenta de que entre ellos sucedía algo.

Daniela y su socia los agasajaron para la cena con un par de ensaladas del tiempo, donde los frutos secos, junto a la miel y la mostaza eran los protagonistas. Había bandejas con tentempiés variados de salmón ahumado, queso y paté, y a cada uno de los invitados les tocó un vasito de cristal con mousse de aguacate y mango, que sorprendió por su innovador sabor; como plato principal, solomillo con mandarinas confitadas y blinis.

El vino corría a cargo de la bodega de Álvaro, un Barsac de denominación de origen de la región de Burdeos para los entrantes y para la carne un vino joven, seco que se complementaba a la perfección con la salsa agridulce.

—¿No bebes vino? —Cristina se interesó por su amiga cuando se dio cuenta de que no había probado ni una gota de alcohol.

Pepi, que en ese momento bebía agua de un vaso, como llevaba haciendo toda la cena, casi se atragantó con la pregunta comenzando a toser atrayendo la atención del resto de los asistentes.

—¿Estás bien? —preguntó Víctor levantándose de su asiento, para

golpearla en la espalda.

—No sé yo si eso de dar en la espalda es bueno —Álvaro comentó a su amigo.

—Dicen que ahora hay que darse por delante —Jose indicó.

Daniela se acercó a Pepi y apartó las manos del marido de Cristina para, en vez de golpear la espalda, acariciarla, intentando tranquilizarla.

La mujer rubia no tardó en dejar de toser.

—¿Mejor, cariño? —Feli se preocupó.

Pepi lo miró y asintió con los ojos llorosos del esfuerzo.

—Sí, estoy bien. —Tomó el vaso de agua que le ofrecía Cristina y bebió con lentitud.

—Si es que no puede ser bueno que no hayas comido apenas en toda la cena —Víctor dijo como si nada, sentándose de nuevo en su silla al mismo tiempo que atrapaba un trozo de mandarina del plato de esta.

—¿No te gusta? —Daniela preguntó preocupada.

—Sí, sí... —asintió con rapidez.

—¿Entonces? —Cristina se interesó—. ¿Te encuentras bien? —Le puso la mano en la frente para tomarle la temperatura.

Pepi suspiró y miró a Feli que intentaba retener la risa que emanaba de su cuerpo, mientras movía la boca sin emitir sonido alguno, pero permitiéndole leer a la perfección sus labios: «Dilo».

—Pues no, no tienes fiebre —señaló Cristina—. ¿Tienes frío? —preguntó atrayendo su atención.

—Un poco... —musitó, sin saber cómo escapar de esta situación.

—Ya verás cómo se te van todos los males con la gelatina de yogur griego y fresas que hay de postre —Víctor comentó.

Pepi asintió aunque no podría asegurarse a sí misma que fuera a comer mucho de ese plato. Últimamente sentía como si su estómago no admitiera muchos de los alimentos que le habían gustado desde siempre y, en cambio, otros que aborrecía estaban formando parte de su dieta diaria para su sorpresa.

—Entonces, todos a recoger para que podamos traer antes el dulce — Daniela ordenó, obligando a que sus invitados se levantaran de la mesa. Pepi fue a hacer lo que les indicaba pero la mano de su amiga, sobre su hombro, la

sentó de nuevo en su silla—. Tú, no. Tú mejor espera aquí...

—Pero, Dani...

Esta chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza, dejando claro con su rictus que no admitía réplicas.

Cristina, que llevaba entre las manos varias bandejas y platos, pasó por su lado y le dio un beso en la mejilla.

—Déjate cuidar... —Le guiñó un ojo y se marchó.

Pepi acabó quedándose sola en la mesa. Apoyó los codos sobre la superficie que estaba vestida con un fino mantel de lino color pastel y soltó el aire que retenía sin saberlo.

«¿Qué estás haciendo?», se preguntó a sí misma sin esperar una respuesta, al mismo tiempo que llevaba la mano hasta su estómago.

—¿Estás bien? —se preocupó por ella el causante de su estado.

—Sí, gracias —indicó a media voz, sin molestarse ni siquiera en mirarlo.

Fernando tensó la mandíbula y apretó su mano varias veces, ante su cortante contestación mientras lo ignoraba de nuevo, como llevaba haciendo durante toda la cena. La observó en silencio, su figura más delgada y su cabello algo descuidado, y a regañadientes una sensación de ternura lo invadió al comprobar su estado. Era muy consciente de que algo la pasaba... Habían compartido pocos días pero la conocía lo suficiente... Conocía su cuerpo, sus risas, su mirada y desde que había aparecido en casa de Daniela, había notado que algo no marchaba bien.

Se agachó a su lado, a pesar de que su cabeza le instaba a que la dejara sola y su corazón, que seguía roto ante su comportamiento en París, cuando lo abandonó sin ni siquiera una despedida, lloraba porque se alejara. Sabía que no podría soportar un nuevo rechazo pero la necesidad de asegurarse de que no necesitaba ayuda, que estaba bien... era superior a él.

Le pasó una mano por el cabello con especial cariño atrayendo la verde mirada.

—Pepi... —la llamó—, ¿puedo hacer algo por ti?

Los ojos femeninos se llenaron de lágrimas de pronto y, aunque su dueña negó con la cabeza, su cara y sus gestos le llevaban la contraria.

Fernando le acarició la mejilla sin apartar su mirada de la de ella, dejando que el silencio los arrojara.

—Ya estamos aquí —Feli anunció en un tono más alto de lo conveniente en cuanto apareció en el jardín.

El padre de Cristina se incorporó de golpe y Pepi se recolocó en la silla, pasando sus manos nerviosas por el cabello, como si necesitara recomponerse ante lo que acababa de suceder.

Jose, que iba por detrás de su marido, se acercó a Fernando y le pasó una mano por su brazo, apartándole de ella, con la excusa de comentarle algo de un asunto de la empresa.

Feli se acercó hasta su amiga y le acarició los brazos, recibiendo una mirada de agradecimiento por su parte.

—Si necesitas que nos vayamos...

Negó levemente y le sonrió.

—No, estoy bien.

Le dio un beso y se fue a su silla.

—Admito críticas si veis que no ha salido bien —Cristina anunció, apareciendo de pronto, portando en sus manos un par de platos.

—Seguro que está muy bueno, Cris —Pepi comentó en cuanto tuvo el postre delante de ella.

Víctor abrazó por detrás a su mujer y le dio un beso en el cuello.

—¡Estará de muerte!

Su mujer se rio ante la caricia.

—No seas tonto. Casi me caigo...

El hombre la miró con cara de no haber roto un plato y le quitó el plato que le quedaba en la mano.

—¿Este es para mí?

Esta se carcajeó.

—No, pero ya da igual —señaló viendo como se llevaba una cucharada a la boca.

Feli y Jose se rieron ante el comportamiento de su amigo.

—No sé lo que haría Víctor sin comida... —Feli comentó divertido.

El aludido se llevó otra cucharada a la boca y se encogió de hombros.

—Yo tampoco y no quiero descubrirlo.

—Ni nosotros —informó Álvaro trayendo más platos con los postres.

Su amigo y socio en el bufete lo miró arqueando una de sus cejas

marrones.

—¿Por qué dices eso?

—Porque serías capaz de comernos a nosotros —Daniela respondió por su marido.

Todos en la mesa se rieron al escucharla.

El centro de la broma se sentó en su silla enfurruñado, con el plato ya vacío, y miró a su esposa pasados unos segundos.

—¿Crees que habría más? —Esta se rio y se levantó para ir a comprobarlo.

Pepi, que había comido algo menos de la mitad de la gelatina, de repente se sintió indispuesta.

Daniela, al notar que algo no marchaba bien, miró preocupada a su amiga y atrapó su mano buscando su atención.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza, pero no llegó a finalizar el movimiento, levantándose con rapidez para salir corriendo en dirección al baño.

Los allí reunidos se miraron entre sí confusos e inquietos al mismo tiempo.

Daniela no tardó en ir tras Pepi, seguida de Cristina.

Fernando intentó imitarlas pero la mano de Feli lo retuvo.

—Espera...

Reticente, se dejó caer en su silla y soltó el aire que retenía.

## Capítulo 28

—¿Qué tal estás? —Cristina le preguntó cerrando la puerta de la habitación de Daniela y Álvaro.

Pepi descansaba con la luz apagada, en mitad de la cama, hecha un ovillo, intentando que su estómago se asentara.

—Bien... Creo... —respondió a media voz, sin fuerzas para sonreír.

Su amiga se sentó a su lado y le pasó la mano por el cabello.

—Puede que sea un virus —se aventuró.

—Puede... —esta musitó.

—¿Quieres que vayamos a urgencias? —interrogó pero no le dio tiempo a responder. Se levantó tan rápido como se había sentado y se dirigió hacia la puerta de nuevo—. Sí, será lo mejor. Voy a avisar a Víctor y te acercamos en un momento...

—Cris... —la llamó pero no le hizo caso—. ¡Cris! —repitió subiendo la voz justo cuando abría la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó inquieta.

—Sé lo que tengo —anunció descolocándola.

La mujer de gafas la miró confusa.

—¿Seguro?

Ella suspiró y asintió, pero al darse cuenta de que no podía verla bien por estar a oscuras, habló:

—Ven aquí. —Palmeó el colchón—. Tengo que contarte algo...

Cristina cerró la puerta, recuperando la intimidad, y se acercó a su amiga entre preocupada y confusa.

—¿Es grave? —la soltó sin poder remediarlo. El misterio con el que trataba el tema hacía que su cabeza se pusiera en lo peor—. Cariño, no te preocupes. Nos tienes para lo que necesites. —La tomó de la mano y se la apretó—. Siempre estaré a tu lado.

Pepi posó la otra mano sobre la de ella y le sonrió.

—No, no es grave o... —titubeó—, no tan grave como te puedes estar imaginando. —La golpeó con el dedo índice en la cabeza.

Cristina soltó el aire de su interior al escucharla.

—Menos mal... —Le dio un beso en la mejilla—. Acabas de hacerme una mujer mucho más joven.

Se le escapó una tenue risa.

—Eres una exagerada.

Esta encogió uno de sus hombros mientras se colocaba mejor en la cama, subiéndola una de las piernas.

—Exagerada o no, creo que me ibas a contar qué sucede.

Pepi suspiró y asintió. Se recolocó en el lecho, incorporándose levemente, para poder ver de frente a su amiga.

—Feli te ha contado que he conocido a alguien...

—Sí, y no sabes lo feliz que me hizo hasta que me informó de que esa persona era el culpable de tu estado. —Le apartó uno de los mechones que se había escapado del recogido—. Me dijo que estabas alicaída, triste... Sin ganas de ver a nadie.

—Lo siento... Sé que volviste del viaje y querías que quedáramos pero...

Esta chistó, acallándola.

—No pasa nada. Lo importante es que estés mejor a pesar del cabrón ese.

—Bueno...

—No, no lo justifiques —la cortó de golpe y se levantó—. No sé qué te ha hecho ese malnacido pero mejor que no lo tenga enfrente porque le diría cuatro cosas bien dichas.

Pepi no pudo evitar reírse ante la situación que se le presentaba en su cabeza.

—¿Tú sola?

Esta la miró de frente con los puños apretados.

—Y si no es suficiente, le mando a Víctor.

La carcajada se le escapó de entre los dientes.

—Anda, ven. —Palmeó de nuevo la cama, invitándola a que se sentara—. ¿No sé qué he hecho para mereceros?

Cristina sonrió y le guiñó un ojo.

—Ya sabes que todos te queremos mucho. —Habló por el resto de la pandilla que esperaban preocupados abajo, en el salón—. Eres parte de

nuestra familia.

Pepi le agarró la mano y se la apretó.

—Y vosotros de la mía —concedió.

Las dos mujeres se abrazaron, diciéndose sin más palabras, lo importante que eran la una para la otra.

—Ahora, sigue —la ordenó—. No creas que te vas a escaquear sin explicarme todo lo que ha sucedido mientras estaba de viaje de novios.

Pepi se pasó la mano por el cabello.

—Está bien pero tienes que prometerme que me dejarás acabar, que no me interrumpirás hasta que te lo cuente todo.

Ella arrugó el ceño ante su petición.

—De acuerdo. —Se llevó el dedo hasta el corazón e hizo la señal de la cruz—. Te lo prometo.

La rubia asintió conforme.

—Fue una sorpresa —señaló comenzando con su historia—. Nunca pensé que me vería atraída por alguien como él y menos que consiguiera hacerme otra vez tan feliz como lo fui con Rafa. —Cristina le apretó la mano cuando mencionó a su difunto marido—. Consiguí que me olvidara del ahora, de los problemas con la tienda, de mi día a día... —La miró con intensidad—. Que viviera. No sabía que estaba enterrada en vida hasta que él llegó...

—Pepi...

Esta se encogió de hombros y se apartó un par de lágrimas que se deslizaban por su cara.

—Estaba engañada, Cris. Me mentía. Creía que la vida que llevaba era la que quería y en realidad me levantaba cada mañana para seguir una rutina que tenía ya establecida y que me parecía cómoda y sin altibajos. —Se llevó su mano a la boca y la besó—. Gracias a vosotros, a todos, podía disfrutar un poco de ella. Sin vuestra amistad y cariño no sé si habría sobrevivido más de lo que lo he hecho hasta ahora...

—Eso no es verdad —la cortó, rompiendo su promesa de que la dejaría terminar—. Tú eres una persona fuerte que habría salido de lo que se hubiera encontrado sin necesidad de tener a nadie a su lado.

La sonrió con cariño ante sus palabras.

—Sois parte importante de mi vida pero sabes que desde que Rafa

falleció, me centré en la droguería y en poco más. Vosotros erais mis excepciones...

Cristina suspiró.

—Siempre he creído que eras feliz...

—Y lo era —la corrigió con rapidez—, pero era otro tipo de felicidad de la que no llega la sonrisa a los ojos, de la que no te duele la barriga por tanto reír o de la que no te sorprendes con lo que ves. Vivía pero no disfrutaba de vivir.

La mujer asintió algo reticente ante su explicación.

—¿Y él consiguió hacerte feliz?

Pepi miró por encima de su cabeza, fijando sus ojos en un punto imaginario, y sonrió al recordar los días en París.

—Sí... —confirmó sin evitar sonreír—. Lo era. Consiguió que apreciara cada cosa que me sucedía, que vivía... Logró que volviera a sentir... —Se mordió el labio al rememorar los momentos que compartieron.

—Entonces, no entiendo qué sucedió.

Ella suspiró con fuerza.

—Nos fuimos a París... Cris, jamás pensé que estaría allí... —La miró soñadora—. Visitar esos monumentos tan emblemáticos, oler el aroma de la ciudad, disfrutar de los colores parisinos... Era un sueño hecho realidad...

—¿Y él te lo ofreció?

Pepi cambió el gesto de la cara al escucharla.

—Sí, él me lo regaló. —Bajó el tono de voz, usando el verbo que siempre utilizaba su amante para que aceptara sin pensar lo que le daba—. Decía que era un regalo... —explicó.

Cristina le acarició la mejilla, intentando devolverla al momento presente.

—Te gustó el regalo... —No fue una pregunta sino una afirmación.

El brillo de los ojos verdes respondía por sí solo, incluso en la oscuridad de la habitación.

—Un poco... Mucho... —dudó—. Cris, fue especial. Era como si...

—Volvieras a estar enamorada...

Suspiró y miró sus manos con timidez.

—No sé...

Su amiga atrapó su barbilla y le levantó el rostro para enfrentar sus miradas.

—¿Te has enamorado?

—Creo que sí... —titubeó—, pero no puede ser.

Cristina arrugó el entrecejo y encendió la luz de la lámpara de la mesilla. Necesitaba ver mejor la cara de su amiga.

—¿Por qué? ¿Está casado? —Ella negó con la cabeza—. ¿Entonces?

Pepi observó la habitación como si buscara alguna salida de emergencia que la alejara de esa conversación, pero no halló nada que la pudiera ayudar. Observó a su amiga con temor, ya que desconocía cómo podía reaccionar, y repitió:

—Estuvimos en París...

Ella movió la cabeza de manera afirmativa.

—Sí, ya lo has dicho pero...

—Como tu padre —la interrumpió.

Cristina volvió a asentir.

—Sí, eso te iba a contar pero más tarde porque mira que es coincidencia que en las mismas fechas mi padre y tú... —Se calló de pronto y la miró abriendo los ojos de par en par. Se levantó de la cama, se pasó la mano por el cabello, para dejarla caer sin fuerzas a continuación, y comenzó a andar por la habitación de un lado a otro—. Mi padre y tú —susurró varias veces, unas mirando al suelo y otras observándola sin dar crédito.

—Cris... Yo... Él... —suspiró—. No lo planeamos. Simplemente sucedió.

Ella la observó de nuevo y se dejó caer en el suelo, con la espalda pegada a la pared.

—Conque mi padre y tú —repitió una vez más.

Pepi asintió.

—¿No vas a decir nada más?

Cristina se quitó las gafas y se restregó los ojos, para ponérselas de nuevo.

—Es que lo estoy asimilando... Es algo... —dudó buscando la palabra exacta que lo definiera— raro.

Su amiga se levantó de la cama y se sentó a su lado en el suelo.

—Sí, es un poco raro —coincidió sonriendo con timidez.

Cristina no dudó en corresponder a su sonrisa y le atrapó la mano.

—Conque mi padre y tú... —insistió, cambiando el tono de voz—. ¿Y lo sabe Feli? —Fue a responder pero no la dejó—. ¡Qué pregunta! Seguro que ese metomentodo lo sabe. —Se carcajeó.

Pepi no se rio. La miraba intentando encontrar algún gesto de enfado o malestar.

—¿No te molesta? —se interesó, algo preocupada por la respuesta.

Ella cortó su risa, miró a su amiga y le apartó uno de los mechones dorados de la cara.

—¿Siendo sinceros?

Ella movió la cabeza con rapidez. Ante todo quería que no hubiera secretos entre ellas. Si nunca los había habido, menos ahora. No quería que su amistad se resintiera.

—Sí, por favor.

Cristina se rascó la nuca y dijo:

—Es complicado ver a tu padre con otra mujer. En mi cabeza tengo presente la pareja idílica que fueron él y mi madre...

—Pero yo no quiero sustituir a tu madre —atajó con rapidez.

Ella sonrió y le palmeó la mano.

—Lo sé. Tranquila —la calmó—. Es verdad que tengo que hacerme a la idea...

—Sí, sí... Claro —la cortó provocándole la risa.

—Pepi, ¿me vas a dejar en algún momento terminar?

Ella se mordió el labio inferior y asintió.

—Perdona...

Cristina sonrió, se movió hacia ella y atrapó sus manos.

—Me gusta que mi padre rehaga su vida, que tú rehagas la tuya. Ambos sois unas personas increíbles que os merecéis todo lo mejor que os podéis encontrar y eso —levantó el dedo índice y la señaló—, sois vosotros dos.

Pepi comenzó a llorar sin evitarlo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Su amiga la abrazó y le dijo al oído.

—Y yo a ti. —Le dio un beso en la mejilla y le limpió de la cara el rastro

del llanto—. Y ahora dime qué ha hecho el cazurro para que os hayáis separado.

Esta la ofreció una triste sonrisa y mencionó:

—Raquel...

## Capítulo 29

—¡Tú! A la cocina —Cristina le ordenó a su padre, en cuanto apareció en el salón donde estaban todos reunidos.

Fernando miró a su hija y sin rechistar fue tras ella.

Feli le dio en la espalda, antes de desaparecer, y le dijo:

—Ánimo. Estamos contigo...

—¡Feli! —le reprendió su marido.

—Alguien tendrá que ofrecerle apoyo al pobre hombre, ¿no? —Le sacó la lengua y se sentó en el lugar que había ocupado el padre de Cristina hacía apenas unos minutos.

Víctor y Álvaro se observaron sin comprender nada de lo que ocurría, y este último miró a su mujer que, sin hacer ninguna pregunta, le indicó en voz baja:

—Luego te lo cuento.

—Cariño, déjame que te lo explique... —Fernando habló en cuanto apareció en la cocina.

Cristina, que estaba cerca del fregadero con los brazos cruzados, lo miró con cara de pocos amigos.

—Inténtalo —soltó—. Estoy deseando saber cómo vas a arreglar esto.

El hombre se pasó la mano por el cabello y soltó el aire que retenía.

—No pretendía que sucediera pero ocurrió sin más. Es especial, hace que me sienta especial a su lado... —confesó y apoyó sus manos en la isleta, sin apartar los ojos color café de los de su hija, un poco más claros.

—Pero, papá... ¿No has escarmentado?

El hombre se sentó rendido en uno de los taburetes.

—La quiero.

—Pero, ¿cómo puedes decir eso? Es una víbora, una mala persona...

Este la miró tensando la mandíbula, levantándose con rapidez de su asiento.

—Hija, entiendo que haya sido para ti un *shock* descubrirlo pero no voy a permitir que insultes a la mujer que amo...

—Papá, pero Raquel... —gritó sin fuerzas, sentándose a su vez en otro de los taburetes que rodeaban la isleta—. No puedes estar hablando en serio.

—¿Raquel? ¿Qué tiene que ver Raquel en todo esto?

La mujer lo miró confusa.

—¿No estás enamorado de Raquel?

Negó con la cabeza.

—No, de Raquel ni en sueños —la corrigió—. Yo te hablaba de Pepi, tu amiga.

Ella expulsó el aire de su interior y apoyó la cabeza entre sus manos.

—Menos mal. Me habías asustado... Yo pensando que te habías vuelto loco o que te había dado algo o yo que sé.

Fernando volvió a sentarse delante de ella y la tomó de la mano.

—Tras conocer a Pepi no entiendo lo que vi en Raquel...

Cristina le apretó la mano.

—¿De verdad que la amas?

Asintió con firmeza.

—Eres la primera persona a la que se lo digo. Ni siquiera yo lo sabía hasta que lo he dicho en voz alta. —La guiñó un ojo cómplice.

Su hija se rio.

—Me alegro de ser la primera...

Fernando también se carcajeó y le acarició la mano.

—Entiendo que te lo ha contado Pepi... —tanteó, recibiendo un movimiento afirmativo por su parte—. Pero, ¿qué tiene que ver Raquel en todo esto?

Cristina apartó su mano de la de su padre y lo miró fijamente.

—Pepi te vio besándola en el restaurante y pensó que...

Este golpeó la isleta interrumpiéndola.

—Por eso se marchó —señaló lo evidente.

—¿No lo sabías?

Negó.

—Se fue a los servicios y no volví a verla.

—Te pilló con Raquel —explicó.

Él gruñó.

—Esa víbora me besó de improviso. No la vi venir...

—Seguro que ella sí vio a Pepi —aventuró.

Fernando se pasó la mano por el cabello y soltó el aire de su interior.

—Me volví loco buscándola... Me fui al hotel, pensando que regresaría allí pero no apareció.

Cristina negó con la cabeza.

—Según me ha dicho, cogió el primer vuelo a Madrid esa misma noche —aclaró—. Pero pensaba que habíais hablado en algún momento...

Su padre negó de nuevo.

—No... La debí llamar cuando regresé, saber si estaba bien... —titubeó—. Sabía por lo poco que contaba Jose que estaba en Madrid en perfecto estado y eso me sirvió o por lo menos me autoengañé con que era suficiente. No quise molestarla... Pensé que si se había marchado de mi lado de esa manera... —Miró a su hija a los ojos—... No quería que la molestara.

Cristina le agarró la mano de nuevo.

—No puedes quedarte en el pasado, en lo que habría sucedido si hubieras o no hecho algo... Debes reaccionar y si la quieres...

—Mucho —indicó apretando su mano.

—Ve a por ella. Habladlo. Resolved vuestros problemas...

Este asintió y se levantó del taburete con intención de seguir los consejos de su hija, cuando se dio cuenta de algo y volvió a su lado.

—¿Y tú? ¿Estás bien? ¿Qué te parece...?

—¿Lo tuyo con una mis mejores amigas? —acabó la frase por él.

—Lo mío con Pepi —indicó de todas maneras, como si necesitara dar forma a lo que sucedía entre los dos.

Cristina suspiró con fuerza.

—No te voy a engañar, me va a costar asimilarlo... Ver a Pepi contigo, de pareja, de ¿novios? —preguntó dudando qué palabra usar.

Fernando se rio.

—Soy muy mayor para tener novia...

Esta le guiñó un ojo travieso.

—Bueno, pues lo que sea que seáis —indicó con rapidez—. Me resulta raro pero los dos os queréis...

—¿Los dos? —interrogó interrumpiéndola de nuevo.

Cristina puso los ojos en blanco y movió la mano en el aire como quitando importancia a eso.

—Eso es secundario, papá.

Este sonrió y se disculpó:

—Perdona, prosigue...

—Como decía, me parece raro y necesitaré tiempo como al hecho de que... vaya a tener una hermanita o un hermanito a mi edad, pero te prometo que cuando lo asuma, que va a ser más pronto que tarde, estaré encantada de que me llaméis para que os haga de canguro. —Acabó su diatriba y observó a su padre que la miraba con cara extraña—. Papá, ¿estás bien? —Este asintió con lentitud, con demasiada lentitud—. ¿Seguro?

—Sí, es solo que necesito que me confirmes una cosa que no he entendido muy bien...

Esta puso los dos brazos sobre la mesa y lo miró expectante.

—Claro, dime. ¿Qué necesitas saber?

—¿Por qué has dicho lo de hermanita o hermanito? —preguntó con tiento.

Cristina se echó hacia atrás y lo observó con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Creo que acabo de meter la pata...

—Cris...

Negó con la cabeza con fuerza y se alejó de él.

—Será mejor que hables con Pepi...

Este señaló con la mano hacia arriba.

—¿Está?

Su hija movió la cabeza de manera afirmativa.

—En la habitación de Daniela y Ál... —No terminó de indicarle. Su padre salió corriendo de la cocina en dirección al piso superior.

—¡Fernando! —lo llamó Daniela, deteniéndolo a mitad de las escaleras.

Este miró a la dueña de la casa con gesto impaciente.

—Tengo prisa...

La mujer se acercó a la barandilla, justo cuando salía de la cocina

Cristina, y posó sus ojos en padre e hija.

—No está —indicó.

Fernando apoyó sus manos con fuerza en la barandilla y miró a la amiga de su hija.

—¿Quién no está?

—Pepi —respondió—. Se ha marchado con Feli y Jose.

—¿Por qué? —Cristina se interesó.

—No se encontraba bien y quería irse a su casa —Daniela explicó.

Fernando apretó todavía más la barandilla dejando los nudillos blancos.

## Capítulo 30

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Feli desde el otro lado del teléfono.

—Creo que seguir tirada en el sofá. No estoy acostumbrada a tener tanto tiempo libre... Para que te hagas una idea, sigo en pijama.

El hombre se rio.

—Te has tomado a rajatabla eso de descansar, ¿verdad?

Pepi sonrió al mismo tiempo que quitaba el sonido a la televisión.

—Mientras que mis ahorros aguanten...

Feli se carcajeó de nuevo.

—Ahora en serio, ¿cómo estás?

La mujer suspiró.

—Mejor, parece que mi cuerpo comienza a acostumbrarse a su nuevo estado —informó, llevándose una mano al estómago.

—¿Y tú?

Pepi se tumbó boca arriba en el sofá y miró el blanco techo de su casa.

—Después del *shock* inicial y de que tengo más o menos las hormonas controladas...

—¿Más o menos? Chica, las tienes disparadas —la corrigió divertido.

—Creo que puedo ser una buena madre —señaló en voz alta la conclusión a la que había llegado después de sentir los primeros cambios de su cuerpo con el embarazo—, aunque tendré que ir aprendiendo por el camino cuando nazca.

—Cariño, claro que vas a ser una gran madre —indicó desde el otro lado de la línea—. Solo hay que ver cómo te preocupas y nos cuidas al resto.

—Eres un exagerado.

—Exagerado o no es la verdad —la rebatió—. Y para que te quedes más tranquila, las madres perfectas no existen. Todas tienen que ir aprendiendo según surgen las cosas, desde el primer momento en que le ponen al bebé en sus brazos... ¡Qué digo! Desde el instante en que se quedan embarazadas... Cada embarazo es un mundo y si se lo preguntas a tu matrona, seguro que

estará de acuerdo conmigo.

Pepi se rio.

—Desconocía que sabías tanto sobre la materia.

Este hizo un sonido como quitándose importancia.

—La hermana de Jose que, aunque habla mucho, a veces la escucho.

Ella se carcajeó aún más fuerte.

—Mira que eres malo...

—Pero me quieres —añadió arrancándole una sonrisa.

El silencio se hizo de pronto entre los dos.

—Feli...

—Dime.

—¿Estarás a mi lado?

Este suspiró.

—Para lo bueno y lo malo, en la salud y en la enfermedad...

Pepi se rio interrumpiéndolo.

—No seas tonto.

—Sí, cariño —concedió—. Estaré para lo que necesites pero...

—¿Pero? —preguntó poniendo los ojos en blanco. Sabía lo que venía a continuación y no le apetecía mucho escucharlo.

—Ya sabes lo que pienso...

—Sí...

—Pepi, te estoy hablando en serio —la regañó.

Esta se incorporó en el sofá y miró las flores que tenía en la mesa. Un ramo de mimosas que llegaba cada semana a su casa, como recordatorio de lo que debía solucionar.

—Lo sé... Perdona. —Se pasó la mano por el cabello que le llegaba ya casi hasta los hombros.

Su amigo gruñó.

—Cariño, solo es que me preocupo por ti.

—Lo sé, lo sé... Pero necesito tiempo —repitió lo que llevaba diciéndole cada vez que salía la misma conversación entre ellos y escuchó como Feli suspiraba—. No te enfades —le rogó a media voz.

—Jamás podría enfadarme contigo pero Fernando tiene derecho a decidir en toda esta historia.

Pepi se levantó y se dirigió a los grandes ventanales del salón, desde los que podía observar el parque. El color del otoño ya comenzaba a destacar entre las hojas y la temperatura había descendido unos pocos grados en comparación con el verano. Se acarició su prominente barriga y sonrió con ternura cuando pensó en el milagro que llevaba dentro de ella.

—Hablaré con él, te lo prometo —concedió.

—Eso espero —señaló—. Te tengo que dejar...

—¿Vendrás esta noche? —preguntó esperanzada.

Feli se rio.

—¿Y ese tono? ¿No será que en realidad estás aburrída?

Pepi suspiró con fuerza.

—Vale, lo reconozco. Ahora que no voy cada dos por tres al baño corriendo, el aburrimiento se ha apoderado de mí. Ya sabes que no sé quedarme quieta y ya llevo mucho tiempo sin hacer nada.

—¿No acabas de decirme que te lo estabas tomando con calma?

Ella gritó de impotencia.

—Joo... Es que no quería que te preocuparas por mí.

—Y Rosa o Remedios... ¿No han ido a verte?

Pepi sonrió al recordar a sus antiguas clientas mientras se acercaba a la cocina para ponerse un descafeinado.

—Han pasado por aquí antes de ir al club de costura para ver cómo estaba...

—Te veo al final con ellas, haciendo bufandas.

La mujer se rio.

—No te creas que no me lo han propuesto —anunció—. Desde que cerré Suave Algodón y se enteraron de que estaba embarazada, se han desvivido por mí... Todas las del club quieren convertirse en abuelas de mi bebé.

—Son un amor...

Pepi abrió la puerta de la nevera y vio los miles de *tuppers* con comida que tenía en su interior.

—Bueno, según lo mires... Tengo aquí comida para un regimiento. —Cerró el frigorífico tras coger la leche para el café—. Anda, dime que vendréis Jose y tú esta noche. Os puedo hacer la cena... —lo tentó.

Feli no pudo evitar reírse al escuchar su tono lastimero.

—Está bien. Hablaré con Jose pero no te garantizo nada. Últimamente tiene mucho trabajo y sale muy tarde...

—Pues vente tú y lo esperas aquí —atajó corriendo.

Su amigo sonrió.

—Está bien pero ¿y Daniela? ¿No habías quedado con ella hoy?

Pepi metió la taza con el café y la leche en el microondas sin soltar el móvil.

—Sí, había pero me ha mandado un WhatsApp para decirme que la niña tenía un cumpleaños...

—¿Otro?

—Eso dice ella, que Nasya tiene una agenda social mayor que la suya.

Los dos se rieron a la vez.

—Vete preparando... —la amenazó.

La alarma del micro la avisó de que su bebida ya estaba lista.

—Bueno, para eso todavía queda mucho...

—El tiempo pasa muy rápido, cariño. Mira si no tu barriga...

Pepi observó lo que él mencionaba y que, aunque su amigo no podía verla en ese momento, sabía de sobra el estado en el que se encontraba.

—Lo sé... —coincidió volviendo a pasar la mano por encima de ella.

—Por eso...

Ella puso los ojos en blanco.

—Hablaré con Fernando —terminó la frase por él.

—Está bien... Tengo que colgar —indicó—. Cuídate y para cualquier cosa me llamas.

Pepi asintió a pesar de saber que no la veía, justo cuando el timbre de la puerta de su casa sonaba.

—Sí, no te preocupes. Te dejo que llaman la puerta...

—Pepi —la llamó antes de que colgara—, escúchalo —dijo sin más y cortó la llamada sin darle tiempo a preguntarle a qué venía eso.

El timbre volvió a sonar y apartó a un lado de su cabeza la confusión que le había generado su amigo para ir a atender a quien esperaba tras la puerta.

En cuanto la abrió se quedó sin habla...

# Capítulo 31

—¿Puedo pasar? —Fernando preguntó con temor.

Pepi, asombrada de verlo delante de ella, movió la cabeza de manera afirmativa y abrió la puerta un poco más para permitirle el paso.

El hombre asintió, agradeciéndole el gesto, y se adentró en el apartamento con paso lento.

Esta cerró la entrada de la casa y, tras tomarse un tiempo, intentando que su corazón volviera a su ritmo normal, lo siguió.

—Bonito piso —Fernando comentó pasados unos minutos en los que los dos se habían sumido en sus propios pensamientos. Tocó una de las flores amarillas, del ramo que había sobre la mesa, y dejó caer sus dedos de inmediato, como si hubiera recibido un calambre—. Quedan bastante bien...

Pepi, que no había perdido de vista sus movimientos, asintió sin añadir nada más, y el silencio volvió a rodearlos.

Él se acercó a los ventanales, observó el exterior y buscó las palabras adecuadas que había ensayado todos estos días y que de pronto, se habían desvanecido de su cabeza al tenerla allí... a su lado.

Ella observó su espalda e instintivamente posó una de las manos sobre su estómago...

—¿Quieres algo? ¿Un café, un vaso de agua? —ofreció, intentando romper la tensión del ambiente.

Fernando negó con la cabeza y volvieron a callar.

El tiempo pasaba sin que ninguno supiera qué decir o hacer...

De pronto, este se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Cómo estás?

Pepi sonrió con timidez.

—Bien... —Los ojos marrones se fijaron en la barriga femenina—. Estamos bien —corrigió de inmediato.

—Me alegro —concedió y se pasó nervioso la mano por el cabello—. Pepi, yo... —dudó—. He estado esperando, quería darte tu espacio... —Elevó las manos al cielo y las dejó caer a continuación—, y me ha costado...

—Enfrentó su mirada—. No sabes lo que me ha costado... —Señaló su barriga—. En cuanto me enteré de que estabas embarazada quise ir corriendo tras de ti, pero mi hija y Daniela me lo desaconsejaron... ¡No sé por qué les hice caso! —rumió de pronto, cambiando el tono de voz. Escondió las manos en los bolsillos de los vaqueros y dio una patada al aire como si golpeará una piedra imaginaria—. Ellas son tus amigas, ¿no? —Pepi asintió—. Por eso... Ellas te conocen mejor que yo... Pensaban que necesitabas tiempo... —recitaba frases inconexas, sin sentido entre ellas, si no fuera porque la mujer sabía de lo que hablaba. Fernando se pasó la mano por los ojos, en un gesto cansado y la miró de nuevo con intensidad—. Casi me vuelvo loco —confesó rendido.

—¿Y por qué has venido? —lo interrogó a media voz.

Abrió los ojos de par en par ante la pregunta.

—¿No parece obvio? —No esperó respuesta—. Por él, por ti... — Señaló de nuevo su estado.

—¿Porque estoy embarazada?

Fernando asintió con la cabeza pero a mitad de camino cambió de opinión y negó con rapidez.

—Esta situación me sobrepasa... —dijo en voz alta—. Jamás pensé que...

—¿Volverías a ser padre?

—Sí, no... —Se llevó las manos al cabello y soltó el aire de su interior—. Te juro que tenía un discurso preparado, que Cristina había dado su visto bueno...

Pepi se rio levemente al escucharlo.

—¿Cristina sabía que ibas a venir?

Este elevó su negra ceja y sonrió avergonzado.

—Me ha dado permiso —confesó.

La mujer se dejó caer sobre el sillón gris.

—¿Por qué ahora?

Fernando se rascó la nuca y agachó la mirada.

—Creo que vio que ya no podía más... Necesitaba confirmar con mis propios ojos que estabas perfectamente... —dudó por unos segundos—. Necesitaba verte.

Sus miradas se encontraron, mostrando los sentimientos que los dos sentían y les daba miedo exteriorizar.

Pepi se mordió el labio e hizo la misma pregunta que él le había hecho en cuanto entró en su piso:

—¿Cómo estás?

Fernando pasó las manos a lo largo de su cuerpo.

—Hecho un asco...

Ella se rio.

—Eso no es verdad —lo contradijo—. Te veo como siempre: perfecto, guapo, irresistible...

Le mostró la sonrisa de suficiencia que conocía también y guiñó un ojo.

—¿Irresistible? —Asintió—. ¿Y si soy tan irresistible por qué huyes de mí?

—Porque como bien te han dicho Cristina y Daniela, necesitaba tiempo para hacerme a la idea...

—¿Del embarazo? —interrogó con curiosidad.

—Entre otras cosas —divagó.

Fernando se sentó a su lado en el sofá y atrapó sus manos. ¡Cuánto había echado en falta tocarla!

—¿Qué otras cosas? —insistió.

Pepi observó sus dedos entrelazados.

—De mis sentimientos...

—¿Hacia mí? —tanteó recibiendo silencio por respuesta. Atrapó su barbilla y la obligó a enfrentar sus miradas—. Pepi, ¿me amas?

Observó sus ojos marrones, esos que lo atormentaban cada noche, y le confesó por fin:

—Sí...

—Bien, porque...

Ella chascó la lengua contra el paladar, para callarlo, al mismo tiempo que se levantaba alejándose de él.

—Espera, espera...

—¿Por qué hay que esperar? Me quieres...

—Sí, te quiero pero, ¿qué me dices de Raquel? ¿De tu dinero? ¿De que apenas nos conocemos? ¿Del bebé? —Se acarició la tripa con cariño,

mientras Fernando se acomodaba en el sillón y la observaba sonriente—. ¿Por qué sonríes?

—¿Esos son los inconvenientes que tienes para que estemos juntos?

Movió la cabeza de manera afirmativa.

—¿Te parecen pocos?!

—Salvables...

—¿Salvables? —preguntó confusa—¿Qué quieres decir con eso?

Este palmeó el lugar que había ocupado con anterioridad, animándola a que se sentara de nuevo a su lado.

—No, estoy más cómoda en una silla —ella indicó mientras se sentaba.

Fernando asintió poco conforme, sabiendo que era una simple excusa.

—¿Te lo explico?

Esta movió la mano animándolo.

—Por favor...

—Raquel...

Pepi tensó la mandíbula al escuchar el nombre de la mujer.

—La víbora...

Fernando sonrió.

—Fue ella la que me besó —soltó descolocándola—. Cristina me explicó lo que habías pensado, por qué habías terminado huyendo... —Tensó la mandíbula al decir esa última palabra, recordando lo mal que lo pasó cuando descubrió que no volvería a estar con ella—. Debió verte y aprovechó el momento para...

—¡Será marrana! —espetó cortándolo.

—Bueno, yo no lo habría dicho así pero... —titubeó por un segundo—, vale.

Ambos sonrieron.

—El otro inconveniente era...

—El dinero —señaló.

Este chascó los dedos y asintió.

—Sí, el dinero, pero si te soy sincero no sé qué encuentras de malo en ello...

Esta bufó.

—No quiero que piensen... que pienses —corrigió— que estoy contigo

porque eres rico. —Ahora que lo decía en voz alta, hasta a ella le parecía ridícula la idea.

—Bueno, lo de rico... —Movi6 la mano de lado a lado.

Pepi sonri6.

—Fer, tienes tu propia empresa, una casa... no, una mansi6n —rectific6 — con ama de llaves, ch6fer... Vistes con trajes exclusivos y puedes permitirte ir a Par6s en cualquier momento...

—Pero... —intent6 justificarse pero ella levant6 su mano deteni6ndolo.

—Yo en cambio, he tenido que cerrar la droguer6 para evitar hundirme bajo las deudas... —Movi6 los brazos abarcando lo que ve6an—. Este es mi piso. Casi cabe en tu cocina —se6al6 medio divertida—. Visto de mercadillo —a6nadi6—, y si he ido a Par6s es gracias a ti...

—Fue un regalo —especific6 recibiendo un movimiento afirmativo por su parte.

—Un regalo incre6ble pero que no podr6 haberme permitido, si hubiera querido ir por mi cuenta...

Fernando apoy6 los codos en sus piernas y busc6 su mirada.

—El dinero que tengo lo he conseguido honradamente y no pienso justificarme por ello. —Se levant6 y se arrodill6 delante de ella, agarr6ndole las manos—. No puedo desprenderme de 6l y, ojal6 no ocurra nunca, pero gracias a ese «problema» que t6 ves, puedo ayudar a otros.

—Eso no lo sab6a —murmur6 entre dientes.

Le acarici6 la cara y sonri6 con ternura.

—Porque no nos ha dado tiempo a profundizar en nuestra relaci6n...

Ella lo mir6 con tristeza.

—Porque no nos conocemos apenas —le record6 otra de las pegas que ve6a.

—¿Y qu6 es sino una relaci6n? Conocerse poco a poco, descubrir lo que le gusta al otro, lo que le desagrade... —Le di6 un beso en la mano—. Su olor... Saber cu6ndo sonrie de verdad. —Deline6 sus labios—. O cuando algo le entristece... Es verdad que no nos conocemos mucho pero, en mi humilde opini6n, lo suficiente para saber que te quiero, que eres la persona con la que quiero volver a hacer locuras... —Agarr6 su barbilla con ternura, busc6 sus verdes ojos y le regal6 esa sonrisa que conoc6a tan bien—. Siempre que t6

quieras, claro.

Pepi le acarició el cabello.

—No soy una chica de desayuno con diamantes...

Este se incorporó y agarró su cara con ambas manos.

—No, eres mi chica de desayuno sin diamantes y por eso estoy aquí, intentando convencerte para que me des una oportunidad. —Guiñó uno de sus ojos— Nos des una oportunidad.

Esta sonrió al escucharlo, sintiendo como su endurecido corazón se derretía con cada una de las palabras que le decía.

—¿Y el bebé? ¿Esto no será porque te sientes responsable? —Se acarició la barriga, atrayendo la mirada color café.

Fernando posó una de sus manos sobre la femenina y enfrentó su mirada.

—No te voy a negar que no entraba dentro de mis planes pero ya hemos comprobado que romperlos y coger otros caminos se nos da bastante bien. Sé que tendremos que aprender según la marcha...

—Bueno, tú ya tienes experiencia con Cristina —puntualizó.

Este arrugó el ceño y movió la cabeza de lado a lado.

—Más bien poca... Yo andaba levantando una empresa cuando Cristina nació por lo que, a pesar de que me hubiera gustado, poco pude ayudar a su madre.

—¿Y ahora?

—Ahora es distinto —señaló convencido—. Puedo desatenderme más de mis compromisos y así os cuidaré a los dos.

—¿Cómo te enteraste? —se interesó.

Este arqueó sus cejas y se encogió de hombros.

—Por Cristina... Ella fue la que me contó lo de Raquel, que habías cerrado la tienda, lo de —dudó por unos segundos— nuestro bebé... Está ilusionada con tener una hermanita...

Pepi se rio.

—Estáis todos obsesionados con la idea de que sea una niña, como luego no sea así...

—Lo querremos igual —atajó corriendo—. Será el bebé más querido del planeta.

Esta le apretó la mano que tenían unidas en su tripa.

—Tengo miedo de que todo se desvanezca... —explicó—. Siempre que comienzo a ser feliz, ocurre algo que lo estropea.

—No lo hará. Te lo prometo —dijo con demasiada seguridad, con esa firmeza con la que hacía todas las cosas y que lo había llevado a saber hasta dónde podía llegar.

Pepi lo miró esperanzada.

—¿Me quieres?

—Con locura...

# Epílogo

Los invitados estaban reunidos en el jardín. Algunos sentados en las sillas blancas que se habían dispuesto para que estuvieran cómodos, y otros de pie, esperando la llegada de la novia.

Dos de las invitadas cuchicheaban entre ellas, mientras no perdían detalle de la decoración ni de las personas que las rodeaban.

—Que sí, Remedios, te lo digo yo. Este chico tiene un helicóptero como el Grey ese de la novela...

—Será el de la película, Rosa —la corrigió.

La anciana movió la mano en el aire quitando importancia al tema y se recolocó un poco el peinado donde destacaba una flor roja sobre su verde cabello.

—Nuestra Pepi, tiene suerte...

—¿Suerte por un helicóptero? —preguntó confusa.

La risa cascada atrajo las miradas de los invitados más cercanos.

—¡Qué tonterías dices! Tiene suerte porque este chico está enamorado de ella...

Remedios observó al nervioso novio que esperaba en el altar a su futura esposa.

—Y ella de él —indicó sonriente.

Fernando pasaba sucesivamente la mirada del camino por donde debía aparecer su novia a su hija mientras se ajustaba por enésima vez el nudo de la corbata.

—Papá, cálmate.

Este suspiró.

—¿No está tardando mucho?

Cristina se rio y le agarró la mano.

—Tranquilo que aparecerá.

De pronto, un niño muy pequeño lloró atrayendo la atención de su padre.

—Debería ir a ver qué le pasa a Alexander... —Hizo amago de moverse, pero Cristina se lo impidió.

—Ya está Daniela con él. No te preocupes...

Fue acabar de decirlo cuando la música se escuchó de fondo y una niña pequeña, con un vestido blanco y una diadema con margaritas, apareció en mitad del camino portando una cesta de mimbre de la que cogía flores amarillas que luego tiraba al suelo.

—Nasya está preciosa —Fernando comentó sin parar de sonreír al ver a la hija de Álvaro y Daniela venir hacia ellos.

—Pues ya verás... —señaló Cristina, feliz porque su padre y su mejor amiga se casaran.

Detrás de la pequeña apareció la novia, agarrada del brazo de su padrino. Un Feli muy sonriente que para la ocasión se había teñido el pelo de rojo y llevaba un traje de chaqueta color mostaza.

—Alguien debería decirle que esos colores no pegan nada... —Cristina comentó divertida pero su padre ya no le hacía caso.

Fernando tenía la mirada fija en los ojos verdes de Pepi.

Pepi estaba prendada de la mirada café de él.

Avanzó por el camino, despacio, demasiado despacio para su gusto pero Feli la retenía cada poco para que fuera al compás de la melodía. Llevaba un ramo pequeño de mimosas entre las manos, y un vestido blanco que se ajustaba a su pecho para caer con libertad hasta el suelo. El cabello volvía a ser corto, como cuando se conocieron Fernando y ella, y el único adorno que portaba era una horquilla con dos margaritas diminutas, a juego con la diadema que llevaba Nasya.

En cuanto llegó al altar, le dio las flores a Feli y atrapó las manos de su futuro esposo.

—¿Nervioso?

—Un poco —dijo entre susurros.

—Yo también —confesó haciéndole reír.

Fernando se acercó aún más a ella y le indicó:

—¿Sabes que todavía me debes un premio por aquel juego?

Pepi puso los ojos en blanco.

—¿Casarnos te parece poco premio?

Fernando se rio de nuevo, atrayendo la atención de los allí reunidos. Le pasó una mano con adoración por su cabello y atrapó su barbilla, sin despegar

sus ojos de los de ella.

—¿Hacemos una locura? —le respondió con otra pregunta.

Esta asintió con firmeza.

—Todas las que quieras...

Fin

# Agradecimientos

Con esta historia termino una etapa, esa en la que me vi inmersa sin darme cuenta y que me ofreció la oportunidad de conocer a muchos de vosotros, los lectores.

Sé que echaré de menos a Daniela, Cristina y Pepi, e incluso a Feli... creo que al que más, pero es necesario avanzar y para ello, tengo miles de historias guardadas en un cajón con ganas de conoceros.

Deseando presentaros más personajes...

Gracias por vuestro apoyo, por leerme y por disfrutar de mis aventuras.

Gracias a mi familia, pero sobre todo a Juan y Gabriel por la paciencia infinita que tienen cada vez que desaparezco delante del ordenador.

Gracias a mis amigas, las que siguen al pie del cañón a mi lado día a día. Gracias por escucharme, por vuestros consejos y vuestros tirones de orejas.

Y por último, pero no por ello menos importante, gracias a Ediciones Kiwi por seguir apostando por mí y por mis historias. Sois parte de mi familia, parte muy importante.

Leamos para vivir.

Vivamos para disfrutar de la lectura.